

S.M.

449



1053161

SM 449

Juan Benezam

CIUDADELA



La Biblioteca de la Escuela

449



Reg. por D. Miguel Parpal.

1899

~~~~~  
ES PROPIEDAD DEL AUTOR  
~~~~~


Á UN HIJO MÍO

ASPIRANTE AL MAGISTERIO OFICIAL DE 1.^a ENSEÑANZA

SUPUESTO que aspiras al magisterio oficial de instrucción primaria, es justo que yo te suavice las asperezas del camino que hace años vengo recorriendo. No pienso conducirte ni al Calvario ni al Capitolio. pero si á una tranquila vida de agradable bienestar y sobre todo de legítima satisfacción para las almas bien nacidas.

Desecha vanos temores de recoger en la carrera que has emprendido aquella triste cosecha de amarguras y desengaños que van augurando por ahí ciertos autores pesimistas y no pocos maestros, quienes por falta de tacto las más veces ó por insaciable codicia en otras, cuentan del magisterio cosas estupendas.

Cada uno es hijo de sus obras. Lo que hay aquí es mucho de aquel refrán: «Fiáte de la Virgen y no corras» lo cual es muy descansado y muy español, pero cuya inmovilidad es origen de todo linaje de desventuras. Verdaderos negros de la casta blanca son muchos maestros; pero fuera de casos excepcionales, que en todo los hay, esto dimana de que muchos esperan su regeneración como llovida del cielo, cuando en realidad ellos mismos pueden y deben regenerarse.

Observa que las buenas cosechas de un campo dependen muchas veces del arte ó pericia del cultivador. Natural-

mente que éste no es dueño del granizo, ni de los vientos, ni de las tempestades, como tampoco es dueño de cambiar radicalmente las condiciones del terreno; pero yo veo que muchos viven donde otros por poco se morían de hambre.

La experiencia cuesta muy cara, hijo mío, y yo he aprendido bien á mi costa lo que te voy á enseñar; y aunque la cosa para mí ya no tiene remedio, no quiero que tú y otros que se hallan en el mismo caso, en vez de flores, piséis abrojos, aunque no sean siempre flores las que vais á pisar.

De todos modos cuenta que tu profesión de maestro es una de las más nobles y más trascendentales de todas las profesiones; cuenta que es quizás la que más acerca el hombre á Dios, y que no hay satisfacción más grande que la que cabe en el alma cuando descansa plenamente en la idea de haber despertado la mente de esos niños á la luz de la ciencia, abriendo su corazón á las más generosas aspiraciones.

Porque tu misión no es amueblar inteligencias ó entarugarlas, como muchos hacen, sino cultivarlas, sembrando aquí y allá sentimientos de amor al bien. Tu misión es tan alta y tan augusta, que precisamente por esto la sociedad la desconoce, porque atenta sólo á los que medran, poco se cuida de esa labor obscura que se realiza entre las cuatro paredes de la escuela, y de aquí que el mérito y la recompensa anden todavía divorciados por la injusticia de la sociedad.

Este es mi tema, porque el principal objeto de este libro es hacer que el mérito y la recompensa sean en lo posible, tratándose del magisterio de primera enseñanza, como el antecedente y el consecuente de una razón matemática.

LIBRO I



El Maestro





CAPÍTULO I

Amor á la profesión.—Fe religiosa.—Integridad de carácter.—Costumbres.—Vestido.—Lenguaje y maneras.—Anhelos constante de instruirse.—Instinto progresivo.—Dignidad personal.—Yo soy maestro de escuela.

I

Si no sentís esa natural propensión de vivir entre niños, y dirigir sus facultades, y dulcificar sus maneras, deteneos ante las puertas del magisterio; pero no emprendáis por eso la retirada. Examinad más bien vuestros ánimos.

Puede que brote en vuestra mente un ideal que os haga concebir un estado más risueño que el que os habéis imaginado; puede que esa fuerza inicial que se llama vocación se despierte más tarde; puede que á semejanza del que trata á una mujer fea y se aficiona á ella por ciertos atractivos que le descubre, os suceda á vosotros al tratar con la escuela.

Visitad repetidas veces un establecimiento de enseñanza dirigido por un maestro de buena cepa y echad ahí, sobre el terreno, vuestros cálculos. Tal vez sentiréis en aquel lugar, á propósito de ciertos actos, una voz misteriosa que os grite: «¡Adelante, noble joven, futuro sacerdote de la augusta religión de la enseñanza, adelante!»

II

Vais á emprender una carrera de sacrificio y caridad; vais á uniros á Dios por el bien que estáis destinados á derramar. Un gran número de vidas en germen os van á ser confiadas; tú has de hacer ¡oh joven! que los gérmenes se desenvuelvan y se conviertan mañana en frutos.

El alfabeto que el niño deletrea, dice un pensador eminente, contiene una virtud debajo de cada letra, y cada niño á quien dotamos de enseñanza, nos hace ganar un hombre. Es necesario pensar siempre en eso.

El mundo, la sociedad no estima el beneficio: detrás de la obra visible del maestro hay otra invisible que el vulgo de las gentes desconoce. Hay que gritar constantemente á los niños señalando al maestro: ¡no olvidéis á ese hombre! Pero nadie grita; nadie quiere tomarse esa molestia.

Por esto el maestro, más que hombre alguno, necesita una gran fe religiosa que le haga soportar con calma serena las amargas decepciones y las injusticias sociales, mirando siempre hacia arriba y abrazándose muchas veces con la cruz. Necesita sujetar sus pasiones y sacrificarlas en aras de la santidad del deseo; necesita amar y esperar siempre, fomentando en su corazón una caridad alta como el cielo y profunda como el abismo.

En ese estado del ánimo se experimenta una satisfacción inefable. Es la aspiración á lo infinito; es la unión del hombre con Dios.

III

Procurad que se diga de cada uno de vosotros: es todo un carácter. En medio de una sociedad caduca como la

presente y enervada por tantas concupiscencias, desde la honrada penumbra de la escuela, allá en el pueblo, se destaca una noble figura: es un *hombre nuevo* y ése puede ser el maestro.

No os pido un milagro, sino un esfuerzo de voluntad y un momento de examen todos los días. Antes de formar el carácter de los niños debéis formar el vuestro. No seais de aquellos que proclaman la libertad y ejercen la tiranía. Venga la educación con el ejemplo.

No son ilusiones. El maestro puede hacerse respetar, no ya en la ciudad, sino en en el pueblo. La primera condición para ello es la integridad de carácter.

No creais ser débil caña por todos los vientos combatida. Sois fuerte roble que puede resistir al más deshecho huracán. Todo estriba en saber encastillaros en la escuela. Que el alcalde, que el párroco, que tal ó cual vecino influyente, que éste ó el otro voceador importuno ó bribón desalmado intentan haceros blanco de sus tiros, nada; sois maestro, perteneceis á la escuela; no os dobleis como un junco, ni os arrastreis como una culebra: firmeza sobre todo.

Pero para todo esto necesitais revestiros de un carácter íntegro y no pasajero. Sed siempre justo y prudente. Trazaos una línea de conducta en el pueblo y no os desvieis ni un ápice. Amor y caridad con todos y sobre todo perseverancia en el cumplimiento de vuestro deber. Cread en vosotros un tipo esforzado y varonil.

IV

Ajustada vuestra conducta de hombre de honor á un plan racional de vida, y demostrado cómo se forman las convicciones inflexibles, poneos en guardia acerca de vuestras costumbres.

Sois joven, os sentís movido por las inclinaciones propias de vuestra edad, y como no debeis ser un cartujo os lanzareis á la calle, explayareis vuestro ánimo, os aficionareis á ciertas personas y á ciertas cosas, en una palabra, tendreis vida en el pueblo.

Nunca habeis de olvidar vuestro destino. No os susciteis malquerencias por cuestiones religiosas, políticas ó sociales, ni consumais estérilmente en contiendas innobles vuestras energías. Llevad en todas partes vuestro espíritu de tolerancia y amor al prójimo, y cooperad en la medida de vuestras fuerzas á todo lo que es útil al pueblo, no á lo que afecta parcialidad ó bandería.

Esto no quiere decir que, colocado en el pueblo, tengais que hacer abdicación de vuestros ideales. No, no; cultivadlos, mantened íntegras las ideas generosas que sentís hervir en vuestro espíritu; pero no hagais ostentación de ellas, á fin de rodearos de una atmósfera tranquila.

En este punto el maestro necesita ser muy circunspecto y aun muy hábil. El que no sabe evadirse prudentemente de las contiendas ó no sabe refrenar á tiempo sus entusiasmos, corre el peligro de malquistarse con muchas personas.

Sin que os convirtais en un Nembrot, aficionaos á la caza. Es una diversión honesta y un ejercicio saludable. Así os escapareis muchas veces del contagio. Escopeta al hombro, sereis bien visto de todos y aun me atrevo á decir que muy simpático.

V

Ya se sabe que el sueldo de un maestro es asaz reducido y por ende no le permite grandes dispendios. Habrá de ingeniarse en aumentar sus ingresos; ya veremos cómo. Entretanto permídmeme hablaros de un gasto provechoso.

Hay maestros que so color de llaneza y confianza andan por esos mundos de Dios hechos una ave zonza, desaliñados, sucios y hasta mugrientos. ¡Libreos Dios de imitarlos!

Apareced ante los niños y ante los hombres, limpios como una taza de plata y vestidos correctamente. No podeis figuraos la trascendencia que alcanzan el vestido y la limpieza.

Aunque la sencillez y la modestia han de ser para vosotros cualidades inseparables, esto no excluye el vestir con decoro. En vano se ensalzarán vuestros méritos y virtudes; pero si vestís mal; si os presentais en sociedad con traje feo y aspecto desgarrado, más de un gesto despreciativo ó sonrisa burlona arrancará vuestra mala facha.

Ya se ve que no todos se fijarán igualmente en vuestro exterior; pero siempre hay que tener en cuenta la impresión de momento, sin que pretendais por eso deslumbrar ni salir de la esfera que os corresponde.

Un porte digno y un traje decente os abrirán muchas puertas y os harán accesibles muchas personas. Esto no es una nimiedad.

VI

También obran como palancas poderosas en todas las relaciones sociales el lenguaje y las buenas maneras. La voz, el gesto, el ademán, la actitud, el modo de hablar, de saludar, de tratar á las gentes y aun la manera de andar, todo esto influye poderosamente en las miras ajenas.

Pero cuidado de que exista una verdadera conjunción entre lo exterior y lo interior, entre lo visible y lo invisible, ó más claro: entre el cuerpo y el alma; porque el gran error de la sociedad es tomar el sér exterior por el sér real.

Nada de afectación ni petulancia. Da grima oír á algunos

maestros hablar con aquel tono enfático ó campanudo que los acredita de verdaderos pedantes. Acostumbrados al *magister dixit* con que suelen hablar á los niños, les acompaña el mismo tono cuando se encuentran en plena sociedad. ¡Cuán antipáticos y ridículos se hacen esos hombres!

La cuestión de lenguaje y buenas maneras es por extremo interesante. Ya que no es posible que un maestro sea siempre un buen mozo, con mucho ángel, lo cual fuera una circunstancia no despreciable, procure remediar ó corregir cuanto tenga de cursi ó chabacano.

Ya que tampoco es posible ser uno dueño del timbre de la voz, adoptad comunmente aquel tono insinuante que tanto predispone el ánimo del oyente hacia la persuasión. Una fisonomía siempre abierta influye notablemente para que el lenguaje sea persuasivo.

VII

Los conocimientos que habreis recogido en la Escuela Normal no serán suficientes para ejercer debidamente vuestra profesión. No queráis vegetar en el pueblo, no queráis incurrir en el suicidio de vuestra inteligencia.

Cunda en vuestro espíritu un anhelo constante para mejorar vuestra instrucción, teniendo presente que un hombre de conocimientos limitados, pero lleno de entusiasmo por el estudio y la lectura, tiene cien probabilidades más de llegar á ser un buen maestro, que otro de privilegiada inteligencia, pero flojo en los trabajos intelectuales.

Ese entusiasmo puede surgir de la convicción de que por medio del estudio el hombre se regenera, con tal que sepa después aplicar la substancia á una forma determinada. Porque un estudio excesivo sin aplicaciones, es como una fe sin obras, como una devoción sin amor, como un culto sin caridad.

El maestro menos que ningún hombre, debe ser un estuche cerrado. Encontrareis un placer en el estudio, pero este placer es mucho más grato cuando uno comunica sus conocimientos á los demás. Así la luz ejerce su misión divina reflejándose en los objetos sensibles.

Sabrosísima tarea es la de instruirse con los santos fines indicados. Un tesoro que derramais á manos llenas y siempre permanece inalterable. Fragantes olores se desprenden de una flor; pero ésta al fin se marchita. No es igual la inteligencia cultivada: es luz que nunca se extingue; y si el frío de la vejez la debilita ó el soplo de la muerte la apaga, esto no son más que meros accidentes de la materia. Debeis aspirar á la inmortalidad.

VIII

Ser hoy mejores que ayer y mañana mejores que hoy: tal debe ser la aspiración de todos los hombres de bien. ¿Qué fuera el arte sin progreso y el espíritu sin alas y la vida sin cambiantes perspectivas?

El maestro tiene que mejorar como hombre y progresar como maestro. La idea de progreso es indiscutible; no hay nadie que no la celebre; hasta los hombres del pasado la invocan. Dios nos ha dotado de facultades para desarrollarlas y perfeccionarlas. «Sed perfectos como nuestro Padre que está en los cielos.»

El hombre está llamado á buscar la verdad y á practicarla dentro de los límites de su imperfección. Su vida entera debe ser una gimnástica intelectual y moral; y como un progreso llama á otro, de aquí una marcha incesante hacia la perfección.

Concretando la tesis diremos que en materia de enseñanza no se ha pronunciado la última palabra. El maestro que descansa en la bondad de sus métodos y procedimientos

se equivoca. Pensad que hay naciones cuyas escuelas se hallan á un nivel mucho más elevado que las nuestras, y pensad todavía que aquellas escuelas están muy lejos de haber alcanzado la perfección.

Y aun prescindiendo de otros países, id á visitar esos olvidados centros de enseñanza, sencillas escuelas de pueblecitos insignificantes, y allí encontrareis muchas veces algo que aprender, algún procedimiento genuino para la enseñanza de tal ó cual asignatura que os revelará desde luego sus ventajas. Adoptadlo y progresad, progresad indefinidamente. ¡Siempre adelante! Si Dios hubiese querido que el hombre retrocediera, le habría puesto, como dijo un gran poeta, un ojo en la nuca.

IX

Os he hablado de la integridad de carácter; una cosa semejante pasa con la dignidad personal.

En medio de tantas mixtificaciones y apostasías que constituyen una verdadera plaga en la edad presente, hay una manera honrada de abrirse camino, sin necesidad de intrigar, ni de adular, ni de ganarse protectores y encomiastas.

Todavía la nobleza en los fines, la honradez en los medios y el desinterés en los propósitos, encuentran protección y aplauso. Todavía los grandes caracteres no han desaparecido del todo, anegados por las riadas de corrupción. Así es que no es tan malo el mundo como muchos se figuran. De todos modos, sea cual fuere el estado que la suerte os depare, estad seguros que la dignidad personal impone respeto é inspira simpatías.

La dignidad que os aconsejo está muy distante del orgullo y mucho más distante de la soberbia. Es la dignidad aquella entereza de ánimo que no consiente transacción alguna con lo que rebaja ó envilece.

No debeis prestaros tampoco á la servidumbre enojosa. Hay un medio de evadirse contra las exigencias de ciertas autoridades en el pueblo. Este medio es el de contraerse á la escuela, ó en ciertos casos pretextar una indisposición cualquiera.

No procedais bruscamente; evitad los choques. Estos pueden producir chispas las cuales ocasionarían tal vez un incendio. Podeis *contemporizar* en algunos casos, siempre que no se atente á vuestra dignidad y á vuestro decoro.

En la escuela, en el pleno ejercicio de vuestra profesión, no consentireis jamás que nadie os ultraje ni siquiera os reprenda. Allí sois ante los niños el pontífice máximo, el gran jerarca. Claro está que no podeis hacerle cara á la autoridad; pero á la menor indiscreción de aquélla, podeis retiraros prudentemente.

X

Desde los primeros albores de vuestra carrera, en más de una ocasión, al recordar vuestras aspiraciones, os habreis sentido herido por más de una expresión humillante, ó por alguno que otro gesto de conmiseración importuna, ó tal vez por ciertos móviles repulsivos que revelan bien á las claras el menosprecio con que miran ciertas gentes la profesión de maestro.

Todavía en el teatro hace desternillar de risa la figura del antiguo dómine, flaco de cuerpo y de rostro enjuto que han tomado por tipo *inverosímil* algunos autores de comedias; todavía algunos periódicos, á título de llamar la atención sobre los atrasos en el pago del magisterio público, deprimen su dignidad con chanzonetas de mal tono poniendo de relieve el adagio de: «Tiene más hambre que un maestro de escuela.»

Es menester variar de rumbo. La humildad y la modes-

tia que aconsejan muchos tratados pedagógicos, será muy buena hasta cierto punto; pero mala es y remala llevada al extremo. El maestro debe ser sencillo y modesto; pero con dignidad.

Hay que desengañarse: la sociedad no sólo respeta y alaba á los que medran, sino á los que se hacen respetar. Empiece el maestro por elevarse á si mismo por medio de sus virtudes y de su ilustración; por medio de su porte digno y correcto; por su vestido, por su lenguaje y por sus maneras, y no les quede en zaga ni al médico ni al boticario en el pueblo, y no se preste á la servidumbre del alcalde ó del cacique; y cuando por estos medios no consiga dignificarse y dignificar su profesión, enciérrese en la cucha de su escuela, á menos que no sea para compartir con otros seres las delicias del campo ó de la montaña.

Entonces podrá exclamar con las nobles complacencias de un legítimo orgullo: «Yo soy maestro de escuela.»





CAPÍTULO II

Toma de posesión.—Línea de conducta en el pueblo.—Las primeras amistades.—Pobres y ricos.—Reuniones y espectáculos.—Relaciones con las autoridades.—Los padres de familia.—El cura párroco.—Preponderancia y simpatías.—Luz y sombra.

I

Al tomar posesión de una escuela, haced formal promesa de cultivar con la mejor voluntad del mundo aquel delicado plantel que se os ha confiado.

Nada de censurar la conducta de vuestro antecesor. Os encontraréis tal vez con una porción de cosas que no estarán en regla, y lo que es peor, los niños considerablemente atrasados. De todos modos no os será permitido denigrar á un compañero.

Podrá ser también que encontréis en el local de la escuela, en el mueblaje y en los utensilios de enseñanza, muchas sobras y muchas faltas. No aglomeréis quejas é instancias en un principio, no os mostréis descontentadizos. Aguardad algunos días hasta conocer un poco el terreno que pisáis.

Os quedará mucho que hacer antes que tengáis en orden vuestros trabajos. Sobre todo os encontraréis en pre-

sencia de una multitud de niños cuyo carácter desconocéis por completo y que inspeccionan vuestros menores detalles.

El pueblo os conocerá mucho antes de que vosotros conozcáis al pueblo. Todos aquellos niños serán vehículos que trasladarán á sus respectivas familias, durante algunos días, las impresiones que de vosotros hayan recibido. Poneos en guardia.

Ahí, en vuestra presencia, está un pequeño mundo que tendréis primero que dilucidar. La escuela es un lugar donde se encuentran tipos humanos, inhumanos y hasta sobrehumanos en miniatura. Es una amalgama de antagonismos. Para un maestro novel todo anda confundido y aun revuelto. Hay que empezar por la clasificación escolar, es verdad; pero no podéis dejar abandonada la clasificación psicológica, esto es, la clasificación interna.

II

Ya estaréis más ó menos orientados en el pueblo. Es de suponer que habréis visitado á las autoridades locales y á vuestros compañeros de profesión. Todos os habrán informado acerca de la vida y costumbres.

En este punto cada cual cuenta de la feria conforme le va en ella. No es esto decir que seáis desconfiado, pero sí precavido. Tal vez os salgan al paso algunos vecinos oficiosos que tratarán de aconsejaros sobre ciertos detalles de la vida doméstica y social. Recibidlos con buenos modos; pero no os entreguéis á las primeras de cambio.

Sea cual fuere el pueblo donde fijéis vuestra residencia, lo encontraréis dividido en bandos ó partidos. Desde luego sentiréis despertar vuestras inclinaciones, pues aun cuando no pertenezcáis decididamente á ninguno de los partidos políticos que se disputan la preponderancia en el país,

á menos que seáis de estuco, se dirigirán vuestras simpatías en tal ó cual sentido.

Moderad aquellas propensiones; refrenad vuestros ímpetus y preferid ser iris de paz antes que tea de discordia. Ya lo hemos dicho: no hay que hacer abdicación de principios ó ideales; pero sometedlos al culto interno y conducid vuestros entusiasmos á reñir bravas batallas contra la ignorancia y la grosería.

Abierto tenéis el cielo ante vuestros ojos; el cielo de la inocencia apacible y suave. ¿Por qué queréis descender de vuestro pedestal y bajar hasta el suelo y, lo que es peor, hundiros en el abismo? Conservad incólumes vuestros ideales: no dejéis salpicar por el lodo las blancas alas de la paloma.

III

Todo esto no priva de contraer algunas amistades. Si carecéis de familia, si no tenéis á vuestro lado á una compañera á quien hagáis partícipe de vuestras penas y alegrías, ¿á quién acudiréis para explayar vuestros sentimientos ó desahogar vuestro corazón?

Ahí tenéis al párroco que, si es un buen cura de almas, podrá acoger la vuestra con beneplácito; pero no siempre hay consorcio íntimo entre el cura y el maestro. Éste suele contemporizar con aquél y se somete más por deferencia que por afecto. La discordancia entre uno y otro suele acarrear gravísimos daños. Ya hablaremos de eso.

Tampoco se puede confiar el maestro al primero que pase por la calle. Debe elegir los amigos entre los buenos. Pero ¿dónde están? ó ¿Quiénes son?

Surgen del fondo de la sociedad á veces criaturas selectas en las cuales nadie repara, por el mero hecho de que no se conocen. Son diamantes en bruto. ¿Por qué no ha

de ser el maestro el lapidario destinado á pulimentarlos?

Ganar amigos será una gran cosa; pero nos parece mejor crearlos *á nuestra imagen y semejanza*.

IV

Desde el momento en que el maestro obedece ciegamente las leyes del estómago, todo está perdido. Nada hay que esperar de un vividor ó de un pancista.

La ley moral existe porque existe Dios, y Dios no es un símbolo, ni una imagen muda.

Si existe la ley moral, el hombre no puede evadirla: tiene que sujetarse á ella, y mucho más el maestro, destinado á inculcarla.

La cuestión de pobres y ricos trae revuelta á la humanidad. Hay espíritus sectarios ó más bien obcecados que no admiten réplica. Todos los ricos son odiosos. Todos los pobres merecen ser ricos. Ya veremos después cuando lo sean.

He ahí unas fórmulas que serían muy chuscas, si no llegasen á ser funestas. Pero no; hay ricos de buen corte y buena cepa. A ellos, señores maestros; pero no muy pegaditos como la hiedra al olmo del cual se sustenta. ¡Abajo los parásitos!

En cambio hay pobres irredimibles; pero no os apartéis de ellos, ni les miréis al descuido. Jesucristo amaba á los pobres con preferencia y vivía siempre entre ellos. Sois un redentor en miniatura, pero no para meteros entre lo que se llama *chusma*.

Inclinaos siempre á fortalecer al débil; dad la mano al caído. Pensad siempre que esos desgraciados son comunemente las víctimas de la ignorancia y de la miseria. Las gentes pobres sin cultura, aun las más acanalladas, merecen disculpa. Sin embargo, la sociedad se lava las manos.

V

Hay que desprenderse de todas las escorias. A medida que el hombre refina sus gustos y ennoblece sus sentimientos, huye de toda orgía pública y privada y escoge, para reunirse con los demás, lugares decentes donde no peligran el honor y el pundonor. Aficionaos al gusto estético.

Las reuniones pueden ser un medio de felicidad social, conveniente á todas las condiciones y hasta necesario á todas las edades. Esta necesidad nace del instinto de sociabilidad que impulsa á los hombres á reunirse para comunicarse impresiones.

Así, pues, no os aconsejo que os creáis una soledad, una Tebaida. En la ciudad hay muchos centros de reunión; en el pueblo siempre hay el casino. No hay inconveniente en que el maestro concorra á dicho centro, pero sin consumir allí esterilmente las horas. Vaya poco y por poco tiempo.

Suele haber en los pueblos algunas reuniones particulares, ó tertulias. Id á disfrutar un rato de expansión; pero al menor asomo de crítica ó censura, bien está San Pedro en Roma.

El teatro en los pueblos suele ser más honesto que en las ciudades. Bajo tal concepto el maestro, no sólo puede concurrir al teatro, si que también puede fomentar las buenas representaciones y hasta fundar un teatro infantil, bien orillados los inconvenientes, que si los tiene, como después veremos.

Estudie el maestro las condiciones del pueblo donde reside y vea si en el mismo local de la escuela pueden hacerse viables las reuniones instructivas. Verso, prosa, música, canto; todo estriba en la oportunidad y en la forma.

Hágase el maestro interesante y hasta necesario; pero cuide de no despertar envidias, celos, ó malevolencias.

VI

Procurad tener propicias las autoridades locales. En la ciudad, como se trata de personas ilustradas y cultas, el mejor medio es mejorando cada día la enseñanza, ofreciendo trabajos sorprendentes. Sabedlo: cuando una autoridad visita la escuela no le gusta ver siempre unos mismos ejercicios.

En los pueblos ya muda de especie. Allí puede que la autoridad sea casi un gañán ó una persona de ilustración escasa. Éstas suelen tener sus preocupaciones y tal vez sus manías. No conviene atacarlos de frente con respecto á los asuntos de la escuela; pero mantenedlos á raya con cariñoso acento. Para convencer á estas personas requiere cierta habilidad, conocer su flaco. Aquiles sólo era vulnerable por el talón, y siendo el terror de Troya, fué muerto por Paris.

Por lo demás, ya sabéis lo que os incumbe: un gran respeto á la ley y obediencia á la autoridad; pero no con la vil sumisión del vasallo á su señor, sino con la noble medida del ciudadano al representante del bien común.

Cuando tengáis que hacer observaciones á la autoridad, deponed toda arrogancia; pero no afectéis tampoco una humildad excesiva. Tendréis alguna vez que reclamar á la superioridad contra negligencia y conculcación de derechos por parte de la autoridad local: en ese caso sed dueños de vosotros mismos.

Hay alcaldes molestos y entrometidos, y los hay que apenas se acuerdan de la escuela. Muchas veces visitaréis á uno de estos últimos para interesarle en algunas medidas y saldréis descorazonado. Generalmente son hombres que nacidos en las últimas capas sociales, se han encumbrado por medio de la suerte.

Si se pudiera hacer un mapa geológico de la vida de estos

hombres, en muchos se vería marcado con tinta negra un horrible detritus. ¡Y sin embargo, estos hombres son llamados á gobernar un pueblo!

No sucede lo mismo cuando el alcalde tiene hijos que concurren á la escuela. Mientras permanezcan en ella, tal vez sea el alcalde vuestra providencia; pero con una condición que puede atentar á la conciencia profesional.

VII

La educación en la escuela, sin el concurso de la familia, suele pecar de enteca y deficiente en alta manera. En la escuela los niños oyen palabras; en su casa observan hechos, y es con hechos y no con palabras como se educan los niños.

Algo puede hacer un maestro celoso, inteligente y hábil; pero si la familia no corrobora en la gran obra de la educación, ésta se convierte en un continuo juego de ganar-pierde.

Generalmente los padres suelen resignar sus poderes en los maestros, y como éstos se encuentren con seres indomesticables como las fieras del desierto, de ahí resulta que la educación viene á ser un mito ó una palabra vacía.

Oirán los niños hablar de virtudes en la escuela; pero si oyen, ven y respiran vicios por todas partes, la labor de un año del maestro puede quedar destruída en cinco minutos.

Necesariamente, pues, tiene que cooperar la familia en la educación del niño: tienen que trabajar en ella al unísono los padres y el maestro. He aquí una de las palancas más poderosas para elevar la escuela á una altura envidiable.

Maestros, acostumbraos á tratar con los padres; padres, acercaos á la escuela y escuchad la voz del maestro. Se trata de una cuestión de muerte ó vida para vuestros hijos.

A la menor molestia del cuerpo de vuestros pequeñuelos, corréis en busca del médico, y os empeñáis en que beban negras pócimas, y permitís que les pinchen y les sajen y les hagan sufrir mil torturas para restituirles la salud del organismo. ¡Y para la salud del alma andáis tan reacios!

Dos medios tiene el maestro para conseguir estos altos fines: una conferencia de tarde en tarde dirigida á los padres en común y llamamientos particulares cuando el caso lo requiera.

Con tales procedimientos la escuela y el maestro se dignificarán. Probadlo y no os faltarán motivos para vivir contentos.

VIII

Si la suerte os depara un buen cura de almas en el pueblo, acogeos al sagrado de su ministerio; en el seno de su amistad encontraréis un amigo ó un padre.

Pero si por desgracia el carácter de ese hombre no engrana con el vuestro,—porque quiero dejar aparte la unidad de creencias—si por desgracia, repito, no dáis con un espíritu elevado ó no os eleváis hasta aquel espíritu, sentiréis amargas desazones y crueles amarguras que os pondrán en más de una ocasión en un duro aprieto.

Un buen sacerdote en un pueblo es una verdadera dicha para el maestro y un tesoro para sus feligreses. Como dice un gran escritor moderno, «no hay desgracia que no remedie, ni infortunio que no consuele, ni humillación que no procure restaurar, ni pobreza á que no acuda solícito con un socorro».

Un buen sacerdote practica y enseña la doctrina de amor y humildad que Jesucristo nos enseñó, el desprecio de las riquezas mundanas, la fortaleza en la desgracia, la esperanza en el sufrimiento, la fe en la Divina Misericordia.

Un buen sacerdote llega también hasta el siglo, hasta el

suelo, hasta la impureza del mundo para recoger las almas perdidas, limpiarlas de toda escoria, elevarlas, dignificarlas, siendo espejo de los humanos y sal de la tierra.

¡Ah, jóvenes maestros! Si la Providencia más que la suerte, como hemos dicho, coloca un sacerdote de altas virtudes en vuestro camino, no paséis de largo ante la majestad de su persona; deteneos para reverenciarle, para amarle con toda la efusión de vuestra alma.

IX

No hay duda que siguiendo por la buena senda alcanzaréis, á la larga, en el pueblo la palma del triunfo, aunque en ciertos casos vaya precedida de la corona del martirio. Tened fe en el porvenir y sobre todo en la Providencia.

No os desvanezcan, empero, los lauros que podáis conquistar. Podéis llegar á ser el hombre de consulta. Rehuid toda importancia que se os quiera atribuir, y tened siempre en cuenta que la modestia debe ser una de vuestras principales virtudes.

No me cansaré de repetíroslo: vuestra principal misión radica en la escuela; ese es el centro natural de vuestras operaciones. Pero pueden partir desde allí como de un foco lumínico diversos rayos de luz que, transportados por vuestros discípulos, inunden los hogares.

Entonces se hace simpática la escuela y se gana el maestro legítimas simpatías. Padres y madres bendicen á aquel hombre que siente aumentar su prestigio y su fama, á medida que va elevando el nivel de su escuela. Hay algunas notas discordantes, ó suele haberlas, como son aquellos padres ilusos ó aquellos otros que tienen por pecho una pared de cal y canto.

Puede suceder también que aquellas mismas simpatías ganadas á trueque de empeñada labor, engendren celos ó

malhadados rencores que den origen á vituperables atropellos.

X

Así como no hay hombre de bien de quien no maldiga algún bribón, así los actos más nobles y meritorios encuentran quien los impugna y vitupera.

¡Qué enorme diferencia entre el día y la noche! Vosotros trabajáis para disipar esas tinieblas de la ignorancia. Todo es noble, puro, digno y honrado. ¡Luz! de ella emana todo.

Aquel círculo de iluminación que proyecta la escuela, quizás se vea amenazado algún día por fatídicas sombras á cuyo amparo se fragüe contra vosotros una tempestad.

En todas partes hay trabajos de zapa, se extienden redes subterráneas, se traman alianzas invisibles, existen lazos que atan y tijeras que cortan despiadadamente.

En todas partes hay conciencias que han renunciado á su balance; larvas que aborta el rencor mal comprimido y que se arrastran sin que nadie las vea, cebando su voracidad en todo lo que hay de más puro y santo.

Vosotros estáis ahí confiados, tranquilos, llenos de candor y buena fe, y más allá se conspira contra vuestra honra: la perversidad y la calumnia desempeñan hábilmente su oficio.

En estos casos, antes se siente el golpe que el amago. No os inquietéis, no toméis el cielo con las manos. Apelad á la conciencia honrada de los que os conocen y proseguid tranquilamente vuestras tareas.

Las manchas que os infieran se borrarán. Si el cura es vuestro amigo, ahí está el cura; si no lo es, escribid al inspector.





CAPÍTULO III

Los primeros entusiasmos.—Decepciones.—Las quejas de los padres.—Singularidades.—Aventuras.—Pruebas difíciles.—Algunos choques.—Los niños enfermos.—La llegada del Inspector.—Después de la visita.—Los compañeros de profesión.—Exámenes públicos: música celestial.

I

Os habéis entregado con la fe del creyente y la abnegación del mártir á las nobles tareas de la escuela, con la esperanza de un feliz éxito. Os habéis dirigido no sólo á la inteligencia, si que también al corazón de los niños, tratando de conmover todas las fibras del sentimiento.

Os habéis creído en presencia de un auditorio dispuesto á no perder ripio de vuestras explicaciones y á dejarse guiar por la bondad de vuestras palabras, moldeando caracteres á vuestro sabor y abriendo inteligencias á los conocimientos que vais difundiendo, como se abren las flores al fresco contacto del rocío de la mañana.

Aquel amasijo de ideas pedagógicas que habréis recogido en la Escuela Normal, os habrá llenado la cabeza de plácidas ilusiones, creyendo de buena fe que todos aquellos excelentes principios eran aplicables en la escuela con éxito satisfactorio.

Fortalecido con tan nobles propósitos, habréis puesto en vigor vuestros entusiasmos y energías, prometiéndoos los más lisonjeros resultados, realmente inspirada vuestra mente en ocasiones hasta el punto de admiraros de vuestra propia elocuencia.

¡Esfuerzo admirable! ¡Tentativas sagradas! Pero sabed que os encontraréis en una esfera imaginaria; necesitáis descender á la realidad de los hechos. Sufriréis algunas decepciones; pero no os desalentéis por eso: ya se os abrirán otros caminos.

II

Os encontraréis con que la mayor parte de los niños, lejos de conmoverse y sentir esas armonías educativas, las escuchan como quien oye llover y se distraen hasta con el vuelo de una mosca.

Unos se manifiestan indiferentes, otros importunos y otros torpes: sólo algunos, de aspecto halagüeño, demuestran alguna atención, hija más bien de la docilidad de su carácter.

¿Pensáis que aquellos niños que no os escuchan tienen la inteligencia apagada ó el corazón endurecido? ¡Ah! no: son instrumentos musicales con ciertos muelles recónditos que es necesario conocer para que produzcan por su medio algunos sonidos.

Hasta aquí resultan casi inútiles vuestros esfuerzos, y es menester que no os atormentéis estérilmente, porque desperdiciáis vuestras fuerzas.

No os abandonéis por esto al materialismo de la enseñanza, porque sería abdicar no sólo de vuestros principios, si que también de vuestro ministerio.

Aquí no hay más que dirigir vuestros entusiasmos y energías por otra senda más franca, más abierta, más en

harmonía con la naturaleza de los niños y por donde alcanzaréis mejores éxitos.

Tales son las dificultades con que tropiezan los maestros noveles, y tales las causas que hacen renunciar á los veteranos los más nobles impulsos. Bajan de las regiones etéreas para asentar sus reales en las áridas, frías y desoladas estepas.

III

En otro lugar os he hablado de las relaciones de los padres con el maestro, ó sea de la unión entre la familia y la escuela. El punto de intersección de estas dos entidades que deben juntarse, es el niño. Siendo aquella intersección una verdadera unión, el punto aquel debe ser un nudo.

Existen escuelas en que muchos padres no conocen al preceptor de sus hijos, ó si le conocen evaden su presencia. Esto no es indiferencia, sino cortedad. En ese caso al maestro corresponde hacerse accesible.

Por otra parte sucede que algunos padres toman al maestro por su cuenta y no le dejan ni á sol ni á sombra, más que para enterarse de la conducta de sus hijos, para servirse de él como de una especie de memorialista. Si lo agradecen, menos mal; en caso contrario, no tendréis más remedio que enviarlos bonitamente á paseo.

Otros pretenden que sus hijos hagan prodigios en breve tiempo. Estos son los más molestos y peligrosos. No conviene rechazarlos, sino al contrario, alimentarlos con esperanzas, demostrándoles á la par lo difícil del camino que sus hijos han de recorrer.

Los de más allá vienen con otras quejas y pretensiones. Éste, que su hijo no ha sabido sacarle la cuenta del carbón y que lo que necesita son cálculos y guarismos; aquél que

no le gusta que su hijo pierda el tiempo en gramáticas y retóricas; pero empeñándose en que sepa escribir una carta. Aquel otro.....

Pero ¿á qué reseñar todos los caprichos de ciertos hombres? Mantenga el maestro la calma en el corazón y la sonrisa en la boca; déles á entender lo que va del oro al *doublé*, y no se incomode por ello, que al fin y al cabo estos no son más que percances del oficio.

IV

Un día se presenta en la escuela un hombre con gesto avinagrado y actitud nada pacífica, y trata de increparos duramente con motivo de haberle maltratado unos muchachos á su hijo. ¡Lástima que no seáis un Segismundo de *La Vida es sueño* para coger aquel hombre en vilo y plantarlo de patitas en la calle!

Tales escenas no deben tener lugar en presencia de los niños. Debéis apartaros inmediatamente y conducir el visitante á otro aposento donde le habéis de dejar que se desahogue para aclarar la cuestión, prometiéndole que haréis justicia; pero no de tal modo que el muchacho se figure que le habéis temido á su padre.

Otro día oís gritos y lamentos en el estrado ó en la escalera: es el padre ó la madre de uno de vuestros discípulos, á quien conduce arrastrándole porque se ha empeñado aquel día en no asistir á clase, y le viene aplicando sendos golpes acompañados de terribles amenazas.

Hacedos cargo en seguida de aquella desgraciada criatura y no permitáis por más tiempo que se prolongue aquel repugnante espectáculo que tanto desdice del carácter de la buena escuela.

En otra ocasión os presentan un muchacho harapiento, con los pies desnudos, desaliñado y sucio, para que lo ad-

mitáis en la clase. Aquello os causa una mala impresión. No podéis consentir en que vuestros discípulos se parezcan á una piara de cerdos.

Pero hay niños pobres y abandonados que también tienen derecho á la instrucción. Recoged á ese niño una vez aseado. Luego el vestido y el calzado corren de vuestra cuenta. Pedid y se os dará. Una blusita de algodón y unas alpargatas cuestan muy poco. Pero si estos casos se reproducen, tendréis que apelar á otros medios. Sólo podéis ser intransigentes tocante al aseo y la limpieza.

V

La vida del maestro en el pueblo casi siempre suele deslizarse tranquila. Aquella vida es á propósito para materializarse; pero huya el maestro de la pereza intelectual como huiría del fuego.

Ya se ve que un joven gusta de tomar parte en las diversiones populares y, aunque sea maestro, no se aviene á representar un papel desairado entre los demás jóvenes del pueblo.

En muchas ocasiones, al recordar su ministerio, se siente el maestro contrariado, teniendo que apelar á una valerosa paciencia, por no poder participar sin graves censuras de ciertos placeres y diversiones. Los otros se van y él se queda ahí hecho un pazguato.

Al fin se decide á tirar los trastos por la ventana y acude á las fiestas del pueblo y sus contornos. En ese caso no ande provisto de patente de corso; lleve un salvo-conducto: el de la equiescencia *facultativa*. No abandone un recuerdo: el de su profesión de maestro. ¡Desgraciado del que vende su primogenitura por un plato de lentejas!

De todos modos, si tenéis valor para ser un joven viejo, sedlo. Esto os sabrá mucho mejor. En muchos casos, ¡bendita sea la soledad, bendito sea el retiro!

VI

Hay períodos en la vida del pueblo en que el maestro puede encontrarse en grave apuro. Sea, por ejemplo, el período electoral.

En más de una ocasión se libran en los pueblos serios combates para favorecer á tal ó cual candidato; la lucha se hace empeñada, hay verdadera incandescencia, según sea el encono de los partidos.

En ese caso nada se respeta; todo el mundo vive como fuera de su centro; no podéis salir á la calle que no os encontréis de manos á boca con algún cazador de votos ó un acérrimo partidario.

Se suceden las venganzas, las coacciones, los sobornos y hasta las tropelías por riguroso turno, y el pueblo entero es feudo desdichado, sino de un cacique, de algún aventurero que habrá caído ahí como en tierra de conquista.

No penséis veros libres de semejantes calamidades. Quizás seáis llamado á trabajar en un terreno poco limpio, so pretexto de vuestra posición oficial; quizás algunos tramposos ó marrulleros pretendan envolveros en sus redes para que prestéis vuestro concurso en la campaña; pero no os dejéis seducir por el canto de la sirena ni os dejéis intimidar por la amenaza ni por la fuerza.

En esta parte no deis vuestro brazo á torcer, ni que se trate de tirios ni de troyanos. Excusaos con amabilidad y hasta con súplica. Además, la política, hasta ahora, no ha sido otra cosa que un juego de compadres, y los maestros no deben meterse en líos de localidad.

Mas si algún día queréis ejercer vuestros derechos de ciudadano, no pongáis en contradicción vuestras obras con vuestras ideas; no seáis traidor á vuestra conciencia.

VII

Porque habéis votado en pro ó en contra, ó porque os habéis encerrado en la concha de una absoluta neutralidad, os llama el alcalde y con semblante iracundo os fulmina un anatema.

Reíos interiormente de sus amenazas, porque los alcaldes nada pueden contra los maestros, con tal que los maestros den quince y raya con su obligación á los alcaldes.

Naturalmente que el malquistarse con la autoridad local no es cosa buena; pero vos no podéis acudir al terreno donde os llamaba, porque no sois ni un vividor ni un siervo del terruño, y por consiguiente ninguna culpa os cabe por esto. Afortunadamente suelen evaporarse las inquinas electorales al poco tiempo.

Os indisponéis con el cura párroco, porque éste se empeña contra vuestra voluntad en que asistáis con los niños todos los días de precepto á misa. Esta es más negra, porque la religión no es la política y un cura párroco no es un alcalde.

Ya sabéis lo que hay preceptuado sobre este particular. Cumplid la ley, mas ved de no indisponeros con el cura, á menos de sentirnos herido en vuestra dignidad ó en vuestro prestigio.

¿Se desprestigia el maestro acompañando á los niños á misa en los días festivos? Razonemos un poco.

Ni en la calle ni en la iglesia el maestro puede ejercer sobre sus discípulos la misma autoridad que ejerce en la escuela, so pena de ofrecer un triste espectáculo.

Cuando el maestro es un joven que tiene las miras puestas en la escuela y en el mundo, como sucede casi siempre, no quiere ejercer de maestro en la calle ni en la iglesia, sino simplemente en la escuela, y por esto aquel acto le violenta. El cura lo mira de otra manera: como cura.

Por otra parte, la religión no gana nada en ello, por cuanto aquel maestro y aquellos niños no edifican. ¿Pre-téndese, pues, que el maestro pase por las horcas caudinas de ciertas intransigencias? Entonces no puede haber dignidad sin noble y legítima independencia.

Será muy loable la costumbre de asistir á misa los padres acompañados de sus hijos; pero déjese al maestro en la escuela ejerciendo su misión en los días laborables, concediéndole el domingo por entero para que descanse de sus nobles tareas.

VIII

La noticia de un niño enfermo de vuestra clase, aunque se trate del más díscolo, debe colocar vuestro ánimo en una disposición muy rayana al sacrificio.

Id á visitarle. ¡Se alegra tanto un niño en semejante caso al ver á su maestro! ¡Se congratulan tanto los padres con aquella visita!

Porque vosotros amáis á vuestros discípulos sin condiciones de ningún género. Ellos forman parte íntima de vuestra existencia, pues les nutris con la savia de vuestro espíritu, no como fríos mercenarios prestan sus servicios á quien los paga.

La alegría de la escuela precisamente tiene ese origen puro: el amor á los niños. Ese mismo amor engendra la simpatía hacia la escuela, que sois vos, y esa simpatía obra constantemente en favor vuestro. Cuando contrarios vientos se disponen á azotaros, sentiréis dulces brisas que os acarician.

«Hijo mio; el maestro viene á verte» ¡Qué inefable expresión en los padres! ¡Qué dulce encanto en la mirada del niño! Si el enfermo se encuentra abatido y á duras penas puede levantar los ojos, hará un movimiento con sus labios como para expresaros su alegría y reconocimiento.

No andéis reacios en estas visitas, y aun en casos graves y apurados no os retraigáis, siquiera para consolar y animar á la familia.

Si la criatura es pobre y en la casa falta algo que pueda aprovechar al enfermito, no vaciléis; promoved los sentimientos de los demás niños, inclinando su ánimo á favorecer á un compañero en la desgracia.

¡Qué lección más hermosa se os presenta!

IX

No seréis vosotros de los que sienten escalofríos á medida que se aproxima la llegada del inspector, ni de los que están sobre ascuas durante la permanencia de este funcionario en la escuela.

La visita del inspector es para algunos maestros un origen de alegría, mientras que para otros es un motivo de ansiedad y para no pocos lo es de zozobra y aun de disgusto. Sed siempre de los primeros.

Es verdad que el inspector es vuestro jefe; pero también es vuestro ilustrado compañero, vuestro hermano mayor. El inspector ha sido maestro antes que vosotros y puede volver á serlo. Ha regentado escuelas como la vuestra; ha sido víctima tal vez de injusticias y atropellos, y curtido en las tareas del magisterio, y perito en los achaques de localidad, se presenta á visitar vuestra escuela.

Procurad que no os encuentre desapercibido; pero por Dios no os preocupéis demasiado ni pretendáis colocar la escuela en un estado en que no la tenéis comunmente, lo cual os servirá de tardía hoja de parra; porque el inspector comprenderá desde luego vuestras maniobras y sabrá descartar los artificios de la realidad.

Estad siempre dispuestos y preparados para recibir estas y otras visitas, y de esta suerte, en vez de temerlas, las desearéis, y los niños se acostumbrarán á ellas, y vosotros

seréis más dueños de vuestro ánimo, y con estos exámenes parciales cerraréis muchas bocas dispuestas á desprestigiaros.

X

Al inspector le manifestáis la verdad, le abris el alma para que lea en ella como en un libro. Esto ha de ser después de la visita.

¿Quién mejor que este funcionario puede trazaros los derroteros que habéis de seguir en lo sucesivo? ¿Quién con más autoridad, más celo y más táctica puede congraciaros con las autoridades locales y promover buenas disposiciones en pro de la escuela? ¿Quién mejor que él puede conjurar la tempestad, dado que ésta se cierna sobre vuestra cabeza?

El inspector puede traeros un poco de aire de la capital de la provincia, algunas brisas refrigerantes que os hagan salir de aquel estado de soñolencia, si por desgracia en él habéis caído.

Pero no os forjéis muchas ilusiones acerca de este punto. También hay inspectores materializados; los hay para quienes la visita no es mas que un acto puramente mecánico y circulatorio que apenas deja rastro, porque en ella no se hace hincapié más que en las cuestiones de rúbrica. Sin embargo, estos inspectores, que son los menos, merecen disculpa. El gobierno obliga á tales funcionarios á que recorran trescientos y más pueblos en pocos meses. El resto del año y casi siempre se ven asediados por trabajos oficionescos ó burocráticos.

De todos modos el inspector es casi siempre una providencia para el maestro. Amadle y respetadle; pero no le temáis. Confiadle vuestras cuitas y consultadle sobre vuestras tareas profesionales.

XI

Es mucho más fácil que os inspiren más confianza y simpatía los compañeros de los pueblos comarcanos que los de la misma localidad. Contra estos últimos sentiréis tal vez un espíritu de emulación muy rayano en la rivalidad.

¡Cuánto mejor sería que compartieseis juntos unas mismas aspiraciones! ¡Cuánto más noble y generoso fuera que constituyerais una liga provechosa aunando fuerzas para levantar el caído!

En los grandes centros de población, lo mismo que en los pequeños, los maestros pueden prometerse mucho de la estrecha unión con sus compañeros, tanto por lo que dice relación con los altos fines de la enseñanza, como para la mutua protección social.

Deponed toda suerte de antagonismos y prevenciones: el bien común es el bien particular de todos. No lo olvidéis. Apretad los lazos del compañerismo y cunda el comercio intelectual y moral entre vosotros.

Promoved las reuniones y conferencias hacia el punto más céntrico del distrito, para cambiar impresiones al menos. Tomad la iniciativa los más jóvenes, si los veteranos se muestran refractarios.

¡Ea! levantad ese espíritu varonil que tenéis como dormido entre los pliegues de vuestra conciencia. Hay que abandonar la pasividad y la inercia que amortiguan los más nobles impulsos, y desposarse con la activa propaganda de vuestros ideales. Hay que transfundir ideas y conocimientos nuevos para reanimar los viejos y decaídos organismos docentes, como se transfunde la sangre nueva en las venas de un organismo viciado.

Entablad ¡oh jóvenes! esos torneos de la inteligencia arrastrando á los viejos siquiera para presenciarlos, y no sean pasivas vuestras relevantes cualidades, y no veáis en el funesto «no hacer nada» un motivo para vivir con so-

siego, y no os lleve el egoísmo hasta el punto de no querer trabajar sino para vuestro personal beneficio.

XII

Ya lo hemos dicho: somos partidarios de los exámenes parciales, ó más bien ordinarios, muchísimo más que de los exámenes generales y públicos.

Sin embargo, consideramos los exámenes generales como un mal necesario en las escuelas, porque si bien no prueban nada, tal y como se celebran comunmente, despiertan el celo de las autoridades locales y sirven de estímulo á los niños por lo que toca á la repartición de premios.

Si los exámenes generales, no públicos, tuvieran por objeto medir la capacidad intelectual de los alumnos, por medio de ejercicios orales y escritos en presencia de una junta local ilustrada, ó simplemente inteligente, fuera éste **niños** un acto racional y digno de loa.

Pero no; hay que llamar la atención del público y revestir aquel acto bajo un aspecto teatral que produzca efectos de relumbrón. El maestro en aquel acto tiene que abdicar de su buen sentido pedagógico y reirse de sí mismo, aunque sea con risa amarga, para dar gusto á un público necio que toma por diamantes los cristales con facetas, y aquilata la bondad de los métodos y los esfuerzos del profesor, por cuanto á la pandereta de la verbosidad infantil no le falte una sonaja.

El maestro pensará acerca de los exámenes: es un día malo, pero pronto se pasa. Claro, si no deja rastro de algún despecho, según sean los alumnos que hayan representado un papel desairado ó de meros partiquines en la comedia.

Nosotros quisiéramos evitar estos actos que pueden anular la alegría de la escuela.





CAPÍTULO IV

La consideración social.—Independencia del maestro.—Moralidad.—Ardores juveniles.—Responsabilidades.—Huir del fuego.—Deseo de ser útil.—Manera de agradar á los padres.—Manera de atraerse la juventud.—Un centro de cultura.

I

Supongo que no habéis confundido la dignidad personal con la fatuidad, y de igual manera no debéis confundir la consideración social con el pleito-homenaje.

Se ha pretendido elevar á los maestros de primera enseñanza hasta el quinto cielo y, sin embargo, se les deja abandonados en medio del arroyo. Ni tanto ni tan poco.

No hay duda que la misión que estáis destinados á ejercer es de las más nobles y elevadas; pero hay un obstáculo que no la deja elevar, y ese obstáculo somos en parte nosotros mismos.

Efectivamente, en parte somos nosotros por no hallarnos á la altura de nuestra misión; por lo demás los gobiernos tienen la culpa.

En el magisterio ingresan generalmente los pobres de espíritu y los pobres de recursos. Ha sido hasta hoy una

carrera modestísima y de cortos alcances intelectuales, y aun el refugio de muchas medianías y de no pocos tráfugas del trabajo material. Dos años de estudios harto deficientes, y cádate maestro. Y luego los haberes escuálidos, y luego las sumisiones enojosas, y á mayor abundamiento el menosprecio de las tareas educativas. Después pobres y ricos miden con la ley del embudo al maestro de escuela. ¿Cómo queréis que los favorecidos de la suerte sientan apego á esta carrera?

Pero el problema, como ya dijimos, no es irresoluble. Ampliando estudios y ampliando sueldos y dando medios de independencia al maestro, se puede elevar moral y materialmente el magisterio. ¿Que no lo da el gobierno? es muy sencillo: el maestro lo toma. El trabajo es lento, algo difícil, no siempre igual ni constante; pero se puede llegar á resultados satisfactorios.

Hemos hablado de estudios; vamos á hablar de independencia; luego hablaremos de recursos materiales.

II

No confundáis la independencia con la osadía y el antojo; pero sucede muy á menudo que al maestro se le niega el derecho de meterse en nada, y todo el mundo se cree con derecho sobre el maestro. He aquí la ley del embudo de que he hablado antes.

Se exige al maestro que sea un modelo de virtud y un dechado de perfecciones. Todo esto es muy bueno; pero como no todos pueden ser de la misma pasta de los santos, de ahí que al menor desliz se ponga el grito en el cielo, y entonces pasa á ser aquel hombre el burro de la fábula.

No permitáis ¡vive Dios! que os pongan la ceniza en la frente. Hay que protestar contra ese orden de cosas. La ley

de castas es abominable. Exíjase al maestro cuanto se pueda exigir á un hombre consagrado á una obra trascendental: virtud, celo, inteligencia; pero no le pidáis heroísmo. Y puesto que le exijís mucho, debéis darle mucho; no seáis tiranos.

Para llenar cumplidamente su misión, el maestro debe moverse en una esfera de legítima independencia; la misma independencia que tienen el magistrado en el foro y el sacerdote en el templo. Que se inspeccione la enseñanza; que se imprima en ella la sanción legal; pero no carguéis de cadenas al sér libre.

Ni os dejéis cargar vosotros, jóvenes dedicados al magisterio. La ley os protege.

III

No consintáis en vosotros ni al rededor de vosotros cosa alguna que trascienda á mal ejemplo.

Toman á veces cara de placer inocente ciertos desahogos, y el hombre que se tenía por inculpable, hállase un día en que ha delinquido. ¡Cuántos maestros hubo que deslizándose por suavísima pendiente se han encontrado después en el fango!

Por todas partes y á todas horas se agitan dando voces necios ó torpes agentes del vicio, los cuales buscan cofrades. No os dejéis caer vosotros en sus redes por merecer su alabanza, ni por miedo á su mofa sintáis vergüenza de ser buenos.

Vuestra moralidad os infundirá después valor y alegría. Entonces podréis combatir con banderas desplegadas, fortalecidos con el escudo de una conducta intachable, aun cuando se levante contra vosotros un ejército de malhechores.

IV

Pero yo soy joven, diréis; mi estado de soltero me permite entregarme á ciertos pasatiempos, y aun se me pueden perdonar las ligerezas propias de mi edad.

Os equivocáis. Siempre habéis de acordaros que sois maestro, que sois el sacerdote del pensamiento y de la vida de los niños que se os están confiados, y que la escuela es un pequeño templo donde se enseña el amor á lo bueno, á lo digno y á lo justo; y si no os diferenciáis de los demás hombres por el traje, os habéis de diferenciar por la honradez y por la honestidad.

Vuestros ardores juveniles se templarán con el suave calor que os prestará la enseñanza, por más que vuestros sentimientos no deben estar divorciados del amor honesto hacia la que ha de ser un día vuestra inseparable compañera.

No, no es menester en este punto que ahoguéis los latidos del corazón. Amad, que no es delito el amar; antes bien el que ama es bueno ó se afana en serlo. ¡El amor! ¡Si es el mayor bien que hay en la tierra!

Si no queréis vivir como un joven viejo, vivid como un joven serio. No se trata de una gravedad extemporánea ó fingida. Un natural alegre no puede cargar con una afectación insoportable y ridícula, ni tampoco se han de sujetar á regla y á compás vuestras manifestaciones.

Al hablar de seriedad, debéis entender más bien compostura y deseo de agradar por vuestra conducta.

V

En materia de responsabilidades está visto que no hay paridad entre el maestro y el catedrático del Instituto. A nadie se le ocurre culpar á ese señor por las faltas y travesuras de los alumnos, ni mucho menos por la deficiencia intelectual que en los exámenes aquéllos manifiestan. Al contrario; el profesor que más reprueba, ese lo entiende.

Pero tratándose de un maestro ya muda de especie. Que en una escuela se encuentran niños completamente negados ó haraganes, el maestro tiene la culpa; no sabe enseñar.

Que en la calle ó en su propia casa los niños cometen alguna picardía, á lo mejor se oye: «¿Esto te enseñan en la escuela?» Y con ello cargan el sambenito al maestro, como si estuviera en su mano hacer milagros.

Sacudid de encima todas estas responsabilidades y endosad el mochuelo á los padres, puesto que ellos son los verdaderos responsables hasta cierto punto de las faltas de sus hijos.

No hay duda que la educación escolar tiene influencia en las costumbres; pero ¿queréis decirme cómo ha de modelar el maestro los caracteres de sesenta y más niños que le rodean, exigiéndole sobre todo una multitud de enseñanzas diversas? ¿Ni cómo ha de abrir inteligencias que resisten á todos los asaltos?

Vive un niño en su casa en la inmersión constante de un peligroso ambiente, y queréis que en la escuela se regenere? ¡Oh! Pueden pasar por el ojo de la aguja hilos bastante gordos; pero los camellos no pasan.

VI

Hay un peligro amenazante en la profesión del maestro, de cuyo peligro debe éste huir como del fuego para salvarse: tal es el cebo de las retribuciones escolares.

Con motivo de las retribuciones, el maestro puede acanallarse. Oh! bendita sea la enseñanza gratuita!

Contemplad á esos niños desheredados de la fortuna, á esos hijos de viuda pobre, á esos desgraciados huerfanitos que os rodean, velado en densa palidez el semblante, ofreciendo tristeza indefinible y á los cuales no podéis mirar, teniendo corazón, sin indefinible, tristeza. ¿Los abandonaréis acaso para atender al hijo del propietario, del alcalde, del cacique, del que os envía algunas monedas ó ciertos efectos á guisa de limosna ó de regalo? ¿No tienen derecho como los demás al pan de la inteligencia?

Precisamente porque son desgraciados deben conquistar vuestro anhelo. Esa es la religión, ese es el espíritu del cristianismo, esa es la caridad.

Tenéis derecho á la vida, ya lo sé. Mas ved que el Estado os confía esas criaturas á trueque del sueldo que percibís. Luego hay la vida del alma, la vida de la conciencia, el más allá.

Podéis admitir dinero y regalos de los ricos; es justo que paguen; pero cuidado de no venderles vuestro celo y vuestras energías, porque pertenecen á todos.

Ya procuraremos por dinero.

VI

Se suscitan en la vida de los pueblos una multitud de incidentes entre varias personas para quienes vendrán de

perlas vuestros servicios. No os concretaré ninguno de estos casos porque se ofrecen en gran número.

Prestaos á ser útil á todo el mundo, sin la prevención de que caigan en saco roto los favores que podáis dispensar; pues como dice el refrán, lo que no va en llantos va en suspiros, y es bien encontrar por todas partes personas agradecidas.

Esto no quiere decir que os convirtáis en un *vir bonus* de todo el mundo. A la zorra candilazo.

Aquí se trata de granjearos la estimación de todos los vecinos del pueblo, crear atmósfera, como se dice, y establecer corrientes de simpatía para vosotros y para la escuela, sin que para ello tengáis que robar horas á la clase, ni emplear largos espacios de tiempo que necesitaréis para otras atenciones.

Porque ¡son tantas las horas que se pierden infructuosamente y que, mejor empleadas, podrían reportar sendos beneficios! Suele haber en los pueblos una holganza tan *encantadora* que más no puede ser. El casino, sobre todo, absorbe muchas horas del día y de la noche. Allí se juega, se charla, se lee por cima algún periódico y más que todo se critica y se murmura.

No os dejéis contaminar. Acostumbraos á las pequeñas dosis, aunque fuera mejor que no tomaseis ninguna. En la empresa de ser útil encontraréis más sabrosos resultados.

VII

Por punto general los padres se manifiestan más fríos que las madres tocante á los asuntos de la escuela. Éstas se presentan en el local con más frecuencia que aquéllos, debido en parte á las ocupaciones que sujetan mayormente al jefe de la familia.

Por las razones expuestas conviene, como ya os mani-

festé anteriormente, que el maestro reuna de vez en cuando á los padres en común, y cuando el caso lo ordene haga llamamientos particulares.

El maestro necesita el apoyo y la estimación de los padres. Esto puede conseguirlo de dos modos: directamente por los medios indicados, é indirectamente por medio de los niños; pero como éstos se guían casi siempre por las impresiones de momento, no se puede confiar mucho en ellos.

En materia de enseñanza, los padres juzgan siempre por lo que ven sus ojos: muchos libros, muchas lecciones de memoria, una letra pintada, problemas de aritmética y cosas por el estilo.

No es digno ni racional tampoco que el maestro apele á estos medios de agradar, puesto que el buen sentido pedagógico los rechaza. De aquí la necesidad de las reuniones en común, á fin de desterrar las preocupaciones y desvanecer los errores que en materia de enseñanza se conciben.

Una sencilla lección todos los días, ejercicios de composición y algunos problemas resueltos en casa y una felicitación de tarde en tarde con el mejor carácter de letra que el niño posea, bastará para que las familias formen un concepto ventajoso de la escuela.

VIII

Para todas las empresas se recluta la juventud, porque es la que marcha siempre á la vanguardia de los acontecimientos.

Anunciad un pensamiento cualquiera, y como no veáis jóvenes que lo recojan, desechadlo, porque serán inútiles vuestros esfuerzos.

Pero la juventud es de suyo versátil y bulliciosa, y mal

se avviene casi siempre con las empresas formales, cuando no se presentan con exteriores atractivos.

No importa; puesto que sois joven, rodeaos de jóvenes; pero esta vez será para fomentar su cultura y conducirlos por buen camino, con feliz acuerdo de las autoridades encargadas de velar por las buenas costumbres.

¿Por cuáles medios atraeréis á la pléyade juvenil del pueblo de vuestra residencia? Algunos creerán que esto puede conseguirse fácilmente mediante una reunión aparatosa con brillantes razonamientos ó discursos.

Es verdad que por este medio se puede promover algún entusiasmo de momento; pero luego se introduce la tibieza, más tarde la frialdad y por último el abandono.

Emplead el sistema de menos á más y os irá mejor. Iniciad en vuestro pensamiento á unos pocos, los más fervientes, los más íntimos, los más seguros, y con ese pequeño apostolado tendréis una base firmísima para levantar el edificio.

IX

Se trata de un centro de reunión en el mismo local de la escuela que regentáis. Nada de reglamentos, ni de juntas, ni de cargos. Estáis en vuestra casa, el dueño sois vos y también el árbitro.

Principiad por tomar una suscripción en común de un periódico sensato de los más importantes de la capital del Estado. Ya tenéis el punto de apoyo: la palanca sois vos; todo estriba en saber conducir por buen camino la lectura y los comentarios.

Áparte del periódico tendréis libros de útil y amena lectura, y aparte de los libros tenéis ingenio: cultivadlo.

La cuestión es encauzar prudentemente las aguas bullidoras, á fin de que no se desborden. A veces basta un puñado de broza para reprimir su impulso.

Estas reuniones se deben efectuar de noche, como es más natural, y en una hora de plácida holganza, á fin de que no os acarreen estorbo ni perjuicio.

Con ellas arrancaréis víctimas á los groseros y viciosos pasatiempos de que los pueblos están plagados; con ellas alcanzaréis el apoyo y aprobación de los buenos, la bendición de Dios y el beneplácito de vuestra conciencia.

Deben tener lugar estas reuniones á lo menos dos veces cada semana. Solo en el caso de dedicaros á la enseñanza de adultos, podéis limitaros á los domingos y demás días festivos. Es incalculable el bien que podéis cosechar dirigiendo estos centros de cultura.





CAPÍTULO V

Necesidad de ensanchar los recursos de subsistencia.—En la ciudad.—En el pueblo.—Las escuelas de adultos.—Lecciones particulares.—Ocupaciones diversas.—Pensionado.—Un teatro infantil.—El presupuesto municipal.

I

Hemos hablado de consideración social, y no hay duda que para alcanzarla en todas partes, pero mayormente en los pueblos, nada hay que marque tanto la gerarquía de las personas como el tener más ó menos dinero ó cosa que lo valga.

En casi todos los pueblos, el más acaudalado propietario es el cacique ó el amo. Y no hay que darle vueltas. Mientras no haya un gobierno paternal que dé á cada uno lo que merezca (y esto está muy distante), ó no se extingan por medio de una educación sabia y enérgica tales preocupaciones, reinará aquella monstruosa injusticia.

Los sueldos que disfrutan actualmente en España los maestros de las escuelas oficiales, apenas sí son suficientes para no morir de hambre, sobre todo habiendo de por medio alguna familia cuya subsistencia dependa de aquellos funcionarios públicos.

Ya los filósofos no pudieran hoy dormir en un tonel, como Diógenes, ni beber haciendo una copa con las manos, como Epicteto, porque existe en todas las manifestaciones

de la vida social, como de la vida orgánica; un engranaje inevitable.

El maestro necesita vivir sin ser un parásito. Necesita vivir de sus recursos propios, no con opulencia, sino con decoro; necesita vivir sin apuros que atosigan, ni deudas que perturban, ni compromisos que encadenan; necesita vivir con tranquilidad de espíritu para consagrar sus entusiasmos á la escuela; y como el gobierno, en mengua de la vergüenza nacional, lo mantiene á pan y agua, es fuerza que trate de ampliar los recursos de subsistencia.

II

En la ciudad, cuando ésta es de alguna importancia, los maestros que en ella residen pueden considerarse como los canónigos de la clase, bien que con un poquito más de trabajo y un poquito menos de prebenda que los del cabildo catedral.

Es indudable que en la ciudad la vida es más cara que en el pueblo; pero de todos modos el sueldo aquél no permite que el estómago desfallezca, mayormente porque suele no tener cola.

En la ciudad las lecciones particulares valen más, la escuela de adultos reditúa algo, y las retribuciones, de que Dios nos libre, ayudan á redondear el sueldo.

En falta de estos emolumentos, en la ciudad puede un maestro hendir espacio, volar: esa es la palabra, con tal que algunos no la tomen por hueca.

Pero ¿qué es volar? En lenguaje más sencillo y menos ambiguo diríamos: es salir á la calle, entrar en el despacho de un comerciante y tomar á su cargo los libros de contabilidad y correspondencia; es meterse en la redacción de un periódico y encargarse de una sección del mismo; es introducirse en una librería y conmover las entumecidas fibras de un editor para la publicación de una obrita con la que se prometa ganar el oro y el moro.

Ya se ve que no se encuentra al volver de cada esquina un despacho de comerciante que esté vacío, ni una redacción periodística que quiera dar para una digestión, ni un editor que se preste á tragar el anzuelo.

Pues bien: apelemos á un medio infalible y de fácil consecución. Suprima el maestro el café de la tarde, la propina del mozo y la hora del café. Suprima... pero ¿á qué meternos en las interioridades de la vida? Anhelad vivir de la enseñanza, puesto que á ella estáis consagrados, de la misma manera que el sacerdote vive del altar.

III

En el pueblo debiera suceder lo mismo: servir á la escuela y vivir de la escuela; pero como quiera que aquí menos que allí el estómago de un maestro puede padecer ansias terribles, es necesario tomar algunas precauciones.

Vivis en un pueblo de la montaña; el vecindario es corto y carece de recursos. *Haceos querer*; vuestra sencilla vida no exigirá grandes dispendios, y en medio de aquellos pobres seréis de los más afortunados.

Si el pueblo es de mayor importancia, ingeniaos. No os resignéis á vivir en la miseria, hecho un pobretón, con un traje raído y un hogar desmantelado; no permitáis que á vuestra madre, á vuestra mujer ó á vuestra hermana le pongan mala cara en las tiendas y sonrían de satisfacción algunos malvados al veros pasar la pena negra.

Antes que una tristeza abrumadora embargue vuestro ánimo, sacad fuerzas de flaqueza pidiéndole energías al alma, y todo lo más llevad la procesión por dentro, á fin de que en el exterior no se trasluzcan vuestros apuros.

La peor desgracia en que puede incurrir un hombre es el apocamiento del ánimo, por medio del cual se exterilizan todos los impulsos. Objetaréis que el pueblo donde residís es un baldío ó una estepa siberiana. No importa; ingeniaos: sembrad y recogeréis.

IV

Las escuelas de adultos se hacen tanto ó más necesarias en los pueblos como las escuelas elementales. Persuadid de esta necesidad á los encargados de la administración del común, y si no os atienden ó no se os puede atender, haced propaganda vos mismo: fundad una escuela.

De nuevo nos encontramos con la escasez de recursos que afecta al vecindario, y como no podéis gastar vuestras fuerzas trabajando sólo por amor al arte, os sentís otra vez acometidos por desmayos ó desfallecimientos.

Probad ventura. Debéis conseguir del Ayuntamiento que os conceda al menos para costear los gastos del alumbrado, fijando vosotros una pequeña cuota mensual para la enseñanza, á fin de reunir un número considerable de alumnos.

No por esto el trabajo os ha de ser más pesado. Variad los procedimientos ordinarios. La lectura explicada en común y el encerado os facilitarán medios para difundir la enseñanza á un gran número de alumnos con ventaja. Ya hablaremos de eso en otra parte.

Lo cierto es que una escuela de adultos puede ampliar vuestros recursos de subsistencia, fomentando á la par la cultura de la clase obrera, en mayor escala todavía que una escuela elemental. Es probado.

V

Las lecciones particulares pueden darse á domicilio ó en la misma escuela, en horas oportunas.

Cuando se trata de un solo individuo ó individua, raras veces suele convenir este género de lecciones, por la sencilla razón de que no se pagan debidamente.

Por punto general las familias no se harán cargo del tiempo que debéis emplear en una lección diaria y se re-

sistirán á satisfacer los honorarios por creerlos exagerados.

Por otra parte, vosotros no sois dueños del tiempo y no pedís más que lo justo. ¿Qué remedio queda?

El único remedio es aumentar el número de los alumnos y disminuir proporcionalmente la retribución. Entonces se ve claro y los más intransigentes pueden darse por vencidos.

VI

Conocemos algunos maestros que en los pueblos han duplicado y aun triplicado sus haberes, sin faltar en lo más mínimo á sus obligaciones escolares.

No hay duda que en los importantes centros de población la actividad puede encauzarse por diversas vías que no existen en los pueblos; pero en éstos se encuentra menos personal para dirigir cierta clase de negocios.

El maestro en un pueblo puede ser el hombre de confianza de un propietario que resida fuera del mismo, para la acertada administración de sus fincas.

El maestro en un pueblo puede conseguir colocación en una fábrica ó encargarse también de la correspondencia y contabilidad de un pequeño comercio ó sociedad industrial.

También puede el maestro ejercer de apoderado en diversos asuntos judiciales, como puede ejercer de agente de una compañía de seguros, y hasta de corresponsal ó representante de una casa de comercio.

No desmayéis, jóvenes que habéis emprendido la profesión del magisterio bajo tristes angurios. Síntoma aciago es la desconfianza en vuestras propias fuerzas; pero tened entendido que en siendo uno inteligente, activo y honrado, por todas partes se abre camino, á menos que se conjuren contra él todas las desgracias para hacerle su víctima ineluctable.

VII

Vuestra reputación de maestro inteligente y celoso se habrá extendido por toda la comarca. De un pueblo vecino ó de una finca distante os mandan un muchacho para que lo eduquéis admitiéndolo en calidad de pupilo en vuestra propia casa.

Esto no es un hecho extraordinario, sino la cosa más natural del mundo. En todas las comarcas hay labradores acomodados, así como en muchos pueblos suele haber propietarios á quienes repugna enviar á sus hijos á la ciudad, por conceptos muy atendibles, y prefieren colocarlos bajo la custodia de un profesor de confianza, algo apartados del mimoso hogar; pero no tan lejos que no puedan comunicarse fácilmente.

Vos podéis ser uno de estos profesores ó podéis moveros en este sentido para que os confíen alguno ó algunos muchachos, ya como alumnos de primera ó de segunda enseñanza.

Con dos ó tres de estos alumnos podéis formaros un sueldo regular sin necesidad entonces de apelar á ninguna otra obvención, y ello está muy puesto en regla, pues no os salís del carril de la enseñanza, y consagráis á estos alumnos el tiempo que podíais emplear en otras cosas.

¡Cuán preferibles son esas atenciones á otras muchas, para ampliar vuestros recursos de subsistencia! ¡Y cuánta más cuenta les trae á los padres de familia el confiar sus hijos á un maestro de un pueblo, con tal que aquél sea un buen educacionista, que meterlos en un colegio donde todo desaliño tenga su asiento, y todo defecto su acomodo, y toda mala disposición su propio ambiente!

Emprended, pues, jóvenes maestros esta cruzada benéfica y provechosa; pero estudiad de antemano la norma que debéis seguir al dar entrada en vuestra casa á esos nuevos alumnos que se os confían.

VIII

¡Un teatro infantil! No vayáis á figuraros que á título de allegar recursos os meta en la cabeza la idea de organizar una compañía drámatica en vuestra escuela para representar comedias en público y calzaros vosotros con el producto de tales representaciones. Esto fuera el colmo de la explotación.

Hemos llegado á un terreno resbaladizo por donde es necesario caminar con sumo tiento. No hay duda que las comedias infantiles, siendo buenas, pueden considerarse como un motivo de entusiasmo para los niños, como un acto de satisfacción para los padres y como un medio influyente para la educación.

Pero ni todos los niños pueden ser actores, ni todos los padres se conforman en que no lo sean, ni todos los maestros se hallarán en el caso de poder ó querer proporcionar tales espectáculos.

Pues entonces, ¿á qué viene hablar de comedias infantiles? Esperad un momento.

¿Os acordáis de aquellos niños pobres que se presentan á la escuela casi desnudos ó miserablemente vestidos? ¿Os acordáis de aquellos enfermitos que carecen de medicinas para curar sus dolencias ó de alimentos substanciosos para recobrar su salud?

Con estos sencillos espectáculos podréis abrir recursos para atender á muchas necesidades de la escuela que no pueden figurar en el presupuesto de gastos, y, desengañaos; aunque el producto de las funciones no entre directamente en vuestro bolsillo, dispondréis del mismo en ciertos casos para muchas atenciones plausibles que redundarán en vuestro provecho.

Pero, repetimos; aun tratando del teatro como arte noble, no conviene entregarse á la declamación y á la escena sin grandes precauciones.

VIX

No creáis que todos los municipios sean ingratos con los maestros que saben conducirse en el pueblo. Andan por ahí muchos profesores de primera enseñanza con la cruz á cuestas y hasta mendigando el propio sustento, por tenerlos ciertos municipios sitiados por hambre. Esto constituye un baldón de ignominia para nuestra desgraciada España.

Pero vamos á cuentas. ¿Creéis que todos estos maestros se hallan á la altura de su misión? ¿Creéis que todos son capaces de dirigir una escuela y hacer sentir su influencia educativa? ¿Hay verdadera vocación en todos los que se consagran al magisterio?

No hay duda que deben existir muchos maestros dignos que no cobran; pero también existirán nulidades y maestros negligentes que viven abandonados. La verdad en su lugar, y no habrá que hacer aspavientos si se pone el dedo en la llaga. Hay ciertos convencionalismos de que no podemos hacernos cómplices.

Existen también muchos municipios que pagan religiosamente á sus maestros y aun los hay que los pagan con creces. Podéis aspirar á ser de los favorecidos. ¿Por qué no? Ofrezca vuestra escuela condiciones envidiables; vuestra conducta promueva el verdadero aplauso y conseguiréis probablemente que en el presupuesto municipal se añada una partida que diga: «A D. Fulano de tal, maestro de la escuela pública de niños de esta villa, tantas pesetas de gratificación en pago de sus buenos servicios».



LIBRO II



La Escuela





CAPÍTULO I

Papel que representa la Escuela en el pueblo —Cuestión de locales.—Menaje escolar: el salón de clases.—Museo escolar.—Influencias físico-morales.—Los libros de texto.—El texto vivo: la palabra del maestro.

I

La Iglesia, la Casa Consistorial y la Escuela: he aquí una triología magnífica y suprema que imprime carácter é informa la vida del pueblo. He aquí tres entidades diversas que debieran completarse en el orden social, como se completan en sus funciones el corazón, los pulmones y la cabeza en el humano organismo.

Pero ¡triste realidad! En la Escuela nadie ó muy pocos se fijan. Aquel mezquino edificio sólo sirve para hacinar niños como se hacinan las mercancías en un almacén. La Iglesia es un lugar preeminente; la Casa Consistorial es la gran válvula; sólo la Escuela es un tugurio.

De tarde en tarde las autoridades visitan aquel recinto; algunas madres suelen visitarlo también, generalmente en són de queja; por lo demás, la escuela se hace impenetrable é inaccesible, como si estuviera rodeada de una especie de muralla de la China.

¿Qué hace el maestro? Trabajar á puerta cerrada sin que nadie le vea; su ruda é interesante labor pasa desapercibida. ¡Y nos extrañamos de que la escuela pública no sea popular! ¡Y nos lamentamos de abandono y olvido!

Jóvenes maestros, interesad al pueblo en vuestras importantes tareas; invítad á los padres de familia, no en días determinados, sino á todas horas, á presenciar vuestros trabajos y el de vuestros discípulos, á juzgar de la escuela. No la desprendáis del pueblo, no la divorciéis de la familia.

¡Pero juzgar de la escuela unos sencillos labriegos ó modestos artesanos! ¿Dónde está la competencia?

Precisamente por esto podéis alcanzar una completa victoria, destruyendo errores y desvaneciendo prejuicios contra la escuela. Los buenos maestros sentirán aumentada su reputación, porque habrán sabido convencer á los padres y demás personas que visiten la escuela, de que su trabajo se encamina al provecho, por más que á los ojos profanos se oculte la bondad de sus métodos y procedimientos.

De este modo la familia coadyuvará sin prevenciones á la obra trascendental del maestro; porque abiertas de par en par las puertas de la escuela á todo el mundo, todos juzgarán, pudiendo después rendirse á la evidencia.

II

Recuerdos de místicos tiempos son aquellos que nos colocan la escuela de primeras letras en el atrio de alguna iglesia ó soportales de algún vetusto edificio, bien que en la época modernísima que alcanzamos no faltan poblaciones que la tienen relegada en pobres, ruines y desmantelados locales, y no pocos en húmedos y oscuros aposentos rayanos en calabozo, abiertos á todos los ruidos de la

calle, y á todas las inclemencias del tiempo, y á todas las incomodidades de la vida.

Hacinados los niños en un local triste y sombrío donde deben pasar tres horas por la mañana y otras tantas por la tarde, no pueden dar de sí otra cosa que aburrimiento y agitación violenta, que perturban y deprimen el ánimo del maestro, haciendo ineficaces todos sus esfuerzos.

Para que la escuela sea eficaz, debe constituir el local un medio alegre. El maestro debe sentirse á gusto y los niños deben experimentar un plausible anhelo para acudir allí donde el agrado y el bienestar se dejan sentir de muchas maneras.

Claro está que el maestro no es dueño de elegir el local que más y mejor se acomode á sus aspiraciones pedagógicas. El emplazamiento, la orientación, el retiro, la ventilación, el acceso inmediato al campo ó al jardín, condiciones son estas, como otras varias, sobre las cuales no hemos de discurrir, porque no dependen de la voluntad del maestro. Este tiene que aceptar lo que le dan.

Para estos casos y otros muchos que se presentan relativos á la influencia del local, el maestro ha de saber mover todos los resortes. Intente hacer de la escuela la casa del pueblo, poniendo en obra los pensamientos que tenemos adelantados, y el pueblo estará á su lado para conseguir un edificio á propósito, á cuya demanda no se podrán negar los administradores del común.

III

Nos creemos dispensados de hacer una reseña del menaje escolar, lo mismo que de entrar en minuciosos detalles sobre su construcción. El objeto de este libro se aparta en esto, como en otras muchas cuestiones, de los tra-

tados pedagógicos ordinarios. Además, cada maestro adopta el menaje según los recursos con que cuenta, según la disposición del local y según entiende el régimen de la escuela.

Tristísima impresión es la que uno recibe al visitar la mayor parte de nuestras escuelas. Ya no se trata de locales húmedos, estrechos y sombríos, sino de un mueblaje pobre, ruín, anticuado, medio fósil; un mueblaje que revela bien á las claras una enseñanza vulgar y pedestre.

Levantad más altas vuestras miras. Ved que un hombre colocado entre aquellos trastos no puede inspirar más que lástima. Ved que aquellos gastados y mezquinos bártulos constituyen un obstáculo para dar realce á vuestra obra y á vuestra persona. Ved que el mundo se paga todavía mucho de apariencias, y la vista de un local y de unos enseres semejantes, es capaz de dar al traste con todas las consideraciones que se deben al maestro.

No es esto predicar el materialismo, sino fomentar el gusto estético. ¡Ea! no descanséis hasta transformar el salón de clases, si no en morada suntuosa, en un aposento agradable en su justo decoro.

Por de contado adornad aquellas paredes con imágenes educativas. Colgad grabados, hasta láminas de periódicos ilustrados si á mano viene; pintad ó haced pintar por cualquier aficionado del pueblo el sistema planetario en el cielo raso de la habitación; dibujad en las paredes, entre algunos paisajes de la naturaleza, algunas representaciones del mundo físico, sin que falte un mapa del país de la comarca, y cuando no, máximas morales, figuras geométricas, medidas del sistema métrico, todo lo cual es menos costoso y más sencillo.

¡Qué cambio en el desnudo y pobre salón! ¡Qué cambio en los alumnos y en cuantas personas visitan la escuela!

IV

A ser posible, convendría estudiar la naturaleza en la naturaleza misma, al igual que la sociedad en presencia de todos los movimientos y en el seno de todas las instituciones. Pero esto no puede hacerlo un maestro sino en condiciones especiales, porque la escuela es la escuela y nada más.

Pero puede el maestro llevar á la escuela diversos objetos, sin necesidad de comprarlos en su mayor parte, pues el valor pedagógico de un museo, que es á lo que venimos á parar, no está en su coste, sino en su formación.

Naturalmente que disgregados aquellos objetos del todo armónico en donde se encuentran, pierden algo de su virtud; pero peor es carecer de ellos.

Semillas, hojas, frutos, insectos, plumas, fósiles, piedras, materias primeras, productos industriales, estampas, objetos de arte, dibujos de monumentos: he aquí un museo escolar capaz de dar vida á la escuela. Gastándose unas pocas pesetas, casi todo puede adquirirse sin dinero.

Es verdad que la formación de un museo no es asunto de un día, sino de muchos días. Pero se trata de un museo en miniatura que ha de ser debido á los esfuerzos, ó más bien al celo del maestro y de los alumnos. Desechad esos museos que la industria se ha encargado de ofrecer al maestro ya formados; desechadlos por caros, por entecos y harto deficientes.

Empezad el museo por todas las muestras de la industria local que puedan tener carácter educativo, y por ejemplares de los productos naturales que radiquen ó se hayan desenvuelto en el país. He aquí la base.

No importa que figuren en el museo algunos objetos de adorno. Lo bello vale tanto como lo útil y acaso más, se-

gún afirma un gran filósofo moderno. Sobre todo curiosidades: esto estimula el saber.

Ya hablaremos á su tiempo y lugar de los resultados que pueden recogerse con los museos, al tratar de la enseñanza intuitiva. (1)

V

Reconocida vuestra aptitud para enseñar, requerid un local espacioso con buena luz, con mucha agua, con un pedazo de cielo abierto, y luego material científico á propósito. Esto último es menos importante, pero no es accesorio.

Donde no hay vida no hay enseñanza posible; donde la vida es pobre, la enseñanza es anémica, como lo es la vida.

Ved las plantas: si no están sumergidas en un medio á propósito, se marchitan y mueren. Lo mismo pasa en el hombre. ¿Qué sucede con la vida, sin aire puro y sin sol en un espacio confinado? La vida decae y desfallece en el hombre, ni más ni menos como decae y desfallece en la planta.

Los niños, además, necesitan moverse, porque el movimiento es de primera necesidad para el desarrollo de todo lo que es vivo y joven. Un recinto estrecho y sombrío no sirve para escuela. Haced que todo el mundo se compenetre de este concepto.

La inquietud y malestar, lo mismo que la pereza y la indisciplina cunden donde falta el aire y falta la luz, y con malestar, inquietud, indisciplina y pereza la enseñanza es nula. Más aún: es un suplicio.

Las influencias físicas y las influencias morales se dan

(1) No haremos mención del aparato de proyecciones, ni del cinematógrafo, ni del microscopio, cuyos objetos servirían de gran provecho en las escuelas.

la mano, por la íntima relación que existió entre el espíritu y el cuerpo. Considerad un gran salón adornado con hermosos cuadros y objetos de arte, favorecido por la luz y el aire. Considerad después un desnudo y sombrío calabozo donde la vista no ve más que tinieblas ú objetos extraños.

La estancia en el salón hará sentir en el alma alegría y bienestar, mientras la vista del calabozo engendrará horror y tristeza. Aun huyendo de ambos extremos, encontraremos diferencias entre unas y otras escuelas. El cielo y el infierno, tal como los concibe el dogma cristiano, son dos polos infinitos opuestos. Coloquemos la escuela tan cerca del primero como distante del segundo, en la esfera de lo posible. Que el aire y la luz con sus influencias bienhechoras, el bienestar y la alegría circulen por todos los ámbitos de vuestra escuela.

VI

El libro puede convertirse en una verdadera calamidad para la enseñanza cuando de su empleo se viene abusando.

Apenas el niño lee de corrido, ya se le dan lecciones de memoria en libros que no comprende, haciéndole representar el papel de las esponjas, las cuales dan de sí tan sólo el agua que han chupado y aun mezclada con las impurezas que aquéllas contienen. ¡Qué gasto de *fósforo cerebral* más improductivo!

Todo ello las más veces para satisfacer la pueril vanidad de las familias, que hacen pagar á los maestros un tributo vergonzoso á la rutina.

El libro es un medio, un auxiliar en la enseñanza; pero jamás el *alter ego* con respecto al maestro. Éste es el texto vivo; aquél el texto muerto. No debéis adoptar vuestro método al libro, sino el libro á vuestro método.

Palabras, frases, definiciones, clasificaciones, conceptos oscuros ó inaccesibles, todo fútil, todo hueco, todo aparatoso; mucha palabrería á veces sin un átomo de substancia; porque la instrucción calcada en el libro, á la frase hecha, á la idea prestada, mayormente cuando no se comprende, es el colmo de la aberración y del absurdo.

Sobre el eje del fastidio giran las teorías más enrevesadas y más abstrusas, llenando aquellas cabecitas ligeras de una porción de fárrago indigesto.

¡Ah! no seáis los evangelistas de la aridez, que destruyen los tiernos brotes de las plantas, llenas de savia natural, para vestirlas después con flores de trapo pintorreadas, pero sin aroma.

Formad el propósito de barrer y limpiar la enseñanza de todas las escorias, una de tantas el abuso de los libros y de las lecciones de memoria.

No se trata de suprimir el libro, sino de evitar que se emplee mal, y á mayor abundamiento cuando el libro es peor. Los niños deben razonar el texto, supuesto que tienen una razón que habéis de desenvolver. La letra mata, el espíritu vivifica.

Para que los niños razonen el texto, es necesario que el texto se halle al alcance de su razón. Es necesario que sea claro y asimilable: sólo de esta suerte el libro puede servir de auxiliar; de otro modo es un trasto inútil y fastidioso.

VII

Niño quiere decir alma, inteligencia, salud y vida, y tiene derecho á esperar de vosotros el desarrollo de todo esto.

Educar, ni siquiera instruir al niño, nunca será emboogar en su cabeza palabra tras palabra, como tampoco

puede ser vaciar en su memoria frases hechas, sobre todo cuando para él carecen de sentido.

Ved lo que pasa en la segunda enseñanza comúnmente. Con aquellos estudios inverosímiles, con aquella balumba de textos se sacan por fin bachilleres á luz, cuyo ser moral se revela después como un árbol seco, porque se le desprenden todas aquellas flores y hojas de trapo que le hacían pasar por árbol vivo.

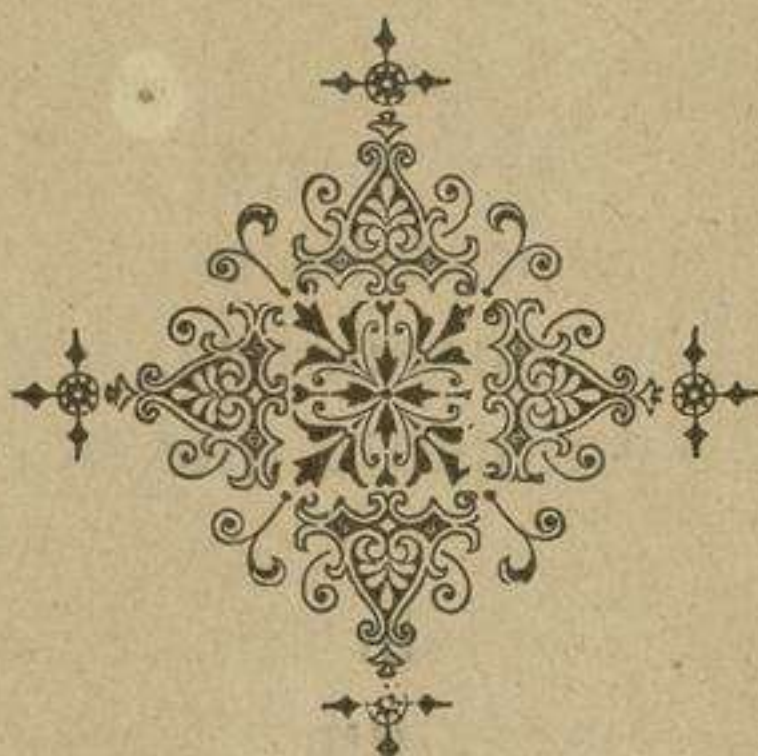
El verbo de la enseñanza es la palabra del maestro en presencia de los objetos más que de los libros; porque con la palabra se suavizan todas las asperezas y se sorteian todos los escollos. Y luego aquel gesto que cautiva, y luego aquel tono que endulza, y luego aquella mirada que bucea hasta los repliegues más recónditos de aquellas inteligencias...

Atended lo que dice Montaigne: el niño no es un *vaso vacío* que hay que llenar, sino un germen fecundo que es necesario desenvolver. Pero no hay duda que para esto se necesitan condiciones especialísimas, como son una ferviente devoción para la enseñanza, cierta *vis* pedagógica muy rara y un medio ambiente que no es por cierto el de nuestras escuelas.

De todos modos, la palabra del maestro, auxiliada de los medios intuitivos, es lo que más contribuye á despertar la mente de los niños, haciendo la enseñanza viva. Al ver á un maestro con un libro en la mano formando á los niños las lecciones de memoria *ad pedem litteræ*, nos parece ver parodiada la escena mitológica del tonel de las Danaides. Verdaderamente es aquello una tragi-comedia ó más bien *via-crucis* para el niño, en que el maestro se despoja de aquel carácter que reviste en el pleno de su misión.

Al tratar del menaje de las escuelas he tenido que tratar de los libros, y el tratar de los libros me ha conducido á hablaros de enseñanza. Heme excedido algo de la pauta que me había trazado; pero no importe. Yo quisiera que cada pensamiento mío, tan pobre como sea, se convirtiese en ba-

dajo de campana para despertar vuestra fe, vuestro entusiasmo juvenil, vuestras saludables energías, á fin de que os entreguéis con toda la efusión del alma á la obra augusta de la regeneración de la escuela,





CAPÍTULO II.

Necesidad de la organización escolar.—Bases de una buena organización.—Pocas secciones y menos monitores.—Engranaje armónico de las secciones.—Los maestros auxiliares.—Distribución del tiempo y del trabajo.—Marcha de una escuela dividida en tres grandes grupos.—Caso particular: el gobierno de mi escuela.—Detalles.

I

Para dar cima á cualquier empresa, es necesario un plan al que obedezcan todas las fuerzas congregadas. Abandonarse al azar, ó dejarse conducir por una especie de fatalismo musulmán, es el mayor de los absurdos.

Después de haber puesto á prueba vuestra vocación y de sentirnos con los alientos necesarios para ejercer con entusiasmo vuestra carrera; después de haber triunfado de todos los obstáculos, os encontraréis, por fin, al frente de una escuela.

De la buena dirección del piloto y de las acertadas maniobras de los marineros, depende la buena derrota de una nave, aun á despecho de contrarios vientos. Nave es vuestra escuela y el piloto sois vos, y puede que también el único encargado de las maniobras.

Debéis proceder inmediatamente á la organización de vuestra escuela. De una buena organización depende el

aprovechamiento de vuestros discípulos y el peso de vuestra carga, porque las tareas del maestro en una escuela mal organizada, son abrumadoras.

Aquí del ingenio más que del saber. Vale la pena ocuparse día tras día en los trabajos de organización, haciendo de este punto cuestión de vida ó muerte para vosotros.

Al principio tendréis en vuestras manos la tela de Penélope: mucho de tejer y destejer. Invocaréis los principios y las reglas...

Desengañaos: aquí, como en otras muchas cosas, lo que obra es la inspiración, es el numen; porque también hay numen pedagógico.

Sucede en materia de organización escolar lo mismo que sucede en cuestiones de terapéutica. El alumno de medicina estudia sobre los principios generales de las enfermedades, y luego en el ejercicio de su profesión se encuentra con una porción de casos particulares que le desesperan.

Así los aspirantes al magisterio de primera enseñanza estudian en los tratados de Pedagogía lo que se puede decir tocante á organización de las escuelas, y luego en la práctica se encuentran con una serie de dificultades que sólo el ingenio, la inspiración ó la experiencia pueden salvar.

Sin embargo, vamos á intentar algunas medidas, sin pretender destruir la iniciativa personal.

II

Ahí están: sesenta, ochenta, cien niños á quienes habéis de educar é instruir, avivando á los unos, conteniendo á los otros, estimulando á todos, estableciendo una autoridad que no sea demasiado expansiva. Se trata de niños, aguas bullidoras, arena movediza, en fin, cabecitas ligeras.

¿Quién realiza el milagro? ¡Quién ha de ser! El maestro. ¿Pero es el maestro un mago que fascina aquella multitud, no por un momento dado, sino mañana y tarde, seis horas cada día? ¿Puede el maestro emplear impunemente la sugestión hipnótica para contener todas las demasías y dominar á su antojo en todas las voluntades?

Podrá ser cierto, como afirman algunos filósofos contemporáneos, que la idea es una fuerza que lleva en sí un principio de acción y cuya fuerza varía según el elemento afectivo al cual está unida. Pero aquí no hay tal idea: habrá algo de numen; todo lo demás es arte. Primera y única base sobre que descansa la buena organización de una escuela: el arte del maestro.

De ese arte hacéis desprender desde luego las distintas agrupaciones que se hacen con los niños, atendiendo á los grados de su inteligencia. Unos maestros dividen mucho, demasiado, mientras otros se contentan con tres grandes grupos ó secciones. Estos últimos lo entienden mejor, porque cuanto más divisiones, menos *cantidad* de maestro tendrá cada una.

Decimos que la escuela marcha cuando todos los niños trabajan á la vez. Esta circunstancia entra por mucho en una buena organización, la circunstancia de estar *todos* los niños ocupados sucesivamente en *todas* las materias de enseñanza.

Para ello es indispensable que el maestro sepa distribuir el tiempo y el trabajo; el primero en pequeños lapsos, el segundo en aspectos varios. Lo que es largo cansa y lo que es uniforme fastidia.

Entiéndase bien: las clases deben ser cortas y las materias de enseñanza deben alternar unas con otras, pero de manera que no sean similares en la forma ó no exijan el ejercicio de unos mismos órganos. Sea, por ejemplo, la escritura y el dibujo, cuyos ejercicios no deben enlazarse.

Por último, vienen á formar parte de la organización escolar el sistema y los programas. Con estos preliminares

entra el maestro en combate. ¡Qué satisfacción la suya al ver como la escuela funciona con provecho!

III

Ciertamente que el gran *desiderátum* de la enseñanza fuera dividir la escuela en varios grados y disponer de un maestro para cada uno de ellos, en locales distintos, con un número de veinticinco alumnos aproximadamente en cada escuela.

Pero por su malaventura y triste hado, está condenado el maestro á tener que luchar á brazo partido con toda suerte de obstáculos y dificultades, sobre todo aquí en España, donde la primera enseñanza ha desempeñado hasta hoy día el papel del último mono.

No importa: ¡ánimo, joven! y á ver cómo os salís del paso. Se trata de un solo local y de la *barbaridad* de ochenta niños bajo el gobierno de un solo maestro.

Fácilmente se comprende que si se aumenta el número de secciones, disminuye la influencia directa del profesor; y si por una parte se equilibran las fuerzas intelectuales de los alumnos, por otra se complica la marcha de la escuela. Reíos del llamado sistema mutuo y tratad de limitar el número de secciones, prescindiendo en lo posible de monitores. Creedme: el sistema mutuo no hace viable la enseñanza.

Los niños concurren á la escuela para aprender, no para enseñar. Si se requiere sumo tacto y habilidad para desempeñar el arte del maestro, ¿cómo queréis que un niño lo desempeñe? Si á cada paso os habéis de poner en guardia para evitar inconvenientes de la enseñanza, ¿cómo queréis que un niño los evite?

Además, ¿qué ascendente moral puede conseguir un niño sobre sus compañeros? La autoridad que vosotros le

transmitís es una autoridad prestada de la que abusan casi siempre. Además, todavía; las familias no pueden consentir que los niños que os confían pasen á manos de un muchacho que los trate á su antojo, por falta de sentido moral.

¿Suprimiremos en absoluto los monitores? Ni tanto ni tan poco. Entre muchos alumnos habrá algunos que serán más ó menos aptos, y como el maestro no puede pasarse en absoluto sin ellos, de aquí que vengan á constituir para la enseñanza un mal necesario. En la práctica nos veremos.

V

Con clases cortas y variedad de materias, las horas se pasan sin sentir y el ánimo del niño no se entrega al aburrimiento. La disciplina en esta parte también resulta muy favorecida. Ya hablaremos de esta variedad de materias.

Todas las secciones de una escuela deben estar de tal suerte engranadas entre sí, que, el paso de una á otra no se manifieste por una transición. No; han de formar eslabones convenientemente trabados; la continuidad bajo un orden progresivo.

Esto es decir que se debe huir de los resabios de la vieja escuela en que los niños, al pasar de una á otra sección, se encontraban con una enseñanza nueva que no habían saludado jamás en su vida escolar.

Todos los niños de una escuela deben estar comprendidos en todas las clases generales de enseñanza, y así como una y otra sección se dan la mano, así es como la masa de conocimientos se agranda y fortifica. Esto lo veréis más claro al tratar del ciclismo.

Toda la enseñanza general de una escuela ha de llevar el mismo carácter impreso; ha de haber en ella absoluta uni-

dad de objeto, de procedimiento y sentido. El niño se va desarrollando íntegramente bajo la acción del maestro, eso sí, agrandando sucesivamente los horizontes, á medida que pasa de una á otra sección.

De esta suerte se podría operar un rico desenvolvimiento desde la escuela de párvulos hasta el término de la segunda enseñanza, desapareciendo estos grados que mejor podríamos llamar vallas que se oponen el desarrollo armónico de las facultades.

VI

Quizás alguno de vosotros esté llamado á desempeñar el cargo de maestro auxiliar, ó tal vez se halle en el caso de contar con uno de estos compañeros en su escuela.

Con el concurso de un maestro auxiliar, no se han de formar dos escuelas separadas, ni siquiera yuxtapuestas. Se trata de un solo establecimiento informado por un sólo espíritu y solidarios esfuerzos.

Aunque existan relaciones de dependencia entre el maestro y el auxiliar, deben existir relaciones de armonía, muy estrecha, muy íntima, para lo cual es necesario que el maestro sepa imponer su voluntad á su subordinado sin hacerle sentir la fuerza.

Claro está que el maestro titular ó propietario debe asumir toda la autoridad, supuesto que asume toda la responsabilidad; pero esta supremacía debe ejercerla con esquisita prudencia, porque—entendedlo bien—al deprimir á su auxiliar, el maestro conspira contra el buen régimen de la escuela.

Conceda el maestro director jurisdicción propia al maestro auxiliar, y no dé jamás el ejemplo de anular sus disposiciones de una manera que los niños entiendan el bochorno, porque todo lo que quita el maestro á su adjunto le será al mismo arrebatado por sus propios discípulos.

No tome el jefe á humillación el consultar á su subordinado sobre asuntos de la escuela, ni se engría el subordinado al ser consultado por su jefe. Cada cual debe ocupar el puesto que le corresponde; pero siempre ha de decidir el maestro.

Cuando el auxiliar es tenido en algo en la escuela, coadyuva de veras en la empresa; de lo contrario, á menos que sea una gran alma, solo tratará de salvar las apariencias.

VII

De poco valen los preceptos tratándose de aquellas medidas que sólo pueden ser fructuosas bajo la iniciativa personal. Nunca podrá el maestro ceñirse á esos cuadros que andan sueltos y tambien adicionados á varios tratados pedagógicos, sobre distribución del tiempo y del trabajo en las escuelas.

Al que dirige un establecimiento de enseñanza corresponde inspirarse, en vista de las circunstancias que le rodean, para trazar un horario, y aún así se sentirá en más de una ocasión impulsado á variarlo.

Con todo esto no estará por demás señalar algunos principios que conviene tenerse en cuenta para el buen gobierno de una escuela.

La duración de una clase no debe exceder de media hora, en la inteligencia de que tratándose de las clases infantiles este período es excesivamente largo. Más aún: cuando el maestro observe en su pequeño auditorio señales evidentes de cansancio y agitación, debe suspender los ejercicios ó variarlos.

Conviene emplear las primeras horas de la mañana en aquellas materias que exigen más esfuerzo personal por parte del maestro y más esfuerzo intelectual por parte de los niños, porque al principio todas las fuerzas son más activas.

Á mitad de las clases conviene introducir algún descanso, tanto para el maestro como para los niños, ó bien distribuir á éstos en pequeños grupos gobernados por monitores. Sólo en tal circunstancia admitimos el sistema mutuo, con tal que el maestro pueda vigilar aquellos grupos.

Cada lección debe ser dada de manera que el niño sea activo y pasivo, es decir, que escuche y hable, que reciba y entregue, como hemos de ver después al tratar del método activo.

La enseñanza debe ser variada y distribuida de manera que las lecciones que se sucedan pongan en actividad facultades y órganos diferentes, según hemos dicho.

Tampoco la naturaleza de la enseñanza ha de exceder de la capacidad intelectual de los que han de recibirla.

Ahora vosotros mismos formad el cuadro.

VIII

Ya tenemos la escuela dividida en tres grandes grupos ó secciones de niños. lo que los franceses llaman curso *elemental, medio y superior*. Vamos á ver cómo imprimiremos la marcha á esta escuela, pudiendo disponer de un sólo maestro y sin apelar apenas al sistema de los monitores.

Cuentan de Julio César que iba dictando á cuatro secretarios á la vez disposiciones diversas; pero ya se sabe que César no quiso ser el segundo ni en Roma. No faltaba más sinó que dijéramos á un maestro de aldea: tú eres un César.

Sin embargo, gobernar y dirigir tres grandes agrupaciones de niños con trabajos diversos, nos parece tan difícil como la tarea del dictador romano.

Porque hay que tener en cuenta que si una sección de las tres no trabaja, entonces es peor, porque dificulta el trabajo de las demás. La inacción da origen al desorden y el desorden á la indisciplina, y con la indisciplina y el desorden la máquina de la escuela no funciona.

La cuestión, de la manera como la hemos planteado, es difícil; pero veamos de salir del paso.

Tienen carta de naturaleza en la escuela una porción de ejercicios que calificaremos aquí con el nombre de *libres*. Tales son: el repaso de las lecciones, la resolución de problemas, los ejercicios de composición, el trazado de figuras geométricas en la pizarra, el dibujo y hasta la escritura. No hablaremos aquí del trabajo manual, aunque éste fuera el recurso supremo.

Item más: tenemos la enseñanza en común sobre la urbanidad en acción, la geografía en los mapas, las lecciones sobre objetos, las anécdotas morales y, si queréis, la Historia Sagrada.

Id sumando elementos que os doy para combinarlos vosotros después.

Quedan, por último, lo que podríamos llamar *viajes circulares*. Como en las clases de lectura y aritmética será preciso aumentar el número de secciones, el maestro emprende su viaje circular de una á otra sección, dejando á los unos para atender á los otros.

Una dificultad os saldrá al paso, y ésta la ofrecen los pequeños alumnos. A éstos no los podréis entregar á sus propias fuerzas, porque no las tienen. Sin embargo, ahí está el encerado y las pizarritas. Hacen letras, hacen números, trazan sencillas figuras geométricas y aun dibujan objetos, como casitas, barcos, etc.

Lo que debéis evitar es el ardoroso afán que suelen sentir los jóvenes, llevados por su entusiasmo de acudir á todas partes. *Qui va piano va sano*. Nada de excederos de vuestras propias fuerzas; nada de sacar el alma por la boca; calma, tranquilidad de espíritu, imperio sobre sí mismo, al enseñar, al reprender, al castigar, porque al fin y al cabo la escuela es una colmena donde se oye siempre el continuo zumbido de las abejas.

IX

Me hallo al frente de una escuela compuesta de ochenta niños; asistencia ordinaria setenta, poco más ó menos.

En los momentos históricos de escribir estas líneas, me encuentro sin auxiliar: tan sólo un individuo de mi familia tiene á su cargo la lectura de los pequeños.

Porque yo tengo dividida la escuela en cuatro secciones, comprendiendo la primera los niños más adelantados, y la cuarta los de más tierna inteligencia.

Desde las ocho y media á las nueve se verifica la entrada á la clase de la mañana, y á las nueve en punto doy principio á los ejercicios, formando todos los niños dos grandes divisiones: 1.^a y 2.^a sección; 3.^a y 4.^a sección. Vamos á ver si hay concordancia entre el sermón y los gustos del predicador.

Junto á un gran encerado, que es para mi casi lo que es el altar para el sacerdote, *celebro* la clase de Gramática que convierto en ejercicios de lenguaje. Esta clase, como todas las demás, dura media hora, que dedico casi por completo á las dos primeras secciones unidas, mientras las dos restantes, unidas también, se mantienen á distancia, ó más bien, en otro local, dedicada la 3.^a sección á copias y ejercicios de inventiva y la 4.^a á copias solamente.

De vez en cuando ingiero en esta hora ejercicios de Geometría.

A las nueve y media me separo de la primera agrupación para entregarme á la segunda (3.^a y 4.^a sección), la cual trabaja conmigo 15 minutos en lectura explicada y los otros 15 en escritura al dictado ó lecciones de cosas. Claro está que la 4.^a sección entra de lleno sólo en este último ejercicio y también en el primero.

¿Qué hacen entretanto los alumnos de las secciones superiores en las mesas? Ya se dedican á la escritura al dic-

tado, ya á ejercicios de composición, unas veces á la construcción de figuras geométricas, etc.

Llega la media hora del descanso para mi y de expansión para los niños. Entonces se desparraman en varios grupos por el patio á cargo de instructores, pero no juegan. Unos se ejercitan en la conjugación de verbos, otros en ejercicios de traducción (porque aquí no se habla castellano) y los de más allá en la tabla de multiplicar, etc. Yo me paseo, fumo, acaricio, reprendo, castigo: *voilà tout*.

Á las diez y media se toca la campana, y los niños se reúnen en el salón de clases para ejercitarse conmigo la 1.^a y 2.^a sección en la lectura razonada de la historia de España, con el libro que para el efecto tengo publicado. Entretanto la 3.^a sección repasa sus lecciones y la 4.^a se ocupa en la lectura con un individuo de mi familia.

Al dar el reloj las once, se reúnen todos los niños y entonces doy una clase en común que llamo de *conocimientos generales*, en la que entra por mucho la Geografía, hasta las once y media en que se efectúa la salida.

Veamos lo que pasa por la tarde. Ya habéis visto cuán fácil y sencillo es el gobierno de mi escuela por la mañana y cuán sin fatiga ni aburrimiento se puede trabajar por medio de ejercicios cortos y variados.

Habéis visto cómo en los ejercicios de la mañana entran la enseñanza del lenguaje con sus anejas, la escritura al dictado, la composición, la traducción, la conjugación y las lecciones de cosas.

Habéis visto la lectura explicada, fuente de donde pueden emanar todos los conocimientos; la historia de España, la geometría, la geografía y otros conocimientos útiles.

¿Qué nos falta ahora? Mucha lectura, mucha escritura, ejercicios de cálculo, educación moral é instrucción religiosa. Todo esto es objeto de las lecciones de la tarde.

Principiamos por la clase general de escritura durante media hora, y al mismo tiempo leen poesías los niños de la 1.^a sección, porque me han de servir de monitores en la

clase de lectura. Ya veis que apenas hago uso de monitores.

La clase de lectura es objeto de mayor número de secciones que yo recorro y vigilo, de manera que puedo asegurar que todos los niños que han entrado en la lectura corriente leen conmigo.

En la clase de aritmética se ejercitan los niños en los encerados, en los cuadernos y en el libro.

Llega la última hora y esta la aprovecho para la clase de religión y moral, precisamente para que los niños al salir de la escuela salgan con la impresión de lo que han aprendido. Dan su lección diaria con el texto señalado por el diocesano, y, por lo demás, explico anécdotas ó procuro por otros medios abrir el corazón de los niños á las más nobles aspiraciones. Ya trataremos de esta enseñanza.

X

Ahí teneis cuatro secciones en dos grandes grupos, á escepción de la clase de lectura y aritmética en que el número de aquéllas es mayor. Aunque las secciones marchen unidas de dos en dos, hay entre ambas solución de continuidad.

En la clase de Gramática, por ejemplo, no exijo el mistrabajo á la primera que á la segunda, tratándose especialmente de ejercicios de composición.

La tercera sección también inventa: nombres de diferente naturaleza, adjetivos, verbos y proposiciones enteras, de manera que, al pasar á la sección inmediata, no hace más que ensanchar el círculo de sus conocimientos. La cuarta sección se dedica sólo á copiar letras y palabras.

Las lecciones de cosas y la lectura razonada me ofrecen ancho campo para los ejercicios de inteligencia; de modo que en esta parte procuro desenvolver las facultades inte-

lectuales de los niños, así como en la lección de última hora, procuro desenvolver el sentido moral.

En punto á educación física, he tenido mi gimnasio en el local de la escuela, por espacio de algunos años; pero tuve que desmontarlo por ser esta enseñanza muy difícil y estar erizada de dificultades. Prefiero salir al campo con mis alumnos formando grupos. En el campo ó en la playa, en el gran aire, allí se ejercitan.

En mi escuela la lectura y la escritura se dan la mano. Los niños jamás emplean el papel cuadriculado. Empiezan á trazar letras en la pizarra, hacen garabatos en los pizarrines y después los llevo á escribir en papel blanco sin rayar, por medio del lápiz. Poco me importa que la letra sea española ó americana.

A fin de imprimir más variedad á la clase de lectura mecánica, de suyo tan monótona, dispongo de varias colecciones de textos. De esta suerte evito que se aprendan de memoria.

No he podido introducir en mi escuela la enseñanza de las bellas artes, ó más bien la educación estética, como tampoco he podido establecer el trabajo manual. En algunas ocasiones he celebrado veladas literarias musicales, pero de manera que ningún niño quedará esceptuado del concurso. Se trataba cada vez de cuadros dramáticos infantiles escritos en forma adecuada. Eran espectáculos nuevos que excitaban el interés del público; pero todo pasa en el mundo.





CAPÍTULO III.

Carácter y límites de la primera enseñanza.—Falso concepto sobre la educación.— Utilitarismo.— Surmenage.— Conocimientos generales.— Preparad vuestras lecciones.—Programas.—El ciclismo.—Educación é instrucción.— La educación en la escuela viene ú ser un mito pedagógico.—En qué sentido puede ser la escuela educativa.

I

La primera enseñanza debe ser universal, popular, racional, integral y, en medio de todo, debe estar animada por un espíritu realmente práctico.

No hay para qué discutir sobre la eficacia de la escuela en el sentido indicado, ni sobre la influencia que podría alcanzar en la vida de los pueblos. Apuntemos tan sólo algunas ideas.

La primera enseñanza debe cundir por todas partes, como la luz invade todos los objetos, y en lo posible debe hacerse obligatoria. Y por lo mismo que ha de cundir en todas partes, en ninguna ha de verse despojada de su realidad.

Pero he aquí que por una equivocación lamentable ó torpeza indefinible, cuando esta misma enseñanza llega á las infelices aldeas ó á esos pequeños pueblos llamados de la montaña, se presenta bajo un carácter enteco, ruin y ape-

nas viable. Precisamente allí debieran ir los mejores maestros, á levantar el espíritu miserable de aquellos pueblos, porque es allí la escuela el único centro de cultura popular.

Debe colocarse la primera enseñanza al alcance de todos, y para que los pobres puedan alcanzarla debe ser gratuita. Es la única enseñanza que los desheredados de la fortuna pueden aprovechar.

Hablamos de enseñanza y debiéramos hablar de educación. Se enseña también á los monos; al niño se la educa y su educación debe ser integral, porque por entero vive y por entero se manifiesta. Esto se dice, pero no se hace.

Hay que despojar la primera enseñanza de su falso oropel, de sus flores de trapo, esto es, hay que suprimir todo lo que no hace mas que obstruir la inteligencia. Los niños deben ejercitarse en lo que tiene sentido práctico, á fin de poder penetrar después en todas las realidades de la vida.

En cuestión de límites, no hay nada fijo. Los círculos concéntricos pueden extenderse en magnífico paralelismo, lo propio que las ondulaciones sonoras en el aire, con la diferencia de que éstas al fin se pierden y la educación debe prolongarse hasta lo infinito.

II

Justo será que os llame la atención sobre el concepto erróneo que la mayor parte de las gentes alimenta en materia de educación, y que da origen á una multitud de extravíos. Este concepto nace en la escuela y en la escuela se fomenta y luego se perpetúa indefinidamente en la vida.

Desde el momento en que el niño se presenta en la escuela, padres y maestros le estimulan á luchar con sus compañeros para alcanzar la primacía. No hay duda que la emulación es un excitante saludable; pero su abuso debe ser altamente reprobado.

De aquí esos indignos pugilatos que se observan en sociedad para alcanzar los altos puestos, con agotamiento de fuerzas y pérdida á veces de sentimientos. En varias de esas luchas se ven desprender largas tiras de conciencias que se rasgan.

En vez de hacer que el niño obedezca á la ley natural de su estado y fomentar su deseo de aprender, se le inspira y fomenta el deseo de adelantarse á sus compañeros para alcanzar distinciones; se fomenta su vanidad para que tenga la hinchazón por mérito. Libros, medallas, diplomas; gérmenes de ambición para lo futuro.

Y no es el esfuerzo lo que se premia generalmente, no la encantadora conducta, sinó la superioridad intelectual. La victoria es casi siempre para los alumnos inteligentes. Los que carecen de disposición intelectual suelen morder el polvo de los vencidos.

Los padres de familia se ensanchan con los triunfos de sus hijos. Sin entrar en consejo en si mismos; sin razonar siquiera, se abandonan á las complacencias del orgullo paternal satisfecho.

En vez de preguntarse: ¿cómo ha ganado mi hijo ese premio ó esa calificación? creen á pie juntillas que su hijo vale, que es de los mejores, y que por esto ha salido premiado.

¡Error funesto! Aquel niño es una víctima de la ambición, porque su afán ha de cifrarse en lo sucesivo á distinguirse de los demás, á trueque de sacrificar, sino la conciencia, muchos encantos de la vida.

III

Al decir que la enseñanza tiene que estar informada en un sentido práctico, no hemos querido significar que su objeto debe ser el utilitarismo.

Este es un mal que ha tomado colosales proporciones en el cuerpo social y que amenaza invadirlo todo. En el palenque de las letras, hoy apenas si hay quien lucha por saber, sino por pura ambición ó por codicia. Es verdad que los grandes caractéres no han desaparecido; pero vedlos rodeados de silencio y obscuridad allá en una especie de ostracismo.

La elevación del alma, la suave delectación del que se complace en saborear las bellezas del Universo; la pura y delicada expansión de los sentimientos en sus relaciones con la humanidad; la práctica del bien; todas esas manifestaciones del hombre honrado que carecen de sello en el mercado de los efectos mundanos, no abren camino, ni crédito, ni consideración social.

Así es que poco á poco todo el mundo transige y todo se lo traga el diablo. La lucha por la vida exige recursos, ó más claro, dinero; y todos los esfuerzos están saturados de un espíritu mercantil. Llenad las cabezas infantiles de cálculos y de guarismos y la mayoría de los padres bati-rán palmas.

No lo dudéis: la enseñanza más simpática es la de la Arit-mética. Todo el mundo se encamina directamente al ne-gocio. Estudiar para saber, para mejorarse, para conocer el planeta que habitamos y cultivarlo y embellecerlo, todo esto no es más que un trasnochado lirismo.

¡Negocio! ¡Si parece increíble! Pero no; cifrad vuestro ne-gocio en vivir mucho, sanos y contentos; en vivir en paz con vuestra conciencia sin perturbar las ajenas; en apete-cer los encantos de la familia y procurar su mejoramien-to; en aspirar con sana intención los puros y sencillos placeres de la Naturaleza; en buscar la dicha en el traba-jo y en la instrucción y sobre todo en hacer felices á los seres que os rodean.

Nada de esto está reñido con los recursos de subsisten-cia. Modelad vuestra escuela en este sentido y no temais la muerte. El justo espera tranquilo.

IV

Se pueden llevar á la escuela todos los conocimientos humanos más interesantes, sin hacer sufrir á los niños el llamado *surmenage*, ó exceso de trabajo intelectual, por medio del cual *la cabeza se come el cuerpo*.

Claro está que el niño debe recibir aquellos conocimientos, más que de los libros, de los objetos, de los fenómenos, de las prácticas y experimentos, porque ni el maestro puede ser tampoco una enciclopedia, ni mantener los órganos de la voz en un incesante ejercicio.

Pero en muchas escuelas todavía sucede lo contrario: el maestro se desgañita para entrar á saco los entendimientos y se esfuerza para introducir, ó más bien, para inyectar una porción de fórmulas y definiciones y reglas que, no pudiéndolo digerir la inteligencia de los niños, se quedan ahí en estado pétreo y en disposición de ocasionar trastornos en el cerebro.

Aquí tenéis el *surmenage* de que adolecen muchas escuelas, muy especialmente cuando se trata de segunda enseñanza, que es donde más predomina el intelectualismo.

Esto, como comprenderéis, no está en el número de asignaturas, sino en la manera de *administrarlas*. El afán que se siente para que el muchacho sea sabio antes de ser hombre, pero con una ciencia más aparatosa que real, hace que se llenen los cascos de una criatura de un batiburrillo científico que á ojos profanos le hace aumentar sus proporciones, á semejanza de los cadáveres de cierta historia que parecían grandes porque estaban hinchados.

Huid de ese escollo funesto que en la enseñanza se presenta. No abuséis de las lecciones ni de los libros, sobre todo de las lecciones de memoria. Podéis llevar á la escuela todos los conocimientos humanos más interesantes;

pero sin formalismo ni aridez, y sólo en amena conversación en presencia de los objetos, ó de su gráfica representación, ó cuando menos por medio de la lectura razonada.

V

No creáis ¡oh jóvenes maestros! que trate yo de introducir en la escuela enseñanzas nuevas, difíciles é impracticables. No en vano he censurado el intelectualismo, con su largo séquito de estudios ininteligibles y enojosos; pero hemos de convenir en que el programa de nuestras escuelas es enteco y deficiente en alta manera.

Para la mayor parte de los niños españoles, las leyes de la vida son letra muerta. Ni siquiera el maestro viene obligado á enseñar la constitución de nuestro cuerpo y el arte de conservar la salud; nada de nuestra morada planetaria, ni de los seres que la habitan, ni de las leyes á que están sometidos los elementos. ¿Queréis más? Los maestros españoles no tienen obligación de enseñar á sus discípulos ni la geografía del lugar ni la historia patria.

Pero que! ¿Ademas de la doctrina cristiana é historia sagrada; además de la lectura, escritura, gramática y aritmética, hemos de añadir la fisiología é higiene, la geografía, la historia natural, la física y la historia de España? ¿Quién ha de poder resistir á tan múltiples tareas?

Pues todavía podéis añadir la sociología, ó conocimiento de la sociedad, y la enseñanza estética ó del buen gusto, y no os alarméis porque no hay para tanto. Más me asusta á mí tener que enseñar las partes de la oración gramatical.

¿Sabéis por qué se encuentra difícil todo esto? En primer lugar porque todas estas enseñanzas se presentan para algunos encadenadas en el libro, con su carácter didáctico, duro, cruel, excesivamente complejo, cuando en realidad no debe haber tal cosa.

Todas estas materias que tanto asustan, pueden reducirse á simples conversaciones con los niños, de la misma manera como se practican las lecciones de cosas, esto es, despojadas de su carácter científico.

Pero es necesario para ello poseer la *difícil facilidad* de enseñar bajo aquella forma, y como esto es privativo de unos pocos, y como requiere cierta disposición de ánimo que no es dable conseguir en las escuelas tal como se hallan organizadas, de aquí que tengamos que apelar al libro de lectura.

El maestro debe enseñar sobre todo á leer con perfecto conocimiento de lo que se lee. Mediante el libro de lectura podéis enseñar gramática, geografía, historia, ciencias físico-naturales, etc., desarrollando al propio tiempo la inteligencia y el sentido moral.

Esto es fácil y accesible en todas las escuelas; nada de lecciones sistemáticas; nada de ese cúmulo de estudios que bajo la apariencia de una cultura superior produciría la atrofia intelectual en los niños; nada de extremar el cultivo de la inteligencia secando las puras fuentes del sentimiento.

Lecciones de cosas y lectura razonada: helo aquí todo. Maestros devotos y libros á propósito es lo que falta.

VI

Durante las horas de clase y aun fuera de la escuela os sentireis sugestionados por algún pensamiento ó surgirá de vuestra imaginación alguna idea bienhechora en punto á enseñanza. Aprisionadla en seguida para que no se escape, porque estas inspiraciones suelen ser preciosísimas; pero no os abandonéis á ellas sin previo examen.

Preparaos por la noche ó por la mañana: un cuarto de hora cada día de preparacion y exámen, lo que se llama

la composición de lugar en buen sentido, antes de dar principio á vuestras tareas, constituye la gran base sobre la cual aquéllas han de descansar. El proceder de *grosso modo* es la inconsecuencia, la infructuosidad, la dispersión de fuerzas á la ventura.

Quisiera estereotipar hasta la incrustación estas ideas en vuestra mente: preparad vuestras lecciones, formad el plan de batalla antes de entrar en combate, si no todos los días, á lo menos una vez cada semana.

¡Lo que os va en ello! Se trata de un ahorro de tiempo y de trabajo con grandes ventajas para los niños y gran economía de fuerzas con respecto á vosotros. Se trata de abriros una senda franca y expedita por donde podáis andar cómodamente, en vez de hacerlo por caminos extraviados, topando á cada paso con zarzales y lagunas.

La preparación de un maestro para la marcha de su escuela, día por día, es el encarrilamiento de la misma enseñanza; es la orientación de la escuela.

VII

Acabamos de estampar la palabra encarrilamiento, y esto nos conduce á hablar de programas.

¿Pueden los programas entorpecer la marha de la enseñanza y privar al maestro de su libertad de acción? ¿Se suscita con los programas el amaneramiento en las tareas educativas? ¿Ahogan los programas aquellas felices inspiraciones de momento en que el maestro y el discípulo se compenetran, y por medio de las cuales se hacen brotar ideas y sentimientos palpitantes?

Ciertamente que si los programas no son más que meros cuestionarios calcados en el libro de texto, ó preguntas escuetas y precisas que exigen dogmáticas respuestas, entonces constituyen una especie de mecanismo como otro cualquiera.

Pero si lejos de ser carne y uña del libro, son los programas un guía seguro en la enseñanza, una norma constante que permiten el desarrollo ó desenvolvimiento de la idea que despuntan, los saludaremos con alegría.

¿Cómo han de estar redactados estos programas? No por *fragmentos*, sino por enteros; por la sencilla razón de que ningún niño se desarrolla por piezas, ni siquiera por capas yuxtapuestas.

Vamos á entrar de lleno en el ciclismo.

VIII

El niño es un hombre en miniatura, y como á tal posee los mismos órganos y las mismas facultades, si bien en estado mórbido los primeros y en germen todavía las segundas.

Los impugnadores del ciclismo admiten la gimnasia material para el desarrollo armónico de los órganos, y no admiten la gimnasia intelectual para el desarrollo armónico de las facultades. Esto es decir que se niegan á si mismos.

Pero ¿qué es el ciclismo en la enseñanza, ó más claro: qué es la enseñanza cíclica?

Hace ya algunos años que *Mad. Pape-Carpentier*, inspectora general de las Salas de Asilo en París y una de las más esclarecidas lumbreras pedagógicas de nuestro siglo, publicó un curso de educación é instrucción primaria por medio de libros apropiados á todos los grados de enseñanza, sin descuidar el libro del maestro.

Desde entonces, en Francia, no hay autor que al publicar una obra de primera enseñanza no la publique por *ciclos*, ó círculos concéntricos, de menor á mayor, como son los grados ó más bien los momentos progresivos de la enseñanza. En España sucede todo lo contrario. ¿Sabéis por qué? Porque falta ambiente, y en el momento en que se escriben estas líneas todo huele á cadáver.

Consiste el carácter circular ó cíclico de los programas, en que su desarrollo se verifica por capas concéntricas de dentro á fuera; pero totales, de modo que cada uno de dicho programa desenvuelve por entero toda la asignatura, por supuesto los primeros en su más sencilla exposición, escepto en aquellas materias que, por su índole especial, requieren procedimientos especiales.

Por lo tanto, cada sección de niños debe abrazar el círculo entero de los conocimientos primarios. Así es que los niños de la sección inferior no deben estudiar, por ejemplo, una parte de la geografía, sinó toda la geografía, en sus rudimentos.

Ascendiendo aquellos niños á la sección inmediata superior, el círculo de sus conocimientos geográficos se ensancha con la ampliación de lo que ya se sabía, y como la repetición bien entendida fija y aclara los conceptos, cuando el alumno, ya en la última sección, vuelve sobre sus pasos y ve desarrollarse con más amplitud el ciclo que se le presenta, entonces entra en el dominio real de la asignatura.

Ved aquí sencillamente explicado el ciclismo, que representa en el orden científico lo que sucede en la Naturaleza con respecto á la propagación del sonido, de la luz y del calor.

IX

Ha dicho, no sé quién, que la instrucción por sí sola es como la gota de agua que, concrecionada en una concha, puede convertirse en perla; pero caída en las fauces de una víbora, se convertirá en mortal veneno.

La educación abraza el individuo por entero: órganos, facultades y sentimientos. La instrucción solo tiende á una cosa: á enseñar, á nutrir la inteligencia. á realizar el saber.

Por medio de la educación se desenvuelve el espíritu y

el cuerpo hacía la mayor suma de perfeccionamiento. Por medio de la instrucción se suministran conocimientos positivos, dotando tan sólo la facultad intelectual en el hombre, que es la que recibe dichos conocimientos.

De lo dicho se desprende que tiene mucha más importancia la educación que la instrucción y, además, que se puede educar sin instruir, como también se puede instruir sin educar.

Naturalmente que con la instrucción se desarrolla la inteligencia, pero al azar. Educar la mente es una cosa; instruir es otra. El verdadero desarrollo de la inteligencia es obra de educación.

Ahora bien; ¿por qué nuestras escuelas no se llaman de primera educación ni de primera instrucción, sinó de primera enseñanza?

En primer lugar, porque en materia de educación no hay primera ni segunda; se educa siempre, y la educación es una. En segundo lugar, porque como en nuestras escuelas no cabe la educación en absoluto ni su objeto es instruir tan sólo, se ha adoptado esa especie de término medio llamado *enseñanza*, el cual supone educación é instrucción á la vez, porque el que enseña instruye; pero también guía y dirige.

X

La educación completa nunca la recibe el niño y muy raras veces el hombre. Admiramos á cada paso las eminencias del saber, personas distinguidas en ciencias, letras y artes, ¿Pero son hombres completos?

Un gimnasta poderoso tendrá una musculatura á toda prueba. ¿Y qué? ¿Guarda proporción el desarrollo de su cuerpo con el de su inteligencia? Un gran filósofo, no tiene sus manías? Un carácter íntegro, un hombre de espíritu

elevado, es capaz de todo? ¿Habéis conocido muchos hombres de *mens sana in corpore sano*?

Bajo un mismo plano inclinado se desliza generalmente la escuela, sin que sea dable desviar su gravitación. La escuela no puede ser verdaderamente educativa. No es un medio á propósito: falta tiempo, falta mundo, falta carácter, falta que el maestro sea un semi dios y á todo esto sobran niños.

Es muy fácil escribir y disertar sobre las excelencias de la educación en las escuelas. Pues y en las clases del Instituto y en las de la Universidad, por qué no se educa?

Dígase á los catedráticos que amolden sus tareas científicas á un plan educativo; que atiendan al cultivo integral de la naturaleza de sus alumnos; que despierten en ellos todas sus energías hacia el bien obrar; que eviten siquiera la desmoralización de la tropa estudiantil.

Amontonamos palabras y más palabras ó se cantan idilios para decir que la educación es una gran cosa que se ha de difundir en las escuelas; pero apenas si se ve aparecer en ninguna parte. Es un problema que se convierte en el acertijo de la pastora. ¿Dónde está?

Hay que desengañarse: un maestro no educa á un niño con lo que le dice, sinó que el niño se educa ó se pierde con lo que su padre hace. Hechos y no palabras. ¿No véis á los niños movidos por el espíritu de imitación? ¿No les veis entregados á la familia en cuerpo y alma mucho más que al maestro? ¿Cómo queréis que el maestro, entre las cuatro paredes de la escuela, abrumado por las tareas escolares, modele un carácter que viene modelado del centro natural donde se desarrolla?

El niño vive más del hogar que de la escuela. *Oye* en la escuela lo que le dice el maestro; pero *ve* en el hogar lo que hacen sus padres, y de ahí parten casi siempre sus inspiraciones.

El maestro comprende que ha de educar, que ha de contribuir á una obra santa, santísima; pero se siente desalentado por falta de medios. Las exigencias de la instruc-

ción, el bullicio de las clases, el alejamiento de los sucesos, la falta de ambiente á propósito, todo se conjura contra su acción.

¿Renunciará, pues, el maestro á la gran obra educativa? De ninguna manera; esto sería abdicar de la nobleza de sus funciones.

XI

No les presentéis á los niños largas disertaciones de religión ó de moral, á guisa de sermones, para educarlos. No haréis más que regalarles el oído, dado que os escuchen, y esto será cuando poseáis verdaderamente el don de hablar bien.

Aprovechad cualquier incidente de la localidad, con tal que revista carácter á propósito; cualquier noticia interesante del periódico del día; cualquier acto realizado por los niños en la misma escuela, y empezando por descender de la plataforma, entablad conversación animada y discreta con vuestros discípulos.

Las interrogaciones deben hacerse de manera que los niños eviten la muletilla de *si señor* y *no señor*, con las cuales muchos maestros se dan por satisfechos. Haced razonar á los niños.

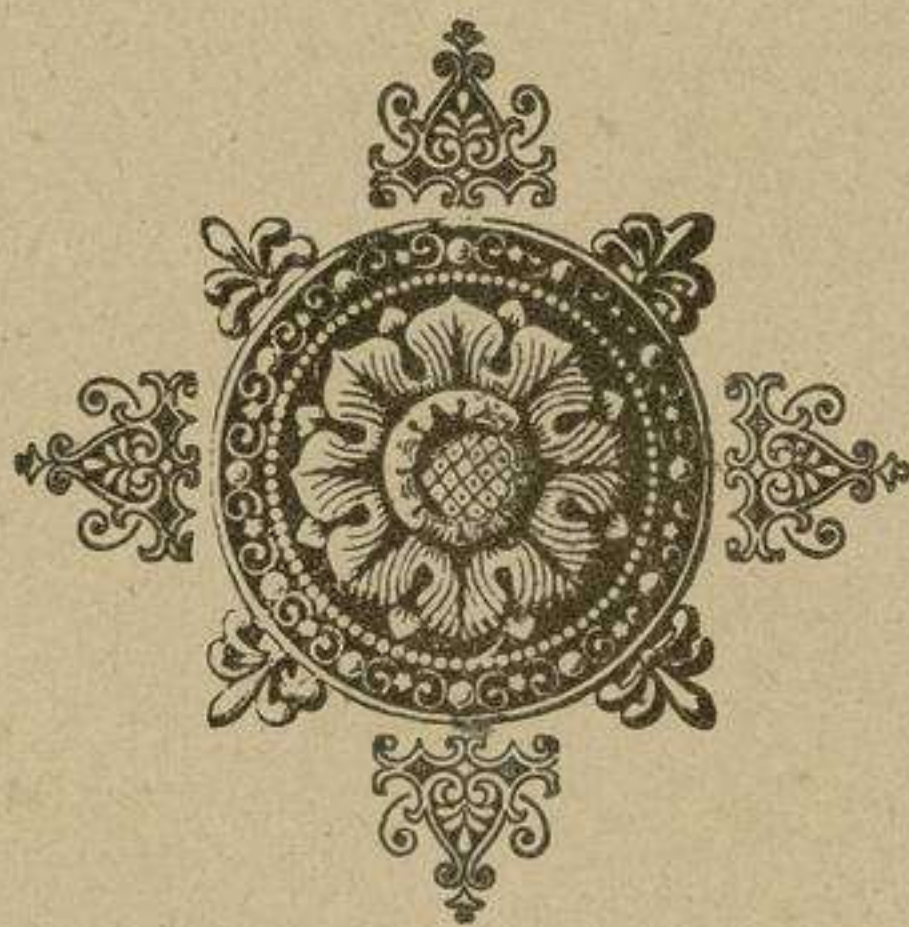
Fuera de esto, procurad que toda instrucción sea educativa; que el producto de las lecciones directas de la enseñanza promuevan la cultura intelectual y moral que el ser humano necesita.

Haced que la lectura, la escritura, el lenguaje y hasta la aritmética, jueguen un papel más importante, más racional que el papel mecánico que las más veces desempeñan; sin perjuicio de otros recursos de que podrá echar mano el profesor inteligente.

Esta es la práctica racional y posible de la educación en

nuestras escuelas, organizadas como están ahora. Mas tarde quizás, cuando por ley de buen gobierno la organización cambie, y los maestros se fabriquen y se doten de otra manera, y las clases sean menos numerosas, y el círculo de la escuela se ensanche formando con el de la familia dos circunferencias que, aunque de diferente centro, sea cada una secante de la otra, entónces tal vez sea una verdad la educación en la escuela.

Entretanto no dejéis de aprovechar las oportunidades que se presenten para elevar y ennoblecer las facultades de los tiernos seres que la sociedad y en especial la familia os ha confiado.





CAPÍTULO IV.

Ruidos y movimientos de los niños.—Sobre el buen gobierno de una escuela.—Es necesario hacerse amar, respetar y obedecer.—Las faltas de los niños.—Los castigos corporales.—Criterio que debe imperar en los castigos.—Naturaleza del premio.—Criterio para el uso de las recompensas.

I

La escuela no es un cuartel ni puede ser un convento. No depende de los niños el estarse silenciosos y quietos en la escuela, como muñecos de confitería ó figuras de pesebre.

El movimiento es natural en los niños, y no tan sólo el movimiento, si que también el bullicio y esa charla sempiterna, todo lo cual es preciso reprimir en sus justos límites, porque de lo contrario, se armaría en las escuelas un guirigay espantoso.

Pero no llegue hasta tal punto vuestro prurito de querer convertir la escuela en una mansión de silencio supulcral, porque no lo conseguiréis, á menos que hagáis cundir é imperar por todas partes el régimen de la palmeta ó establezcáis un código penitenciario terrible, lo cual está tan lejos de vuestra misión como lo estáis vosotros de cantar misa.

No pretendáis jamás imponeros por el terror, ni se os ocurra el pensar que *la letra con sangre entra*, según la máxima de otros tiempos que algunos han dado en llamar bienaventurados.

No consintáis por esto el desorden; pero ejerced gran dominio sobre vosotros mismos, á fin de no irritaros al oír ese ruido sordo y anónimo que se percibe casi siempre en las escuelas, el cual ruido haréis cesar repentinamente con una pregunta dirigida en general ó con la brusca acometida de la tabla de multiplicar que dirán todos los niños á la vez. Bastan algunos segundos para restablecer el silencio.

Esos movimientos y ruidos, tienen su origen en la necesidad muscular de los niños, cuyas fuerzas sometidas á una ley general, pueden regularizarse mediante el ejercicio, y entonces la fuerza y la salud, la simetría y la proporción, el ritmo y hasta la belleza pueden sustituir al bullicio y desorden que exasperan.

Cambien los niños con frecuencia de posición; variense las clases también con frecuencia; presentad vuestra enseñanza bajo diversos aspectos; no gritéis vosotros á cada paso; deteneos de vez en cuando en vuestros ejercicios para que el silencio se restablezca, y veréis como impera el orden en vuestra escuela.

Pero si entre vuestros alumnos divisáis alguno que nunca habla, ni ríe, ni grita, ni se mueve, no os halague aquella criatura, no la presentéis como modelo; antes bien compadecedla, porque ese niño es una flor marchita.

II

Para que una escuela marche debidamente, es necesario establecer un sistema de buen gobierno, ó sea una discreta disciplina. Cuento que no se trata aquí todavía de premios y castigos. La disciplina es algo más que esto.

Recordaréis que os he hablado de la preparación del maestro antes de empezar sus tareas: he aquí un principio disciplinario, el más importante de todos.

También la disposición del local, el buen gusto en el adorno del salón de clases, la ventilación, la luz, la temperatura y sobre todo la salud del maestro, la tranquilidad de su ánimo y más todavía la distribución del tiempo y del trabajo, todo esto influye poderosamente en la disciplina de la escuela.

Luego hay que contar con el afecto mutuo entre el maestro y sus discípulos, porque, no hay que dudarlo; salvo algunas excepciones de descastados, los niños corresponden á las buenas maneras.

El trabajo constante y variado, el deseo de que el maestro felicite á sus padres, obra también en el niño como poderoso incentivo, y no menos la felicitación propia, y tantos y tantos estímulos que un buen maestro sabe encontrar para fortalecer la disciplina.

Gran cuestión sería que una escuela funcionase bien, sin necesidad de apelar ni á los premios ni á los castigos que han de venir á ser como la *última ratio* en el orden moral para llegar á la meta de la educación.

III

Es necesario que os hagáis amar, respetar y obedecer: he aquí el secreto de vuestra profesión y el *non plus ultra* á qué el maestro puede aspirar.

Ya sabéis que al tomar posesión de una escuela, vuestro primer cuidado ha de ser organizarla, fijando las bases de una buena disciplina, porque sin esta condición no hay trabajo ni enseñanza posible.

Ya sabéis también que la disciplina no puede tener por bases la opresión ni el terror: el maestro no debe aspirar

al papel de Júpiter tonante, blandiendo el haz de rayos sobre la cabeza de los niños.

¿Sabéis cuál es el mejor medio para hacerse respetar de los niños? Empezad por respetaros á vosotros mismos, respetando también á vuestros discípulos.

El maestro que se abandona en la clase en presencia de los niños á todas las confianzas de la vida doméstica, á todas las voluptuosidades y hábitos familiares, no esperéis que los niños le respeten.

El maestro que trate á sus discípulos con despego ó harto desenfado, burlándose de sus maneras, infiriéndoles motes ó aplicándoles terminachos, tampoco conseguirá por ese camino ni amor, ni respeto, ni obediencia.

Esto no quiere decir que el maestro deje alguna que otra vez de ofrecerse campechano con los niños; pero mostrándose como un rayo de sol entre algunas nubes que lo ocultaron.

Porque si el maestro se mostrase siempre alegre y cariñoso, cuyo estado de ánimo es imposible dentro de la escuela, los niños tomarían vuestras manifestaciones á la buena de Dios; llegaríais á perder el ascendiente sobre ellos, y aun abusarían de vuestra conducta por aquello de «quien se hace de miel las moscas se lo comen.»

Ciertamente que el amor á los niños ha de ser la primera cualidad del maestro, porque eleva todas las facultades que concurren á educar y á instruir; pero ese amor debe permanecer oculto como en rescoldo, y los niños lo han de descubrir y alcanzar por derecho de conquista.

IV

¿Es culpable un niño cuando falta? Ved que se trata de una criatura cuyo sentido íntimo apenas se halla desenvuelto. Pongamos por caso el hurto. Se apropia un niño de

lo ageno. Todos nos alarmamos y á veces uno pone su grito en el cielo. ¿Qué has hecho?

Bien está; la impresión, luego el castigo, tal vez infamante, y sinó muy duro para que el niño escarmiente. Pero ¿no sería más justo y más lógico que á aquel niño se le diese á comprender la negrura del robo? Empezad por despojarle de una prenda suya, á fin de que sienta primero el pesar de la falta. Si reincide es otra cosa.

Pasemos á una esfera más común y más leve. Imponéis silencio en la clase y un niño interrumpe aquel silencio... hablando. Desde luego se le castiga, quizás con la férula; quizás con una ampliación de orejas, ó si queréis con el arresto. Pero señor; ¿no es más justo y más lógico, *hacer la vista gorda*, si aquel niño no molesta, ó lanzarle una mirada que le indique el callar, ó en último caso, suspender la lección para que se avergüence al sentirse objeto de aquel acto?

Quiero decir con esto que consideréis al niño como niño y no como hombre, y le castigáis como hombre y no como bestia.

Algunos afirmarán que á los niños se les guía por medio del temor. Es claro: si no se les acostumbra con el precepto, con el hábito y con el ejemplo. Salvo algunas excepciones, las de aquellos que son rematados por su naturaleza, los niños no son otra cosa muchas veces que lo que nosotros, los maestros y los padres, queremos que sean.

V

Hay ocasiones provocadas por niños de mala índole que le exasperan á uno y le irritan de tal modo, que le hacen perder la cabeza. Entonces damos al traste con esa decantada paciencia que tanto nos recomiendan ya desde el principio de nuestra carrera.

Aquel niño se transforma á vuestra vista en un demonio que os arrebatara. No podéis más; suena un golpe, y después otro y corre hasta la sangre. ¡Desgraciado! ¿Qué habéis hecho?

No ya la familia, sino los extraños, llevados de un sentimentalismo impremeditado, os condenan. ¡Cebarse contra un pobre niño! ¡Qué bárbaro! Eso, porque no sois su padre.

Aquí conviene que el maestro apele á todos sus recursos de entereza y á todos los resortes del convencimiento. ¡Pues qué! ¿Soy yo acaso de estuco? ¿Puedo mantener una calma estoica? ¿Es dueño un padre de contener sus ímpetus cuando su hijo le exaspera?

La ley os prohíbe ciertos castigos corporales; pero es para evitar su abuso, á fin de que el maestro no se convierta en un cabo de vara. Pero, gracias á Dios, ya no hay maestros de esta cuerda, ya no hay azotes.

El acto de golpear ó abofetear á un niño es degradante, no hay duda, y lo que es peor, embota la sensibilidad del culpable. Huid del flagelo, acostumbraos á no pegar. Con fuerza de voluntad todo se consigue. No se trata aquí de una ligera manotada ó sacudida, lo cual en ciertos casos es inevitable.

A lo menos formad todos los días este propósito: «hoy no he de pegar á ningun niño». Faltaréis alguna vez, pero no siempre.

Ya sé que es muy difícil todo esto; pero no queráis descender al terreno de los golpes; tenedlo á mengua. Lo mejor es adoptar la generosidad del león; mirar á los niños muy por encima y aglomerar ciertas faltas en el montón de las pequeñeces.

Pero ¿y el venenoso reptil? Separadlo para que no muerda; desapareced con él de la vista de los demás niños para que no os comprometa, y en todo caso, dentro de unos límites muy prudentes, hacedle sufrir en ocasiones oportunas la pena del Talión.

VI

Hay niños que bajo la influencia de una mirada severa, tiemblan como azogados. ¿Por qué habéis de pasar más allá? Otros hay, por desgracia, que para enmendarse ó corregirse necesitan serios castigos. Tened, pues, en cuenta, al castigar, la naturaleza de los niños.

Castigad con calma y con visibles muestras de disgusto. Que jamás obre en vosotros un espíritu de venganza al castigar. Sois el médico que aplica un sinapismo para que el enfermo se cure.

Sobre todo no prodiguéis los castigos. Sed avaro en esta parte; tan avaro como sea posible, porque nada gasta tanto la autoridad del maestro, nada enerva tanto la sensibilidad de los niños, como la profusión de penas y castigos. Los niños llegan á perder el sentimiento de su dignidad y el castigo pierde su eficacia, en tanto que la escuela se convierte en semillero de disgustos.

No castiguéis la incapacidad ni atribuyáis tampoco á holgazanería ó falta de obediencia en todos los casos la inacción de un niño. Reflexionad mucho sobre esto.

¿Creis que todos los niños se hallan en condiciones de comprender lo que tratáis de enseñarles? ¿Habéis descendido hasta el fondo de su inteligencia? En materia de lecciones de memoria, ¿no se os ocurre sospechar que hay trabajos superiores á las fuerzas de muchos niños?

Y aun prescindiendo de todo esto, ¿se halla vuestro ánimo dispuesto al trabajo de igual manera todos los días? ¿No existen causas complejísimas que alteran la vida psicológica del hombre? Pues las mismas causas existirán para el niño. Por Dios, no consideréis á vuestros discípulos como autómatas.

El castigo, pues, no sólo ha de ser proporcionado á la falta, si que también á los grados de sensibilidad del que

la comete y á las disposiciones de su ánimo. ¿Hay mala voluntad ó malicia? Entonces haced sentir el castigo al niño que os falte. ¿Hay tan sólo ligereza, incapacidad ó movimiento involuntario? Bastan entonces las advertencias.

No se me esconden los obstáculos que se presentan en una escuela para aplicar los castigos con sano criterio. Sorteád estos obstáculos. Mejor es perder algún tiempo que castigar en pleno desconcierto.

VII

No es menos difícil saber aplicar los premios que saber aplicar los castigos. El máximum del progreso, como dice Benot, es el mínimum de la necesidad de castigar y de recompensar; ó de otra manera, como decimos modestamente nosotros: un maestro que consiga una buena marcha en su escuela sin necesidad de apelar á premios ni á castigos, es sin disputa el mejor maestro.

Ah! si pudieseis conseguir que vuestros discípulos dejasen de obrar mal, no por temor al castigo, sino por amor al bien; y se empeñasen en obrar bien, no por la paga, sino por repugnancia hacia el mal, dichosos vuestros discípulos!

El mejor, el más alto premio en una escuela, debiera ser la satisfacción del niño en motivar la alegría de su maestro, el contentamiento de sus padres y las legítimas complacencias de su corazón.

El premio causa placer, nadie lo duda; pero este placer no debe redundar en peligro de la belleza del carácter, ni debe tampoco influir en el menosprecio, celos, rivalidades y envidias de los demás. El niño premiado suele ser objeto de privilegios que le engrien ó de concesiones que pueden enfatuarle, ó de goces que excitan el despecho de los no premiados.

La vanidad sobre todo y á veces el orgullo juegan un gran papel en las recompensas, menoscabando caracteres nobles y puros que, al sentirse aguijoneados por aquel estímulo, se hacen más egoistas y menos desinteresados.

¿Desterraremos los premios de las escuelas? De ninguna manera; ellos son como los castigos un mal necesario; pero tampoco conviene prodigarlos á granel, porque en ese caso pierden su eficacia. Use el maestro de los premios con suma discreción y parsimonia, pues hasta cierto punto constituyen un derecho del niño.

VIII

¡Un derecho del niño! Mas ved que la noción de derecho implica la noción de justicia. Dios es justo y premia el esfuerzo y el sacrificio; premia la intención recóndita y el móvil secreto; pero nosotros los hombres premiamos el éxito.

Y así en la escuela se premia generalmente las dotes naturales del niño; se premia el talento; se premia la ventaja; se premia muchas veces el artificio, y no es este el criterio que debe imperar, porque es falso y á todas luces injusto.

Entre un alumno que sin esfuerzo de ninguna clase adelanta, y otro alumno que se esfuerza lo imaginable y apenas consigue aprender algo, ese es el mas digno de recompensa; y el otro bien pudiera castigarse por no querer realizar ningun esfuerzo. Entre el talento y la aplicación, preferid esta última. Acordaos siempre de levantar el caido.

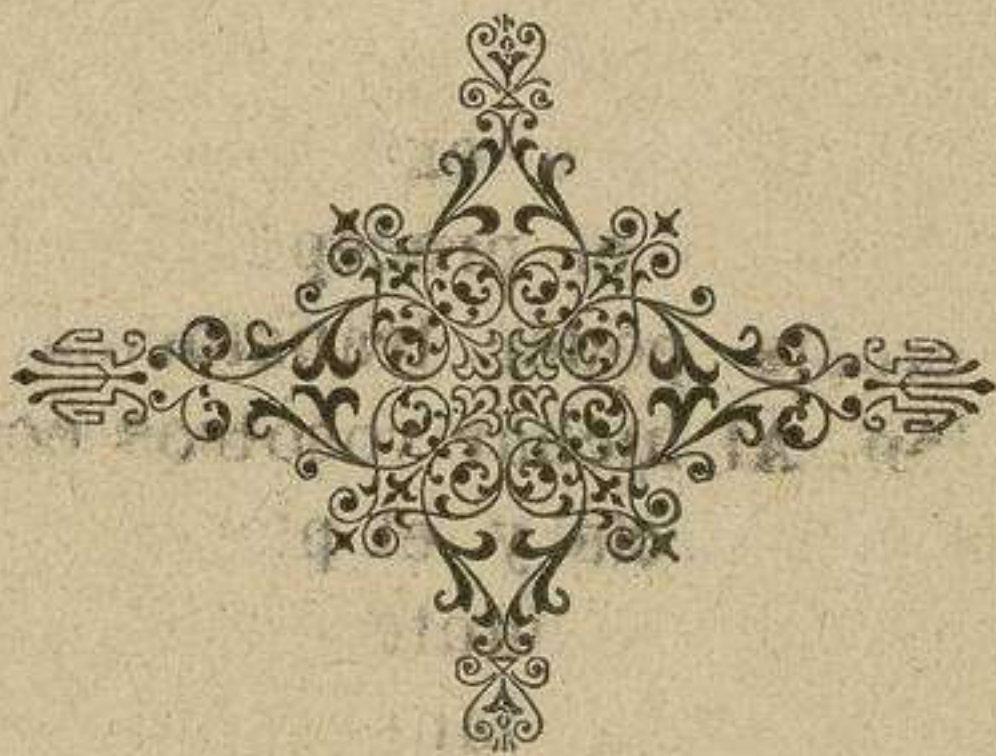
Un alumno puede ser hijo de padres pobres quienes, lejos de ayudarle en sus trabajos escolares, le ocupan en trabajos domésticos, sin dirigirle una palabra cariñosa que le anime. Otro alumno podrá disponer de todas las horas y sentirse á cada paso objeto del celo y cariño paternal,

auxiliado, estimulado, requerido. ¿Quién os ha de merecer más consideración al otorgar los premios?

Ya sé que no podemos penetrar los maestros en las secretas regiones de la mente ni en los ocultos repliegues del corazón, y apreciar con exactitud la justa cantidad de mérito que á cada acción corresponde. Pero es preciso buscar la verdad y proclamarla.

Es preciso que todos los niños, aun los de más oscura inteligencia, puedan aspirar al premio, mediante la aplicación y el esfuerzo. Si sólo premiáis á los que descuellan por sus adelantos en las diversas materias de estudio, sólo unos pocos sentirán el estímulo de la recompensa; mientras todos los demás, desesperando de conseguir el éxito, caerán en una malhadada indiferencia. Esto es obvio.

Ved aquí como el sistema de los premios, tal como se usa comunmente, es una verdadera plaga. Haced vosotros que no lo sea.





CAPÍTULO V.

El esfuerzo personal del maestro.—Acceso al espíritu del niño.—Desfallecimiento, abandono y rutina.—El maestro rutinario.—Despierta Lázaro.—Campaña nueva.—La enseñanza por el aspecto.—El gran método.

I

Ley de humanidad es el esfuerzo para todo progreso y desarrollo, y á ningun maestro se le ocurre bañarse en agua de rosas en la escuela.

Tampoco el niño se halla exento de esa ley, y aunque se ha exagerado mucho el precepto de Horacio «instruir deleitando» no creáis poder transformar jamás la enseñanza en diversión. Al luchar vosotros contra la ignorancia, violentando la inercia y el placer, iniciad á vuestros discípulos en la lucha, mediante el esfuerzo, para contraer un hábito que ha de durar tanto como su vida.

Nada conseguiréis sin el sudor de vuestra frente ó sin el esfuerzo de vuestra voluntad. Ello es cierto que esa lucha engendra algún sufrimiento; pero es un sufrimiento santo que debéis bendecir, como bendice una madre los dolores del parto al estrechar entre sus brazos el fruto de sus entrañas.

Pero cuidado que vuestros esfuerzos no se pierdan en el

vacío, y cuidado también de que el ingenio muchas veces los supla.

Porque aquí no se trata de una tensión excesiva en los nervios, ni de un ejercicio constante en los órganos de la voz, ni de un continuo barrenar de la inteligencia, pues todo eso, á la larga os inutilizaría para el trabajo asiduo de la escuela.

Además, no todos los maestros tienen el pecho levantado y la laringe á prueba y los demás órganos dispuestos á una enérgica actividad. Los hay de cuerpo flaco, de formas endebles, de constitución raquítica y sobre todo los hay ya gastados por las enfermedades ó por los años.

Es que no nos referimos á ese esfuerzo que fatiga, sinó á esa disposición de la voluntad que se encamina en busca de recursos para el servicio de la enseñanza; que no transige nunca con el abandono de la escuela; que anda siempre afanosa por suavizar todas las asperezas de la instrucción, y que trabaja sin cesar para convertir los áridos principios científicos en ideas nutritivas para la infancia.

II

Si á la mágica frase de «Sésamo, ábrete», de las *Mil y una noche*, pudiéramos nosotros abrir la inteligencia de los niños, la profesión del maestro seria un portento de ventura y bienandanza; pero es necesario apelar á más costosos resortes.

Así como hay autores y poetas oscuros en sus composiciones, así también hay maestros que no aciertan á expresar sus ideas á los niños con sencillez y claridad. Sus palabras rebotan en la inteligencia de sus tiernos oyentes, como la lluvia caida sobre una pieza de cautchouc, que no consigue penetrarla.

Insólitos vocablos, expresiones elevadas, pensamientos

abstrusos, términos indigeribles, con todo lo cual hieren el oído, pero al espíritu nada, porque el intelecto nada recibe. Los niños asisten á las lecciones sin provecho porque las explicaciones del maestro son *vox clamatis in deserto*.

En este caso, si el niño no puede interpretar el valor de las palabras ¿cómo es posible que dé muestras de aprovechamiento? Si en su inteligencia no ha penetrado ninguna idea, ¿cómo queréis exigir conocimientos?

Sed claros: colocad la luz sobre el celemín para ahuyentar las sombras del entendimiento. No pretendáis conducir la mente de los niños á las regiones elevadas de la metafísica, ni dejéis caer la simiente de vuestra enseñanza en terrenos que todavía la reja no ha surcado.

Lo mismo que decimos de las explicaciones que no se hallan al alcance de los niños, podemos decir de aquellos libros de enmarañada contextura. Rechazadlos como funesta plaga.

A la sencillez y claridad debéis unir la atracción. Estos son los únicos medios para encontrar acceso en el espíritu de los niños. Para hacer la enseñanza atractiva, es menester que el niño encuentre en ella un sabor especial que podríamos llamar de circunstancias.

Haced que los ejercicios escolares, lecciones, dictados, composiciones, problemas, etc. se hallen relacionados en lo posible con lo que los niños tocan y ven todos los días, esto es, tomad para estos mismos ejercicios como punto de partida el pueblo ó la ciudad en que vivis, y de lo conocido marchad á lo desconocido, así como del fenómeno á la ley.

III

Tal vez os corresponda regentar una escuela numerosa y no tengais bastante destreza para conducir las riendas

de tantas cabezas dislocadas y de tantos espíritus diversos: unos bulliciosos é inflamables, otros pacíficos y lentos y la mayor parte refractarios á vuestros ideales.

Tal vez os habréis figurado que os sucedería aquello de dar aguja y sacar reja, y os habéis equivocado.

La displicencia, el tedio, la esquivez repulsiva, la frialdad desdeñosa, efecto del cansancio físico y moral de los niños, quizás se revelen en más de una ocasión y os pongan en el caso de dudar de la bondad de vuestros métodos y procedimientos, desesperando del éxito de vuestra obra.

En tal situación cunde el desencanto en vuestro corazón, sintiendo el desfallecimiento en el ánimo, como si la cosa ya no tuviera remedio.

Por otra parte, las familias de vuestros discípulos y otras personas que no saben apreciar los trabajos que venis realizando, se os manifiestan en són de queja, por lo que respecta á los adelantos de los niños, metiendo á barato aquellos esfuerzos para el desarrollo de la inteligencia y del sentido moral, y atendiendo tan sólo á lo de leer, escribir y contar, conforme era el objeto de la antigua escuela.

Un día os determináis á hacer abdicación de todos vuestros principios y seguir otros derroteros más fáciles y más acomodados al gusto de las gentes y... ¡viva la rutina!

IV

Mucho de lectura mecánica, escritura caligráfica, lecciones de memoria con incrustación de reglas y definiciones; gramática por el evangelio de la Académia; aberraciones de la aritmética, todo por el método *inyecto-cerebral* de que nos habla el célebre Galdós en su *Doctor Centeno*, y cádate ahí á un profesor de primera enseñanza convertido en un pobre diablo.

Estáis de enhorabuena; sóis un maestro rutinario; pero qué importa? Muchas personas que antes se manifestaban contrarias, hoy se muestran casi predisuestas al elogio; los padres, al ver aquél montón de libracos y aquellos cartapacios con aquellas letras dotadas de más cola que un pavo real, no pueden menos de quedar satisfechos y orondos, y el mismo párroco, según y como fuera, os felicita por haber dado al traste con aquellas ideas educativas, aunque sean las de Fenelon y Dupanloup, y por haberos ceñido estrictamente á que los niños den de memoria el catecismo, sin meteros en aquellas honduras de querer cultivar el sentimiento religioso.

Así desempeñáis fielmente el papel de maestro de escuela, empleo no menos brillante que el de maestra sala, aquel criado principal de las antiguas casas de prosapia que tenía á su cargo la distribución de la comida, quitando previamente la de su amo, como para asegurarle de que no contenía veneno. Habéis optado por un empleo así, aunque con menos pitanza.

Ya no sabéis sentir ni vivir en la escuela sinó con esa vida monótona, seca, mecánica, que nada dice al alma, porque estáis en pleno materialismo, por más que hagáis tragar á los niños sendas páginas de la doctrina cristiana.

Si, del materialismo de la enseñanza en que habéis caído lastimosamente.

V

Dispensad la vulgaridad de la frase: pero es lo cierto que para este viaje no necesitábamos alforjas. Ninguna falta os hacian los estudios pedagógicos para descender á los cuartos bajos de la escuela primaria, ni menos el título que el gobierno os ha conferido, que no sea para pescar la plaza.

Pero ¿es posible que hayáis descendido hasta los suelos? ¿Es posible que os hayáis abandonado á una vergonzosa rutina, renunciando aquellos entusiasmos, aquella devoción, aquel culto ferviente por la enseñanza racional y educativa?

¿Creéis en Dios? ¿Tenéis fé en la otra vida? ¿Sois cristiano? Siendo así, no renunciéis á la ambición de realizar el bien, aun con el sacrificio del yo personal, porque ésta es precisamente el alma de vuestras creencias.

¡Arriba! El hombre, que es la imagen de Dios, debe ser activo como su modelo, y mediante esa actividad entra la criatura á participar del trabajo divino.

Noble y santa figura se cierne por encima de vuestra cabeza; es el deber que os llama á redimir á esos niños de la servidumbre de las pasiones, á iluminar su razón y á fortalecer su alma. ¿Y desvirtuaréis todavía vuestra misión?

No esperabais estas dificultades; pero ¿qué obra magna en el mundo no las tiene? Seguid luchando; buscad de buena fé, ingeniaos; pero nunca desconfiéis. Todos los obstáculos han de contribuir á vuestra elevación, porque os obligarán á poner en actividad todas las fuerzas para vencerlos. ¡Arriba!

VI

En una tarde de primavera ó hermosa mañana de invierno, conducid vuestros niños al campo y llegad al pie de la montaña, á la pradera ó á la playa. Una vez en lugar apacible y seguro, los dejais en plena libertad para organizar sus juegos; dejad que retocen como los pájaros.

Ahora, sin que abandonéis la vigilancia sobre aquellos rapaces, vamos á cuentas.

¿No se os ha ocurrido alguna vez abrir clase bajo la techumbre de los cielos? Allí, vos de pié, y sentados los ni-

ños sobre *el mullido cespèd*, les dais á conocer una porción de cosas que tenéis á la vista. Nada de poesia por ahora.

Los niños no conocen las diversas especies de minerales que podéis encontrar; no conocen las virtudes de la tierra en combinación con el agua y el calor para la germinación y vida de las plantas; no conocen la extensión del reino vegetal y la naturaleza y anatomía de los seres que lo constituyen.

Ignoran los niños la analogía y dualismo entre los animales y las plantas y el carácter distintivo de la vida animal. Veis multitud de insectos que se ofrecen á magníficas lecciones; el espectáculo que ofrecen las hormigas en verano, acarreando granitos de trigo ó pedacitos de paja á su vivienda.

Abarcáis en toda la extensión la bóveda de los cielos; tal vez una zona del mar con algun buque que lo cruza, y sino la multitud de accidentes que forma la tierra, todo se presta con encanto indefinible para abrir aquellas inteligencias á variedad de conocimientos tan útiles como pueden ser los de la gramática y la aritmética; pero mucho más fáciles y agradables.

Pues bien; si con estos conocimientos podéis enriquecer la inteligencia, y si en la forma con que los enseñáis podéis también desarrollar las facultades, ¿por qué negaros á una enseñanza tan bella?

Objetareis sin duda que el centro de vuestras operaciones es la escuela y que allí debéis enseñar sobre todo á leer y á escribir. Corriente: volvamos á la escuela.

VII

Verdaderamente que de ninguna manera podemos conocer mejor un objeto que observándolo el objeto mismo, como de igual modo conoceremos la Naturaleza asistiendo á todos sus espectáculos y fenómenos.

La presencia de los objetos originales, permite examinarlos bajo todos sus aspectos: en su color, en su forma, en su peso; en sus dimensiones, en su dureza, y en su temperatura, lo mismo que tratándose de otras propiedades tales como porosidad, ductibilidad, estructura, composición, etc.

Pero ¿cuál es el campo de la observación en nuestras escuelas, me diréis, si por do quiera extiende uno su vista, no acierta á descubrir sino los mismos objetos cuyas imágenes se hallan ya como estereotipadas en la facultad cognoscitiva de los niños?

Hemos hablado de museos, y aunque todas los días y á todas horas se podrian introducir en la escuela objetos diversos, el arte nos puede proporcionar tambien imitaciones entre las cuales figuren en primer término los objetos plásticos. (1)

Los productos de la estatuaria y de la cerámica, podrán utilizarse para el caso; pero á mas de ser demasiado caros para poderse introducir en las escuelas, no conseguiréis con ellos reemplazar los objetos naturales, porque no impresionan como estos últimos; les falta la nota más característica, el modo de ser.

Más numerosos, más propios y de menos coste son los objetos gráficos. Desde los modestos grabados que muchos libros contienen, hasta las colecciones de láminas pedagógicas, por desgracia muy raras, se pueden observar, perfectamente imitadas, muchísimas cosas.

De aquí la enseñanza por el aspecto. Las imágenes de los objetos penetran por la vista y se graban en la inteligencia. He aquí la mejor enseñanza, no lo dudéis; en ella caben todas las materias, á escepción de los ejercicios de cálculo.

(1) Séanos permitido mencionar el aparato de nuestra invención denominado DIDASCOSMOS cuya reseña hacemos fuera de esta obra, en las últimas páginas.

VIII

Para conocer los objetos, sólo en último término debéis buscar la descripción. Porque, ¿cómo enseñaréis á los niños lo que es un río, si jamás han podido observarlo ni siquiera pintado? ¿Cómo comprenderán siquiera lo qué es un cubo, si de antemano no tienen la idea de un dado?

Desengañaos; para interesar á los niños es necesario hacer las lecciones más vivas y más prácticas. Es necesario conmover los sentidos.

Para esta enseñanza sólo hay un método, y éste es el método natural, el método por excelencia, el método único, porque todos los demás se pueden considerar como procedimientos más ó menos artificiosos.

Todas las invenciones que se apartan del método natural, pecan siempre de deficientes y oscuras. Todos los procedimientos que no están calcados sobre la naturaleza de las cosas, caen por falta de base que los sustenta. ¡La Naturaleza! ¡Si es la norma de nuestros actos! ¡Si es el único tipo que nos ofrece el Creador para todas las obras de la criatura!

Ved los grandes pedagogos, Pestalozzi, Froebel, el P. Girard y algún otro; ved como enseñan. Ved lo que hace instintivamente la madre para enseñar á sus hijos.

No lo dudéis: el método natural es el más fecundo de todos, el más fácil de practicar, el que se adapta á la naturaleza del niño, el que hace la enseñanza sólida y amena y el que proporciona, por último, la alegría de la escuela.

Si, si; conmoved los sentidos de los niños, ejercitadlos, porque ellos son las aberturas por donde las nociones del mundo visible penetran en los tiernos cerebros, y de allí

el espíritu recoge las impresiones que son la substancia de las ideas.

Ya tenemos *las lecciones de cosas*, áncora de salvación para la escuela. Bajo esta forma amable y familiar, de que trataremos en otra parte, podéis educar intelectual, moral y religiosamente. Ella es la forma Aquiles de la enseñanza.



LIBRO III



El Niño





CAPÍTULO I.

Lo que debemos hacer del niño.—La primera educación corresponde á los padres.—La educación hace el hombre.—Los primeros pasos.—Principio activo del niño.—El exceso de cariño es un obstáculo.—El verdadero amor abre las puertas de la educación.

I

Generalmente el niño se educa en el hogar y se instruye en la escuela, y por esto lo que vamos á escribir sobre la educación del niño, incumbe más al padre y á la madre que al maestro; pero como quiera que el maestro está llamado también á educar al niño, he aquí porque nos proponemos introducir en LA ALEGRÍA DE LA ESCUELA un plan educativo.

¿Qué es el niño? Un ser débil con tendencias á todo; pero en estado inconsciente todavía. ¿Qué debemos hacer de él? Un hombre completo. Debemos enseñarle á vivir; pero á vivir bien, para consigo mismo, para con sus semejantes y para con Dios.

Nace con organismo completo; pero desprovisto de fuerzas, y debemos empezar por fomentarlas y favorecerlas. Nace con todas sus facultades, pero como dormidas, y debemos continuar por despertarlas, esclarecerlas y dirigirlas. Se halla expuesto á todos los azares y vicisitudes de la vida

y debemos hacer que obre con arreglo á las leyes de previsión y de prudencia.

En la sociedad en que vivimos podemos observar á cada paso seres endebles y raquíticos por imprevisión, por herencia ó por sus vicios. Podemos observar también á otros seres que se han envilecido adrede por vanidad ó por codicia, ó bien dejándose arrastrar por desatentadas ambiciones.

Misérias arriba y miserias abajo, mucha explotación todavía del hombre por el hombre; mucha perfidia y mucho ceno; y hay que preservar al niño de todo esto.

El niño debe aprender á vivir como criatura racional en armonía con la Naturaleza, invocando en todos los actos de su vida al Creador de todas las cosas, para vivir en íntima unión con Él, soportando todos los males y todas las contrariedades de la suerte, con viril energía.

Es verdad que el niño no razona, puesto que la razón es la facultad que con más lentitud se desenvuelve; pero ya que no es posible hacer del niño un hombre por la razón, al menos gobernad sus instintos.

II

Se objetará que los padres, por punto general, carecen de conocimientos y disposiciones para educar á sus hijos; pero nuestro plan educativo es tan sencillo que cualquiera podrá adoptarlo, con tal que no le ciegue el cariño.

Aquí no se trata de enseñar ciencias, para lo cual se necesitan condiciones especiales y previos conocimientos. Se trata de enseñar á vivir, para lo cual basta ser hombre.

El padre dice: yo mantengo á mis hijos, me sobran trabajos ó atenciones para pensar en su educación. Por esto los envío á la escuela ó al colegio y delego al maestro toda mi autoridad.

Error, error. Ya sabemos que en la escuela el niño se instruye; pero no se puede educar allí de una manera completa. La instrucción en común es una gran cosa; pero la educación tiene que ser individual. Así el médico debiera estudiar más los enfermos que las enfermedades, y tal vez no habría tanta mortandad sobre la tierra.

Cuando un padre mantiene á sus hijos, no hace más que cumplir con la ley de su instinto; pero no cumple las leyes sociales ni la ley divina. Debe á la sociedad hombres racionales y á Dios hombres virtuosos.

Quien dice del padre dice de la madre, porque á los dos atañe la obra. Si la abandonan dejan de ser padres; pero no hay que extrañar que cuando una mujer se niega á criar á su hijo, el hombre se niegue á educarlo.

Mejor puede educar á sus hijos un padre juicioso, aunque de cortos alcances, que el maestro más hábil; y ello es tan cierto que no admite duda.

¿Por qué no educan los padres á sus hijos? Os dirán en último lugar que por falta de tiempo. ¡Brava disculpa! Para todo habrá tiempo de sobra, menos para ser padres.

Pero si aquí no hay tiempo que valga. La educación es salud, es vida, es trabajo, es voluntad, es lucha y buenos hábitos sobre todo. Si creéis que esto se enseña mediante una hora de lección diaria, os equivocáis. Esto es puramente ocasional.

III

Los hombres podrán nacer buenos ó malos naturalmente, con propensiones ó instintos bondadosos ó perversos, con temperamentos de diversa índole; pero de todos modos suele ser casi siempre el hombre conforme se le hace. En la humanidad de todos tiempos se ha operado siempre una evolución progresiva: somos hoy mejores que ayer; ni el temperamento ni la herencia tienen fuerza incontrastable.

Si lleváis á la Patagonia un niño español, recién nacido y lo abandonáis entre aquellas gentes, al cabo de algún tiempo resultará moralmente un patagón. Si un recién nacido en aquellas apartadas regiones lo trasladáis á España y crece y se educa en nuestro suelo, lo tendréis hecho después un español. Un niño criado entre bandidos será bandido, así como otro educado en un seminario, á la larga será cura. En ciertos casos podrá suceder lo contrario; pero aquí no se trata de excepciones.

Muchos hombres han sufrido terribles desengaños en materia de educación, al considerar defraudados sus esfuerzos. Será un padre que se habrá desvelado para inclinar á su hijo desde niño hacia el bien obrar, y no lo habrá conseguido. ¿Qué prueba esto?

Podríamos incluir estos casos en la ley de excepciones; pero no necesitamos apelar á este recurso. Aquel padre se ha equivocado; ha desconocido completamente la naturaleza de su hijo; no ha favorecido los actos espontáneos; ha considerado la obediencia pasiva como oro de buena ley y ha tomado la cáscara por el fruto.

Es mucho más preferible abandonar la educación de un niño que enseñarle á mentir. Vale más una naturaleza inculta que una naturaleza hipócrita. La primera puede hacerse amar y aun admirar, de la manera como se aman y admiran las agrestes y pródidas montañas, por lo mismo que en ellas todo es natural y espontáneo; mientras que las segundas inspiran aversión, porque se las puede comparar á los sepulcros blanqueados del Evangelio.

IV

Toda la educación de un niño se hace consistir casi siempre en algunas advertencias morales, algunas nociones de urbanidad y varias prácticas de devoción. Esta es

la educación al uso, la cual dista mucho de penetrar en la verdadera entraña.

No le déis al niño en sus primeros años lecciones verbales, porque no las comprenderá; hacedle distinguir lo bueno de lo malo, precaviéndole de vicios y errores. He aquí la moral de la primera infancia.

Pero ante todo es necesario conocer la índole de la criatura y ¿quién mejor que un padre y, sobre todo una madre, la conoce? Cada índole tiene su forma y manifestación peculiar, según la cual debe ser gobernada.

El gobierno de un niño es sumamente fácil desde el momento en que no se le irrita.

¿Por qué se irrita un niño? Ved lo que pasa en vosotros cuando os sentís contrariados en vuestros gustos ó inclinaciones; con la diferencia de que vosotros sometéis aquel acto á la razón y os domináis por medio de la voluntad. Esto cuando se trata de un hombre razonable.

Sepamos penetrar en el mundo de los niños. Una tierna criatura no razona; no podéis invocar en su abono aquella diosa de la inteligencia, porque apenas despunta á la vida. Indagad la causa que produce en el niño aquella perturbación mental y procurad evitarla; de lo contrario, desviad la atención del niño hacia un objeto cualquiera.

El niño grita desde que sale á luz y en sus primeros meses todo se va en llantos. Para acallarlos, las madres lo arrullan ó le dan el pecho y á veces, tratándose de alguna nodriza, le espanta con ruidos ó gritos de amenaza. ¡Pobre niño! ¡Pobre sér desventurado que no puedes manifestar tus deseos ó tus necesidades sino por medio del llanto!

Cuando el niño llora, señal evidente es que sufre alguna incomodidad que puede no ser el hambre. Echad una mirada sobre los ropajes que le oprimen.

V

El niño apetecerá un objeto, y los que le llevan en brazos le acercarán á dicho objeto, si está á su alcance, ó se lo pondrán en sus manos. Hay cariños que ciegan. He aquí como se fomentan los caprichos del niño, y luego nos quejamos de la volubilidad de su carácter cuando hombre.

Le dáis á un niño un objeto cualquiera y, si puede, lo hará pedazos. Ponéis entre sus manos un pajarillo y, si tiene bastante fuerza, acabará por estrangularlo.

Algunos filósofos aseguran que la criatura viene al mundo inclinada al mal: por esto rompe el objeto y ahoga el pájaro. Ved aquí, dicen, una maldad innata, hija del pecado.

Nunca nos hemos sabido explicar esta afirmación. El niño, cuando viene al mundo, ó en su primera edad, no se deja gobernar por la razón ni por la conciencia; desconoce completamente el bien y el mal; luego no hay moralidad en sus acciones.

Si por sus instintos tiene el niño inclinación á destruir, es sin malicia alguna. Más diremos: es un principio activo que en él se revela, y á los padres ó á las personas que le rodean incumbe dirigirlo.

He aquí la primera educación: cuidado de que esos movimientos no sean perjudiciales. Si en vez de un pájaro le dáis al niño un cuchillo, se cortará la mano. ¿Es esto una maldad? ¿Es perversión de instinto?

Dirigid los movimientos del niño, pero no le déis nada porque lo pida, sino cuando lo necesite. Acostumbrando á un niño á salir con todo, preparáis un desdichado. Con la facilidad que tiene de satisfacer sus deseos, éstos crecerán sin cesar, lo cual habrá de acarrearle con el tiempo muchísimos sinsabores.

VI

Acostumbrándole al niño á violentar sus deseos, ya le enseñáis á vivir, porque durante su vida tendrá que usar muchas veces de esta paciencia y dominio sobre sí mismo para resistir con ánimo sereno los embates de la contraria suerte.

Pero aquí echamos la cuenta sin la huéspedada, se nos dirá, porque hay de por medio el exceso de cariño que obliga á los padres á no privar á sus hijos de cuanto apetecen, mayormente cuando son pequeños. Harta desgracia es la de aquellos pobres que no pueden conseguirlo.

Es verdad, y esto nos enseña que los deberes de los padres no son tan fáciles de cumplir como muchos se figuran, porque he aquí precisamente un problema de difícil solución.

Un padre y una madre vivirán persuadidos de que contrariando en ciertos casos los deseos de sus tiernos hijos, les dotan de una de las virtudes más necesarias como es la paciencia, y sin embargo, no lo hacen. El pobre desea ser rico y el rico desea serlo más para satisfacer á sus hijos todos los caprichos.

Aquí falta voluntad y sobra exagerado cariño. Se podrían escribir páginas muy bellas tocante á disciplina doméstica; pero aun cuando el padre quisiera ejercer su autoridad para formar el carácter de sus hijos, la madre siempre encontrará medios para evadirla y todo lo sacrificará á sus vástagos, porque de todo es capaz una madre para complacer á los pedazos de su corazón.

—¡Arriba! ¡á poner los huesos de punta que ya es de día! gritará un padre á sus hijos cuando ve que duermen demasiado.—Déjalos dormir un poco más. ¿No ves que los pobrecitos se acostaron tarde y muy fatigados? exclamará la madre. El hombre hace un gesto despreciativo con la cabeza y, murmurando algunas palabras, los deja en paz. Aquí tenéis una escena que veréis reproducida, con más ó menos variantes, en el seno de muchas familias.

VII

Padres, no habéis recibido de la Naturaleza ó de Dios, que es el supremo autor de ella, el encargo de formar un esclavo ó de dirigir un autómeta, sinó de formar un hombre; un ser bello por la razón y justo por la voluntad.

Madres, no desvirtuéis la obra. Podéis suavizar las asperezas de los padres con vuestra solicitud y esmero, con esos rasgos de ternura inefable que brotan de vuestro corazón; pero no seáis idólatras de vuestros hijos.

¿Los queréis mucho, verdad? Pues sólo á precio de algún sacrificio de vuestro amor, podéis hacer que vuestros hijos vivan con esa vida esplendorosa que da el vigor, la salud y la belleza del alma.

La noble figura de un maestro rodeado de niños á quienes distribuye el pan de la inteligencia, es una figura pálida comparada con la de la madre augusta que envía destellos de luz con su mirada de amor á la naciente razón de sus hijos.

Esto no se admira, porque se realiza á cada paso y sin arte. La madre es la maestra natural de sus hijos á los cuales educa, sin saber á veces lo que hace. Solo falta que lo sepa para proceder con acierto.

Un padre, y sobre todo una madre, tienen el terreno preparado para educar á sus hijos, y ese terreno es la confianza íntima que les merecen. Cuando cierto filósofo devolvió un discípulo á su padre, diciéndole que no podía educarlo, el padre interrogó al maestro sobre la causa, y éste le contestó: «Señor, yo no puedo educar á vuestro hijo, porque no me ama».

El amor ¡oh padres! os abre las puertas de la educación de vuestros hijos; pero el amor guiado por la prudencia. La madre se encargará al principio de las tareas educativas. No importa que no sepa leer ni escribir.





CAPÍTULO II.

El niño empieza á ensayar sus fuerzas.—Educación bárbara y educación racional.—Aire, luz y calor.—Excelencias del agua.—Del ejercicio y el juego.—La vida del niño en la ciudad y en el campo.—El miedo en los niños.—Los niños cobardes.—Un tipo esforzado y varonil.—Explotación del niño en el taller.—Explotación del niño en la escuela.

I

No creáis en vuestros hijos hábitos de voluptuosidad, meciéndolos con frecuencia en la cuna, para excitarles á dormir. El sueño debe cerrar naturalmente sus párpados, sin provocarlo.

Cuidad mucho de que las envolturas no le molesten ni entorpezcan sus movimientos, porque en ese caso el niño llorará, gritará y no le calmaréis hasta desahogarle de aquella vestimenta que le oprime.

Sobre unas mantas han de empezar los niños á ensayar sus débiles fuerzas, y ojalá todos pudieran disponer como los campesinos de la mullida hierba de los campos.

Haced que las tiernas criaturas retocen sin violentarlos y no os empeñéis en que permanezcan de pie ó con el cuerpo derecho antes que sus articulaciones hayan adquirido alguna solidez y resistencia. Dejad que se arrastren ó anden á gatas por vuestras habitaciones.

Una simple caída sin consecuencias arranca un grito á

la madre y el niño se asusta, cuando á veces él mismo sabrá reponerse. No les déis importancia á los leves accidentes, porque en realidad no la tienen; y aunque es muy laudable la precaución y la vigilancia, al tratarse de un hecho consumado, suprimid los arrebatos.

No hay que pensar en aquella edad sino en ejercitar los músculos y los huesos, dejándose de todo ejercicio que no sea corporal. Pretender entonces poner en juego las facultades de la inteligencia, fuera un trabajo inútil y hasta perjudicial para la inteligencia misma.

Antes de cultivar la inteligencia cultivad las fuerzas que ha de gobernar. Ejercitad el cuerpo del niño: que ande, que obre, que grite; que sea hombre por el vigor y después lo será por la razón. Obran con buen acuerdo muchos padres en no mandar hasta muy tarde los niños á la escuela.

II

Es una gran cosa robustecer y avalorar la naturaleza física del niño, sugetándolo á ejercicios de fuerza y agilidad; pero no tanto como pretende el célebre Rousseau y otros más ó menos innovadores que aconsejan las más duras pruebas y experimentos, á fin de que la criatura pueda hacer frente á todos los azares de la vida.

Bueno es que al niño se le acostumbre, ya desde los primeros años, á sufrir el calor y el frío, el hambre y la sed; pero no tanto que le exponga el calor á una insolación y el frío á una pulmonía.

Soberbia cosa es acostumbrar á un niño á trepar, correr, saltar, andar por lugares escabrosos, adiestrarle en la gimnasia, en la natación, montar á caballo, hacerle capaz de vivir en todas partes; pero no tanto que pongáis en peligro su existencia.

A nuestro modo de ver razonan muy mal aquéllos que

siguiendo al pie de la letra las máximas del filósofo ginebrino en materia de educación, exclaman: «Yo quiero familiarizar á mi hijo, cuando niño, con todas las inclemencias del tiempo y con todos los peligros de la vida, á fin de que, cuando hombre, pueda desafiar todo esto impunemente».

Pero la prudencia nunca puede aconsejar que se provoque un peligro presente para remediar un mal futuro. Además, ¿dónde están los padres y sobre todo las madres que consentirían en hacer pasar á sus hijos por esas pruebas aventuradas y tal vez homicidas?

Alégase la robustez de los niños del campo que andan con los piés desnudos y todos los días se exponen á los rayos del sol, á la lluvia, á los vientos y á todos los rigores de la atmósfera. Privaciones son esas impuestas por la miseria, que podrán curtir la cubierta exterior de aquellas criaturas; pero que no impedirán la mortandad que reina en los campos como en las ciudades. Nosotros hacemos depender la robustez de los niños campesinos del constante ejercicio en un saludable ambiente.

Rechacemos esa educación bárbara para fomentar una educación racional, promoviendo la salud del cuerpo por medio de una higiene bienhechora, y cultivando la energía moral, la fuerza de voluntad que comunica al alma un vigoroso temple, á fin de hacerse dueña y señora del cuerpo que le sirve.

III

El aire es el alimento de los alimentos; pero el buen aire, el aire puro, el que se respira en el campo, el que rodea las montañas; allí está la vida; allí está el gran preservativo contra muchas enfermedades.

El aire baña, llena y compone todas las cosas. Se puede

decir que todos los seres que viven sobre la tierra, desde el hombre á la humilde hierba, no son otra cosa más que aire organizado, porque del aire reciben la mayor parte de elementos que constituyen su organismo.

Un aire pobre, no lo dudéis, hará un pobre niño y un hombre débil. Ventilad esas alcobas en donde apenas penetra un aire vergonzante; abrid puertas y ventanas á fin de que el aire se renueve con frecuencia. Aireadlo todo: camas, vestidos, zapatos, porque todo quiere aire.

A jugar los niños al aire libre donde la sangre recibe el rico oxígeno que tanto ansía. Un jardín en una casa es un tesoro. §

También la flor humana necesita luz como todas las flores. ¡Qué tristes son para el niño las habitaciones sombrías! ¡Qué tristes y que pesadas!

No ya el color, sinó el carácter debe modificarse bajo la acción de la luz, como se modifican los mundos de que está sembrado el espacio.

Observad las plantas. Si algunas viven largo tiempo en la obscuridad, veréis cuán tristes, pálidas y macilentas se ponen. Lo mismo pasa en el hombre que vive prisionero. El color de su cara hace que se le compadezca.

Con mayor razón podemos decir del niño, que la luz es su mayor amiga, su amiga del alma, porque contribuye á su contento. Así el pájaro manifiesta su alegría cuando empieza á cundir la aurora.

Pero si la luz es gala y alegría, el calor es vida y movimiento. La vida terrestre está suspensa de los rayos del Sol. Todas las mutaciones de la Naturaleza son debidas al calor de este astro.

Nunca se estudiarán bastante los efectos que producen los cambios de temperatura en el hombre, y en ninguna edad se hacen dichos efectos más sensibles que en la primera infancia. La vida de los niños está ligada intimamente á la marcha de las estaciones.

Madres, evitad en lo posible los cambios bruscos de temperatura.

IV

Los germanos sumergían á los niños recién nacidos en un baño de agua helada para preservarlos del frío. ¿Cuántos niños deberían sucumbir bajo esta terrible prueba?

No hay duda que el agua fría fortifica los miembros y todo el cuerpo. Así como el agua mueve la rueda de un molino, de la misma manera comunica gran actividad y energía al organismo humano.

El agua fría es un excelente medio para conservar y aumentar las fuerzas físicas desde la infancia á la vejez. Esto es decir que obra en todas las edades con efectos admirables, aun como remedio y mucho más como preservativo contra las enfermedades. Ella impide la excesiva acumulación de grasa y de jugos nocivos y normaliza la circulación de la sangre en nuestras venas.

Lavad muy á menudo á los niños con agua fría y dejadles que jueguen con ella, hasta el punto de que ansíen bañarse con frecuencia.

Los musulmanes adoran el baño. Es verdad que en los países cálidos la operación de bañarse se hace necesaria; pero siempre es útil el baño porque vigoriza el cuerpo extraordinariamente, imprime actividad á los órganos y vigor á las facultades. Con el baño todo el sér se regenera.

Nunca se encarecerán suficientemente las excelencias del agua como medio de conservar la salud y contrarrestar los ataques de cualquier dolencia.

Para endurecer el cuerpo de un niño no es necesario adoptar el sistema de Rousseau: basta bañarlos y limpiarlos frecuentemente con agua fría. El agua caliente debilita y hace intolerable el frío de la atmósfera.

Venga una pila ó tina en cada casa, y sino una simple cuba. Mucha agua y mucha limpieza. ¡Qué sanos se pondrán vuestros niños y qué fuertes después para el ejerci-

cio! Al principio chillan; pero luego se prestan dócilmente al lavado, y más tarde vivirán sanos, alegres y robustos.

Los muchachos campesinos se encuentran favorecidos por un aire puro y un constante ejercicio; pero raras veces se bañan, á no ser con la lluvia que les cae encima. Esto es un inconveniente.

V

Todo lo que es joven es alegre y vivo. Muchos padres se quejan de que sus hijos no se hallan sujetos en casa para estudiar sus lecciones, porque les gusta más el ejercicio y el juego.

¡Padres insensatos! ¿No es suficiente todavía que los niños permanezcan seis horas mortales en la escuela? ¿Queréis sujetarlos en casa con un trabajo casi estéril, condenándolos al reposo, cuando su naturaleza reclama movimiento?

Empeñarse en que un niño se esté quieto y tranquilo en casa, es el colmo de la estolidez. Cuando veais á un niño que se acomoda al quietismo y al reposo, compadecedle porque es un niño muerto.

Dejad que los niños salten, corran y jueguen. Dejadlos, porque esto quiere decir, salud, vida, armonía y felicidad. Valiera más que acompañaseis de vez en cuando aquellos niños al campo, á la montaña, á la playa, á saturarlos de elementos cósmicos, á emprender largas excursiones por sitios escabrosos, á correr por los llanos, á trepar por los árboles, á derribar un carnero para que mañana puedan derribar un toro.

Eso es: debemos acostumbrar á los niños desde su infancia á ejercitar sus fuerzas físicas al aire libre y á crearse resistencia y vigor para lo futuro. Así también ahogaréis los vicios en germen. Es menester pensar tanto en el cuerpo como en el alma.

VI

Vive el niño en la ciudad, casi siempre como una flor en un invernáculo. Esto tratándose de familias más ó menos acomodadas, porque los pobres en la ciudad sólo pueden habitar los tugurios.

Un obrero no puede gastarse la mitad de su jornal en el alquiler de casa. Forzosamente tiene que vivir en pisos estrechos, incómodos y mal sanos. No puede elegir sobre todo para dormitorio de sus hijos una habitación ventilada.

Las casas respiran, ó deben respirar, como las personas; ó lo que es lo mismo, deben tomar aire bueno y arrojar el malo.

Los niños del obrero en la ciudad no juegan por las calles ni menos por los afueras: á cada paso se los impide. ¿Qué hará, pues, ese niño al salir de la escuela? Por misericordia debiérais proporcionar á esos niños, sino un campuco, algunos palmos de tierra bajo cielo abierto.

Muchas existencias se agostan en la ciudad por falta de aire. Muchos niños viven escrofulosos, enclenques, raquíticos, porque su sangre es pobre en oxígeno y carecen con ello de elemento vital. En ese caso no olvidéis la tina, el jabón y el agua.

Hemos celebrado la robustez de los niños campesinos; pero no faltan allí en el campo criaturas de cabeza desgredada, ojos sin brillo, sucios y harapientos, que huyen á la vista de los forasteros, como pequeños salvajes.

Muchas de aquellas criaturas pasan su vida entre los animales domésticos, jugando con ellos y como ellos embrutecidos. Tienen aire, sol y libertad, y por esto veis ahí tantas mejillas sonrosadas, tantos pómulos salientes, tantas espaldas anchas y vigorosas.

¿Qué les falta pues? ¡Ah! les falta cultura, les falta ritmo, expresión y belleza.

VII

El miedo sirve á veces de gran desazón y siempre de estorbo. Es un sentimiento innato que se revela en la más tierna criatura con estremecimientos ó ligeros sobresaltos, cada vez que oye un ruido anormal ú observa una extraña figura.

Lejos de combatir esa disposición del ánimo en los niños, las madres incautas la fomentan y desarrollan. Ruidos con los muebles, golpes en las puertas ó en la cabecera de las camas, sonidos espantables como mugidos y en muchas ocasiones los espantajos. Estas son las añejas tácticas de que se valen generalmente las madres y las nodrizas para obligar al silencio á las pobres criaturas.

Claro está que los niños callan de miedo cuando con el *coco* ó el *bu* se les amenaza. ¡Pero cuán desastrosos efectos pueden causar semejantes extravíos!

Para completar el cuadro, pocos años después, se sacan á relucir las fábulas y consejas donde juegan el principal papel los monstruos ó endriagos, alternando esos engendros fantásticos con historias de aparecidos...

¡Mal haya la ignorancia, la preocupación ó la quimera que de tal suerte malogran los primeros años de la vida!

Destruid esa mala semilla ¡oh madres! porque envenenáis la existencia de vuestros hijos. Habituaadlos más bien á percibir toda suerte de voces y ruidos sin que les infunda sobresalto. Haced que vaguen en la obscuridad, que transiten con vosotros, padres, de noche por el campo entre los árboles, yendo á cerciorarse de todos los objetos cuyas sombras al fulgor de la luna se divisan.

Dotando al niño de serenidad y valor, casi le proporcionáis una segunda existencia.

VIII

Pase que la mujer sea medrosa con tal que esté dotada de valor moral. ¡Pero el hombre!...

El niño cobarde hasta de un ratón se asusta. No le mandéis aún con luz, ya entrada la noche, á uno de los aposentos más interiores de la casa, porque no os obedecerá ó irá temblando de miedo.

El estampido del trueno le aterra, hasta el disparo de una escopeta le sobresalta. Todo el día estaría entre faldas, porque también le teme al frío, á la lluvia y á los vientos. Es un niño mujeriego. ¿Queréis decirme para qué sirven esos entes en el mundo?

No os confiéis al tiempo. Cuando el muchacho sea un joven rollizo, conservará su instinto apocado y medroso que quizás le conduzca á la más repugnante degradación y miseria. Abundan los ejemplos.

Aprisionado un muchacho entre las mallas del miedo, no se sentirá capaz para acometer ninguna empresa generosa, ni para llevar á cabo ninguno de esos actos que requieren un espíritu esforzado y varonil.

Si tiene un fondo de bondad en su alma, no causará daño á nadie; será un hombre pasivo, muy metido en su casa, muy separado de las luchas sociales, muy amigo del *statu quo*, es decir, una cariatide.

Pero si, al contrario, es de instintos aviesos, le veréis en más de una ocasión hipócrita, rastrero y aún falaz, desempeñando el papel de inmundo reptil ó de miserable garruña.

IX

Un tipo esforzado y varonil entusiasma á los hombres y encanta á las mujeres. Padres, cread ese tipo.

No se trata de formar un atleta ni un espadachín; ni hay que ir á buscar ese tipo en las edades bárbaras, sino tal y como se requiere en los tiempos modernos, en que parece que la virilidad y la noble franqueza han cedido el puesto á la sagacidad y á la vil perfidia.

Si las leyes de Licurgo de la antigua Esparta adolecían de temerarias por el estremado rigor con que se pretendía hacer hombres fuertes y valerosos; si aquellas madres espartanas, cuando al partir sus hijos á la guerra les conjuraban á que volviesen «con el escudo ó sobre el escudo» fueran hoy consideradas como dementes de furor nacional, en cambio vivimos en una época de laxitud y degeneración tan bastarda, que no parece sino que aquel valor de otros tiempos y aquellos ánimos han desaparecido.

¡Singular contraste el de unos tiempos con otros! Todo es efecto de menguar la fé y de haberse torcido los móviles de la educación. No se trata tan sólo de la fé religiosa, si que también de la fé social y de la fé política. Luego vemos que á medida que la inteligencia afirma más y más cada día su poder, la fuerza del sentimiento se extingue y la vida del alma se pospone á todas las concupiscencias.

El tipo que nosotros quisiéramos dibujar, es el de un muchacho fuerte en la fatiga, lo mismo que en el dolor; que de la misma manera defendiese á puñetazo limpio á la niña á quien se insulta, que al débil á quien se maltrata; que se mantuviera tan firme en el deber como compasivo ante la ajena desgracia; que abriera su corazón á las más nobles aspiraciones, al par que se rebelase contra todas las villanías.

Pero la educación no toma ese rumbo: por esto faltan las águilas y sobran las cornejas; por esto escasean los leones y abundan los chacales.

X

El niño tiene derecho á no ser prematuramente explotado, y si la familia lo intenta, la sociedad debe impedirlo.

Un padre no es un señor de horca y cuchillo con respecto á sus hijos. El hijo pertenece á la familia y á la sociedad de que forma parte, como se pertenece también á sí mismo. ¿Cómo conciliar los intereses del padre, del hijo y de la sociedad?

Cuestión es esa que no hemos de dilucidar nosotros aquí, puesto que solo tratamos de la educación física del niño y á ella hemos de ceñirnos.

El desarrollo corporal del niño es de gran monta. Para favorecer este desarrollo no habéis de negarle aire, luz y expansión. Encerrándole en una fábrica ó en un taller, aunque sea para manejar ligeros instrumentos, le negáis todo eso. Y cuenta que aquí hacemos caso omiso de la moralidad también en peligro.

La explotación prematura de la infancia es espantosa, precisamente allí donde la industria florece y la riqueza abunda. Muchos padres ven en sus hijos de corta edad un instrumento de su codicia y los emplean para aumentar ó redondear su jornal.

Intentarán justificar su conducta alegando que la necesidad les obliga á ello y no pueden sostenerlos en la escuela. Las madres ignorantes fomentan á veces estas pretensiones, so pretexto que el niño ocupado en la fábrica ó en el taller, no corre por las calles ni molesta en la casa.

De esta suerte se violan los derechos del niño, que aun no conoce, y se especula sobre sus fuerzas, convirtiéndole en máquina.

XI

Hemos visto la explotación del niño por necesidad; veamos ahora la explotación del niño por vanidad. En la primera se observa siempre el obrero ó la viuda pobre; en la segunda pueden observarse capitalistas y hacendados.

Se explota al niño en el Colegio, en la Escuela, en el Instituto, en la Universidad, apresurando su instrucción ó su carrera á expensas de las fuerzas orgánicas.

La naturaleza de los estudios, ó más bien la manera de realizarlos, hace que el niño naturalmente los repela; pero se le agujonea, y el pobre escolar no tiene más remedio que seguir la danza.

Se dirá que esto es un bien porque se obliga al niño á vencerse á sí mismo, á disciplinar su inteligencia, á rendir ese tributo de la humanidad al dolor.

Dificultades, reconvenciones, disgustos, privaciones, violencias, lágrimas, todo es para instruirte, niño; todo es para tu *bien*.

La Naturaleza se halla revestida de hermosas galas, los pajarillos cantan y retozan en la enramada... Cierra esa ventana, niño, y déjate de árboles, pájaros y flores, y aquí con los codos sobre la mesa, hunde la tierna cabecita en los libros.

¿Y para qué le servirá al niño todo esto, si no le enseñáis á ser hombre? La mayor parte de los estudios que le imponéis ha de ser carga inútil.

Ese mismo entendimiento que violentáis porque no ha entrado en sazón, se debilitará mañana y perderá en energía lo que le habéis hecho gastar en esfuerzos.

Igual de lo que sucede al arbolillo con sus frutos primerizos que tanto os alegran. Aquellos frutos suelen matar el árbol; vosotros podéis matar al niño.

Ved que ni el Sol alumbra tanto como estas verdades.





CAPÍTULO III.

Las primeras lecciones.—Leyes de la vida.—Tres grandes libros.—Ejercitando los sentidos.—Evolución espontánea.—Varias observaciones.—La atención infantil.—Las primeras ideas.—El despertar de la mente.—Labor educativa.—Cultivo racional de la memoria.—Influencia de la imaginación.—Los niños también razonan.

I

Al negarle una madre á su hijo, criatura de pocos años, un cuchillo á fin de que no se corte, ya le da una regla de bien vivir; pero como quiera que el niño coge á hurtadillas aquel instrumento y se infiere una pequeña herida en la mano, lo suelta en seguida. He aquí una experiencia, como otras muchas, que cuesta cara.

Lo propio sucede cuando el niño coge un objeto caliente ó toca la llama de una vela y se quema los dedos. El dolor que recibe constituye otra experiencia que el niño jamás ha de olvidar.

De igual manera pasa en la edad adulta, lo mismo en el orden físico que en el orden moral. Cambiamos de conducta ó de procedimiento, porque la experiencia nos obliga de continuo á sufrir los efectos sensibles ó dolorosos de nuestros actos.

Con estas experiencias aprende el niño á regular todos sus movimientos, adoptando una especie de disciplina do-

méstica, la misma que cuando hombre, ó dueño de si propio, le invita á respetar el orden social y moral.

A la educación corresponde precaver al niño de todos los daños y peligros, haciéndole discernir primero sobre los objetos que le rodean, para saber deslindar lo que es bueno de lo que es malo, lo que es conveniente de lo que es perjudicial y, por último, lo que es justo de lo que es injusto.

Preciso es confesar la funesta ceguera de los padres. Todos se afanan para enseñar á sus hijos una porción de cosas y dejan en olvido lo principal. Todos quieren que sus hijos aprendan á leer y á escribir antes de tiempo, y ni siquiera se acuerdan de enseñarles las leyes de la vida. Atended al viejo proverbio italiano: *prima vivere, deinde philosophare*; vivir primero y después hacer filosofía.

II

Claro está que el hombre aprende aquellas leyes á costa de dolorosas experiencias y no pocas veces á costa de su propia existencia.

¿Sabéis de qué dependen muchas muertes prematuras y la mayor parte de los males que deploramos? De la ignorancia de las leyes naturales que tienden á conservar la salud.

¿Sabéis cómo se podría vivir hasta una edad avanzada, salvo contingencias inevitables? Con el uso fiel y discreto de nuestras fuerzas y facultades, sin debilidad y sin exageraciones, preservándonos de todos los accidentes que pueden perjudicarnos.

Nuestras enfermedades y nuestros disgustos dependen casi siempre de nuestra ignorancia y de nuestros excesos. Muchísimos males pudieran evitarse si á los hombres, desde niños, se les hubiese enseñado á adquirir robustez y

salud, á ser precavidos, prudentes, honestos, justos y jamás temerarios.

Las primeras infracciones de aquellas leyes parten ya desde la cuna. ¡Cuántos hábitos imprudentes! ¡Cuánto mortal olvido!

Las leyes de la vida no pueden reducirse á unas pocas líneas, pues abarcan la esfera física y la esfera moral en que el niño se agita; pues siendo el hombre un compuesto de cuerpo y espíritu, existe una higiene para el uno y una higiene para el otro.

Pero se nos dirá que para enseñar es necesario saber y en la mayor parte de las familias impera la ignorancia de aquellas leyes.

Ah! no. El hombre y la mujer cuando se casan, pueden no saber leer ni escribir; pero no ignoran lo que la experiencia les ha enseñado y, además, por intuición, la madre sobre todo, conoce lo que puede favorecer y lo que puede dañar al hijo de sus entrañas.

Con todo, no estaría por demás que, antes de casarse, los contrayentes sufrieran un examen de buena crianza.

III

Una madre tiene un libro constantemente abierto y á su alcance para enseñar á su hijo, y un padre tiene más de uno; tiene dos libros.

El libro que tiene á su disposición la madre es el hogar doméstico con todos los elementos que lo forman; y los dos libros del padre son la Sociedad y la Naturaleza.

Como los primeros objetos que llaman la atención del niño están dentro de la casa, no hay más que seguir la natural curiosidad de la criatura para verlo todo y saberlo todo. La casa que habita, los alimentos que come, los objetos de que se sirve, los animales que utiliza, las personas con quienes trata.

Este debe ser el primer libro en que el niño debe aprender á vivir. Luego el padre ó la madre le acompañará á la iglesia, al paseo, á la fábrica(no al teatro), y allí donde los hombres se congregan, aprenderá también á vivir conforme á las relaciones sociales.

Por último, en el gran libro de la Naturaleza ¿qué no podrá aprender el niño, leyendo en aquellas páginas admirables?

Sentimos objetar que la mayor parte de los hombres no saben leer en ese gran libro. Es verdad que se le estudia muy poco. ¡Cómo que casi todas las cosas naturales son letra muerta en la mayor parte de nuestras escuelas!

Sin embargo, un hombre siempre sabe más que un niño. Lo que hay aquí es que cada cual tira siempre por su lado. El padre con sus amigos al café ó á la taberna, y el hijo con sus juegos ó con sus compañeros abandonado á la ventura.

IV

Volvamos á los objetos que rodean al niño. No hay duda que los conocimientos que sobre ellos podrá adquirir, han de penetrar por las puertas y ventanas de la inteligencia, que son los sentidos.

Por consiguiente, el método de la enseñanza materna se ha de dirigir ante todo á ejercitar los sentidos del niño.

Lo primero que el niño percibe de los objetos es el color. Esta es una sensación puramente pasiva que se produce en el ojo humano y también en el de los animales superiores, sin ningún esfuerzo de inteligencia.

Viene en seguida la forma en cuya sensación empieza ya algún trabajo intelectual: el del recuerdo y el de la comparación.

Luego se pára el niño á reflexionar. ¿Qué es eso? ¿Para

qué sirve? Vedle como ya intenta adivinar el uso á qué se halla destinado aquel objeto. Principia á despertarse el sentido científico al querer indagar la materia de que el objeto está formado.

Más adelante aquella alma sencilla anhelará remontarse á la procedencia de aquel cuerpo que tiene delante, y al par del sentido científico, podéis cultivar el sentimiento religioso, yendo á buscar la causa de las causas y la razón de las razones.

Tienen las madres un sin número de objetos sobre los cuales pueden llamar la atención de sus hijos. Los alimentos, los muebles, los vestidos, los utensilios de diversas clases, todo se presta á estas magníficas lecciones sobre objetos, esto es, la enseñanza por las mismas realidades. De cada realidad pueden hacer surgir un conocimiento útil, una idea feliz, un noble sentimiento.

V

No coloquéis al niño á cada paso sobre rieles; señaladle la ruta y que él ponga los medios para alcanzarla, explorando el terreno y avanzando y retrocediendo conforme le convenga.

El niño debe posesionarse de los conocimientos por derecho de conquista. La educación debe favorecer el desenvolvimiento espontáneo, obligando al niño á que haga por si mismo sus investigaciones y saque las consecuencias. Debéis explicarle poco; pero le habéis de colocar en disposición de descubrir mucho. Él observa; dejadle que indague y deduzca; ya rectificaréis sus juicios después si son erróneos.

La Humanidad ha progresado de ese modo, esto es, descubriendo la verdad con sus propios esfuerzos. El trabajo rudo de la investigación, ése es el que ha educado al hombre.

En efecto, ¿de qué nos sirve la verdad que no descubrimos por nosotros mismos con el sudor de nuestra frente? Esta es la que nace de nuestras entrañas y remueve todo nuestro sér, y no la que se impone por vía de la autoridad ó de la fuerza.

Hacer del niño un mero recipiente es una locura. Le acostumbramos á las explicaciones y luego apelamos á la memoria para que devuelva lo que le hemos dado, sin háberselo asimilado. Si el niño no lo da, se le echa en cara su torpeza, cuando en realidad somos nosotros los torpes y los extraviados.

Perpétuo cambio es la vida, y á la manera de una fábrica que elabora y transforma las primeras materias de que se ha servido para ofrecer á la industria sus productos, así la inteligencia del hombre.

El niño en su esfera puede seguir esta evolución espontánea y agradable que pone en juego todas las actividades de su espíritu y le asegura un triunfo legítimo, porque la misma excitación de sus facultades concurre á grabar en su memoria lo que no conseguirá nunca en tan alto grado con las explicaciones ni con los libros.

Sea, por ejemplo, un caballo de cartón. El niño se fija en él y observa que tiene cuerpo, cabeza, cola y piernas. Y nada más? pregunta la madre. En las piernas tiene cascos, en la cabeza tiene ojos, tiene boca.... Y nada más? Yo observo algo más que tú, le dice la madre.—El niño observa con más ahinco y descubre las fosas nasales, las orejas, etc. Entonces experimenta una verdadera alegría por aquel pequeño triunfo que ha obtenido, y la madre le felicita.

Luego se pasa á otro orden de cosas, por ejemplo: este caballo no come. ¿Por qué será? y así siguiendo de lo fácil á lo difícil, de lo sencillo á lo complejo, el niño adquiere el hábito de la observación y mantiene vivo su interés con la adquisición de nuevas ideas, todas ellas asimilables.

No hemos hecho más que hacer despuntar uno de los ejemplos más sencillos.

VI

No veáis en ninguno de vuestros hijos cuando son pequeños, ni el futuro menestral ó marino, ni el futuro militar ó sacerdote. Todo esto vendrá después. Ahora lo esencial es formar el hombre por su robustez, por su buen sentido y por sus nobles sentimientos. Esta es la base sobre que ha de descansar el edificio.

Para formar el hombre es necesario principiar por el desarrollo de las fuerzas en el niño, que es el hombre en miniatura. Para ello tenemos la gimnasia del cuerpo y la gimnasia del espíritu. Ambas se realizan por medio del ejercicio.

El ejercicio debe ser armónico. Así como no se debe desarrollar un órgano del cuerpo, dejando inactivos los demás, tampoco se debe desarrollar una facultad del espíritu á expensas de las otras.

Todo ejercicio debe ser gradual y nunca pecar de excesivo. Así como el ejercicio corporal no se ha de dirigir á formar atletas, el ejercicio intelectual no ha de tender á la precocidad de la inteligencia. Huid siempre de los extremos, porque son nocivos.

Al ejercitarse el órgano del pensamiento, como es el cerebro, su acción repercute en el organismo, por la íntima relación que existe entre el espíritu y el cuerpo. Alternen prudentemente los ejercicios físicos con los intelectuales y de esta suerte se evitarán los funestos efectos del intelectualismo.

Tal vez nos hayamos adelantado demasiado en querer prevenir males futuros, cuando aquí sólo tratamos de cultivar la inteligencia de los niños en el seno del hogar doméstico.

Se trata de una tarea hermosísima, y no hay para qué augurar fatídicos pronósticos.

VII

La educación intelectual del niño debe apoyarse en la buena disposición de los sentidos, pues aquél se mueve sólo en la esfera de lo sensible. El educador debe cuidar de que las impresiones no sean engañosas.

Ya se sabe que los centros nerviosos transforman las impresiones en sensaciones. Las primeras son externas, las segundas internas. De la sensación se pasa á la percepción, de ésta á la idea y basta de psicología.

El ojo de la inteligencia es la atención; pero esta facultad en el niño se cansa pronto. Es necesario sostenerla un poco á fin de evitar el mariposeo ó el juego de la veleta.

Proceded siempre por grados y no os empeñéis nunca en contravenir brutalmente las leyes de la naturaleza. Ejercicios breves y variados, alternando con recreos, sin presentar muchas cosas á la vez, porque haríais caer la tierna inteligencia del niño en la más lamentable confusión.

En la casa, en el campo, en la iglesia, en todas partes, el niño mira, pero no ve. Es menester ayudarle para que descubra; pero que descubra por sí mismo: la ayuda basta. No olvidéis nunca que estáis formando el sér activo.

Un insecto, una flor, un objeto cualquiera os servirá para llamar la atención del niño. Despertad el interés, ó más bien la curiosidad: ese es el gran talismán para desenvolver la atención.

Vea después el niño en todos sus esfuerzos un fin práctico, haciéndole penetrar en aquellas realidades de la vida que su mente puede alcanzar.

La novedad es uno de los mejores excitantes de la atención. En la escuela ve siempre el niño los mismos objetos que llegan á no interesarle en lo más mínimo. Es verdad que el maestro puede presentarle infinidad de láminas; pero debemos preferir siempre los originales.

La casa y el campo, el pueblo ó la ciudad se os abren como manantiales abundantísimos para el desarrollo y cultura de la atención.

VIII

Resultado inmediato de la atención es la percepción. Por sí sola la atención no significa nada si no va acompañada de la percepción. Esta es un acto interno por medio del cual entramos á discernir las sensaciones, de modo que percepción é idea vienen á ser lo mismo.

Las primeras percepciones, ó las primeras ideas, son vagas, como los primeros ensayos del lenguaje y como los primeros movimientos. La inteligencia comienza á discernir por las distinciones más burdas ó más groseras.

Creeréis muchas veces haber suministrado al niño algunas ideas, y en realidad apenas si han llegado á su intelecto. Contentaos con nociones sencillas y hasta groseras para llegar después á las fórmulas científicas. Este ha sido el orden con que la humanidad se ha desarrollado bajo el punto de vista histórico. El individuo, al venir al mundo, tiene su génesis, como las razas.

Cultivad el hábito de la observación. Con esto proporcionáis á la criatura más ventajas que enseñándole el arte de la lectura. Por la observación vive el hombre. Y sin embargo, mucha gente se agita en el mundo sin pararse á observar los objetos que les rodean. Se desarrollan entre las maravillas de lo criado como entre las maravillas de la ciencia y del arte, lo mismo que si no existieran.

Nunca nos cansaremos de repetirlo. Enseñad al niño á ver por sí mismo, á pensar por sí mismo, á obrar por sí mismo. Diréis que esto requiere algún arte, y nos volvemos á encontrar en que la mayor parte de los padres carecen de aptitud.

Y sin embargo, si bien se mira, es una cosa muy sencilla. Se puede tomar á veces como un entretenimiento de sobre mesa.

IX

Atender, percibir, observar, comparar, abstraer y generalizar, así en términos abstrusos, se creará de difícil ejecución, y son actos que todos los días realizamos naturalmente.

Haced describir á un niño un objeto cualquiera, debiendo escoger en un principio los más sencillos, y tened cuidado de no buscar unas respuestas de antemano formuladas. Dejad que el niño se exprese con su propio lenguaje: de esta manera os podéis asegurar del éxito.

Se trata de un pañuelo, por ejemplo. El niño os describirá fácilmente su forma, su color, su tamaño, su estado, la materia de qué se compone. De allí os podéis remontar á su origen y construcción.

El cáñamo ó lino que se siembra, la lana de las ovejas, el capullo del gusano de seda, según sea la materia del pañuelo. Seguid los trámites por los cuales ha pasado la materia prima.

Haced después discurrir al niño sobre el uso y utilidad del pañuelo; el cambio con la moneda; el aseo y limpieza; la duración y abrigo; los pobres que carecen de esta prenda..... ¿Queréis nada más sencillo para poner en ejercicio casi todas las facultades de la inteligencia y despertar la mente de la criatura?

El sombrero de paja, los zapatos de cuero, un cuchillo, un juguete cualquiera, el libro, la regla, el lápiz, la jaula del pajarillo, una infinidad de objetos sencillos se os ofrecen para hacer que el niño atienda, perciba, compare, abstraiga, generalice, discurra, ponga en ejercicio su memoria, su imaginación, su juicio y su raciocinio.

De los objetos simples pasad á los compuestos; pero con tino y mesura. El reino animal y vegetal os abren un campo inmenso y magnífico.

X.

No se nos objete que no está al alcance de ningún padre de buena voluntad el hacer discurrir á los niños sobre los objetos de la casa (muebles, vestidos y alimentos); sobre las cosas del campo (animales, árboles, plantas y flores); sobre los fenómenos de la naturaleza (día, noche, aire, calor, luz, nubes, lluvias, etc.); sobre los accidentes de la tierra (montañas, llanuras, valles, rios, etc.); sobre la organización del pueblo ó la ciudad (gobierno, iglesia, ejército, industrias, artes, etc.); porque á todo ello contestamos: que el hombre sabe más que el niño, y que un padre bien puede ofrecer á su hijo el resultado de sus estudios ó experiencias.

Lo que falta aquí es el arte, la sucesión lógica en que la mente del niño debe adquirir los conocimientos, ó mejor todavía, el orden con que han de desarrollarse las facultades.

Ya lo hemos dicho: hay que proceder siempre gradualmente de lo simple á lo compuesto, de lo concreto á lo abstracto, de lo particular á lo general; el fenómeno antes que la ley, las clases antes que los sistemas, las relaciones inmediatas antes que las mediatas.

Quisiéramos poder intercalar en esta obra largas series de ejercicios que se podrían escribir para despertar primero y desarrollar después la mente del niño; pero nos hemos fijado unos límites que no podemos rebasar. (1)

(1) Hace muchísima falta un libro de la naturaleza indicada, tanto para los maestros como para los padres de familia. Aquí donde se escriben tantas obritas para enseñar materias diversas, no se escribe ninguno para enseñar á formar hombres. Muchas teorías que flotan en la superficie y entretanto la rutina queda en el fondo. Reglas prácticas es lo que falta y no fórmulas huecas y sonoras.

Pero ya que nos hemos extendido suficientemente en la marcha que puede seguir el educador (padre, madre ó maestro), para dar á conocer á los niños los objetos más sencillos, haciendo que aquéllos apliquen sus fuerzas intelectuales y las ejerciten, vamos á presentar, ligeramente bosquejada, una pauta que puede ser aplicada á los ejercicios de un orden más complicado.

Se trata de un animal cualquiera: un buey, por ejemplo.

Desde luego se ofrece como animal don éstico, al igual que el caballo, el carnero, etc. Este animal vive en el establo y en la pradera, manteniéndose de hierba. Su carácter propio es el de ser un corpulento cuadrúpedo, con sus pezuñas, sus cuernos, su gran cabeza, su cola larga y caída, su paso tardo, etc.

¿Cómo vive? No se hablará todavía de sus funciones como rumiante. Háblese de su alimento: hierba, paja, cebada, tubérculos y toda clase de legumbres.

Cualidades exteriores: grande, rojo, negro, manchado, etc.

Cualidades intrínsecas: fuerte, dócil, pacífico, laborioso, etc.

Utilidades á que se presta el buey.

Comparad ahora el buey con el caballo. Ved en qué se asemejan y en qué se distinguen ambos animales.

Entrad después en los razonamientos más simples sobre la naturaleza y utilidad de los bueyes. Ejemplos.

Siendo el buey el animal más útil para el labrador, claro está que éste ha de cuidarle con esmero.

El buey es un animal paciente, dócil y laborioso; he aquí porque el labrador lo emplea para los rudos trabajos de los campos.

La carne de los bueyes es apetitosa y nutritiva; por tal motivo se presta para alimento del hombre.

He aquí, pues, delineados unos ejercicios que podríamos ampliar, si mayor espacio nos cupiera.

XI

El niño debe aprender mayormente en las cosas, en los hechos, en los fenómenos, en el mundo real, en la Naturaleza misma.

Para recordar los conocimientos adquiridos, naturalmente tiene que hacer uso de la memoria, facultad que ejerce un gran papel en la educación, porque viene á ser la fuente, ó más bien el depósito de los conocimientos.

A cada paso tenemos que invocar la memoria para todas las operaciones del espíritu. Sus servicios son evidentes; pero así como en la vida orgánica el ejercicio de un solo miembro perjudica el desarrollo general, en la vida del espíritu el ejercicio continuado de una sola facultad, anónada ó atrofía las demás fuerzas.

Todas las facultades existen en germen en el niño desde los primeros momentos de su existencia; pero unas se manifiestan primero que las otras, siendo la memoria la que más fácilmente se presta á su desarrollo.

De este fenómeno han echado mano padres y maestros para hacer el niño un *memorista*, sin curarse de las otras facultades, produciendo grandes desgastes en el cerebro y gran debilidad en el espíritu.

Ha dicho un sabio: «Saber de memoria es no saber». Esto debe entenderse en el sentido de reproducir las palabras sin asociación de ideas, de la misma manera que un fonógrafo.

Sin embargo, hay ciertas fórmulas, datos, fechas históricas, clasificaciones que se imponen á la memoria sin previo exámen; por lo demás, nunca debéis obligar al niño á que grabe en su memoria ideas que no comprende. Los mejores ejercicios de memoria son aquellos que parten de la inducción, ó sea del conocimiento directo de las cosas y que por el hábito se fijan.

Realizada esta obra, viene luego la deducción que extiende, afirma y confirma las inducciones realizadas.

¿Queréis cultivar racionalmente la memoria de los niños? Colocad varios objetos sobre una mesa, haced que los manosee ó simplemente los observe. Vuelto de espaldas á la misma mesa, decidle que los describa con todas las posiciones y detalles. Al cabo de algunas horas ó al día siguiente haced que repita la descripción.

Si se trata de aprender una lección que está en el libro, enseñadle á asociar las ideas y dejadle que exprese á su modo el pensamiento. Si las ideas del libro no son asimilables, lo mejor es quitárselo de las manos.

XII

La imaginación es una potencia creadora que saca los materiales de la memoria para construir y destruir imágenes. Así es que hay imaginación *constructiva* é imaginación *destruktiva*.

Más claro. Para que la imaginación pueda crear cosa nueva, es preciso haber descompuesto y roto los moldes de la realidad; y bajo este concepto la imaginación que destruye es condición de la que construye y crea.

La imaginación no debe anatematizarse ni proscribirse, so pretexto de que puede dar lugar á funestos extravíos. Tanto se valdria anatematizar y proscribir la lengua y la vista propia; la primera puede pronunciar infamias y la segunda percibir torpezas.

Suprimid la imaginación y suprimiréis el arte y todas las manifestaciones del genio. Suprimid la imaginación y anularéis todas las grandes concepciones de la humanidad.

La imaginación no se desarregla ni extravía, sino cuando sin freno es abandonada á sí misma, ó se deprava en

el seno del desorden y de la corrupción. Sepamos conducirla por buen camino y conseguiremos todas las ventajas de esa facultad, emporio de muchísimas riquezas de la inteligencia.

El niño imagina, seguramente ya desde la cuna. Más tarde en sus juegos da señales de poseer más ó menos viva imaginación. No le dejéis extraviar esa potencia; hacédle palpar todas las realidades de su vida infantil y hacédle gustar al mismo tiempo todas las bellezas del Universo. En la obra de Dios está la fuente de la humana belleza.

Hay niños de espíritu aletargado á los cuales será preciso estimular y avivar la imaginación, lo mismo que en aquellos que están dominados por la tristeza y abatimiento.

Ofrecedles á los niños cuadros alegres, imágenes sonrientes, abominando todo lo que es negro y sombrío. Emplead para cautivar su atención el apólogo y las narraciones encantadoras; pero jamás les hagáis el caldo gordo, como se dice, con ideas supersticiosas y absurdas de que están plagados los cuentos fantásticos y consejas.

XIII

La razón es la más alta prerrogativa del sér humano; es el sello de la dignidad personal; es la reina de la inteligencia; es el don más precioso que otorgó el Criador á la criatura. El hombre sin la razón se convierte en bestia.

No es verdad que la razón aparezca en el último período de la infancia, porque despunta ya en el primero, aunque con débiles destellos, como la suave luz del Sol al principiar la aurora.

Lo que hay aquí es que aquella facultad se desenvuelve con tardío desarrollo. Decimos de un niño de pocos años

que no ha entrado en la edad de la razón, frase algún tanto errónea, porque la razón se halla en él como se halla el fruto verde en el árbol, avanzando hacia la madurez.

Si el sér humano se ha de dirigir por la razón, es muy justo que la eduquemos desde su principio, invocándola á todas horas y enderezándola por la senda de la verdad y del bien.

¿Cómo cultivaremos la razón en el niño? Una tierna criatura es naturalmente crédula, porque su razón es débil, y la misma confianza con que se entrega á nosotros, debe merecer nuestro respeto.

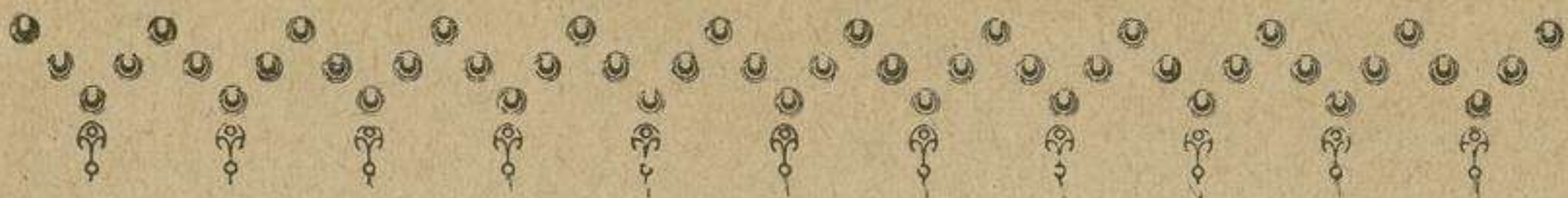
Principiaremos por darle á conocer la verdad de las cosas, el *por qué* y el *cómo* de todas ellas, con sumo tacto y exquisita prudencia, pues así como una luz demasiado viva puede destruir la visión en una retina demasiado débil, de la misma manera la desnuda realidad en los niños podría producir funestos desórdenes en su espíritu.

Un niño no puede verlo todo, ni puede saberlo todo; para algo se estiman la candidez y la inocencia. Pero no consideréis á los niños como átomos inertes dominados y determinados por las leyes de un ciego mecanismo.

Haced razonar á los pequeñuelos dentro de los límites de su débil razón y eludid discretamente, pero no con inconveniencias de mal tono, aquellas cuestiones que os presenten, las cuales, por motivos poderosos, no les podéis resolver.

Piense el hombre, piense el niño, porque pensando se conoce, pensando se siente, pensando se vive, pensando se abren los horizontes de una vida inmortal.





CAPÍTULO IV.

La educación moral: un punto de partida.—Apariencia y realidad.—En busca de fórmulas.—Sobre el atavismo.—Los móviles de simpatía.—Influencia de la sugestión.—Fuerza del sentimiento.—El gran móvil de la fé.—Amarse á si mismo.—En plena conciencia.—La ley de amor.

I

Nos hallamos al frente de un arduo problema, de un problema de altísima trascendencia, en una palabra, del gran problema. No pretendemos resolverlo, porque nadie lo ha resuelto todavía, y nosotros somos nadie.

Se trata de la educación moral, esa educación que puede convertir el hombre en ángel y la tierra en paraíso. ¿Quién es capaz de llevar á feliz término una transformación semejante?

Se ha disertado mucho sobre educación moral, y nosotros vamos ó disertar muy poco, porque sólo andamos en busca de soluciones prácticas.

De todos modos, empero, necesitamos un punto de partida. Este punto de partida será nuestra morada planetaria: la Tierra.—¿Es verdad que somos malos? ¿Es cierto que estamos caídos?

¿Quién lo duda? Vivimos en un centro donde todos los elementos están conjurados contra el hombre. Este se ve

obligado á apelar á todos sus esfuerzos para domeñarlos. Su propia naturaleza es su más irreconciliable enemiga.

Frío, calor, hambre, sed, enfermedades, dolores, fatiga y una serie de necesidades sin cuento. Quiere el hombre triunfar de todo y pone en rueda todos sus recursos. Lucha por la vida, y unas veces vencido y otras vencedor, le sorprende la muerte y... ¿qué sucederá?

Pero el caso es que en esta lucha deja casi siempre pedazos de su conciencia ó de su corazón. No puede ser feliz.

II

¿Pero somos hoy mejores que ayer? Aquí podríamos apelar al testimonio de la historia; pero como ésta se mira con diversidad de criterios, y como nosotros no hemos de apartarnos en lo posible del terreno pedagógico, solamente nos atreveremos á dejar sentado que hay progreso, ó estamos bajo una terrible ilusión.

Al considerar los tiempos pasados sufren muchas personas desviaciones de luz, produciéndose en su mente un fenómeno muy semejante al espejismo. Dice bien Jorje Manrique en sus célebres estrofas:

*Como á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.*

Para todo el mundo es una verdad inconcusa que la humanidad ha progresado en la esfera intelectual; pero que en punto á sentimientos y pasiones vivimos degradados.

De aquí se desprendería que, á mayor desarrollo intelectual, menor energía moral; que á medida que cunde la instrucción, aumenta la desmoralización.

Afortunadamente ni la historia ni la experiencia confirman tan desoladora doctrina.

Es verdad que somos malos, que estamos caídos; pero á cada paso se nos ofrece un apoyo para levantarnos. La sociedad moderna sufre grandes sacudidas hasta en sus cimientos; habrá algo que se derrumba; habrá escombros; pero no faltarán medios de reedificación.

¿Qué le falta todavía á esta sociedad? Amor y fé. Estas cosas es lo que hay que buscar y las encontraremos por medio de una educación verdad.

Pero de todos modos no hay que olvidar que vivimos en un mundo miserable.

III

El problema es de difícil solución, porque carece de términos, ó más bien de fórmulas.

Dice Leon Burgeois en un discurso pronunciado en 1893. «Ah! las fórmulas; esto es lo que va á faltarnos en esta materia. La fórmula para formar el corazón; la fórmula para desarrollar el sentimiento; la fórmula para enseñar la abnegación y el sacrificio; la fórmula para inducir á que cuando un hombre cae al agua, otro debe arrojarse á ella para salvarlo: la fórmula para todo esto no existe. Uno sólo es el secreto. Para comunicar esta llama es menester tenerla y sentirla»

Circula en España, aunque no tanto como debiera circular, un hermoso libro llamado «Cuore», ó corazón, como le llamamos nosotros, de Edmundo Amicis, el cual libro encierra una porción de cuadros infantiles que no sabemos si llamarles cuentos.

El que nosotros poseemos, se halla magistralmente traducido de la 44ª edición italiana por H. Giner de los Rios. Esto lo apuntamos sólo para que se comprenda el gran número de lectores que debe haber tenido.

En ese libro no hay preceptos; pero su lectura sacude

el espíritu de tal manera con aquellas narraciones, que le obliga á desprenderse de todas las escorias, para sumergirse en un medio electrizado por los efluvios de santas emociones.

No conocemos otro recurso para dotar el alma del niño de nobles virtudes, que colocarse en presencia del hecho real ó cuando menos escrito, de la manera como se debe escribir, sensibilizando los grandes rasgos de sacrificio, abnegación y heroísmo, como lo hace Amicis en su precioso *Cuore*, ó Diario de un Niño.

Porque no hay reglas, no hay fórmulas para esa educación moral; no hay mas que la impresión que pueden dejar en el ánimo ciertos hechos, ciertos desenlaces, ciertos caracteres, ciertos rasgos... eso es, los rasgos; con ellos se puede volver de arriba á abajo toda una condición moral; con un solo rasgo se puede transformar todo un sér; un demonio puede convertirse en angel.

Para realizar semejante revolución ¿podemos contar con los maestros? ¿Podemos contar con los padres? Esto lo veremos más adelante.

IV

La vida del hombre en su infancia es como una placa sensible que recoge todas las imágenes que ante ella discurren. Es una vida casi automática, alimentada por impresiones.

Ya hemos visto en otra parte que al niño no se le puede imputar moralidad en sus acciones. Se revelan en él algunos sentimientos, pero sin conciencia. Lo que importa es formar buenos hábitos. Por el ejemplo y los hábitos ha de dirigirse la infancia y aún muchos hombres que son siempre niños.

Dícese que el atavismo es una ley fatal, por aquello de que cuando un hombre viene al mundo lleva inoculada

en su sangre, como parte de herencia, la condición moral de sus progenitores.

Podrá llevar algo de *eso* que se transmite como los rasgos de la fisonomía; pero no nos atreveremos á afirmarlo, porque entonces, ¿qué fuera el alma sino hereditaria labor, á guisa de partículas que se transmiten, ó virus que se inocula? No, no; el hombre no sólo es hijo de sus padres, sino también del medio donde se ha desarrollado su existencia.

Dejémonos de leyes fatales y convengamos en que bajo la influencia irresistible de la educación ó del contagio, el sér moral, como el sér físico, se alteran. El niño está formado de substancia laborable, adaptable, plástica, y por lo tanto se presta á la labor educativa. Si una ascendencia más ó menos aproximada ha depositado en él gérmenes de virtud ó vicio, esto no hemos de indagarlo desde el momento en que el niño es, como hemos dicho en otra parte, lo que los padres ó maestros queremos que sea.

Pero sobre todo los padres, porque en el seno de la familia es donde el niño especialmente se forma: en él bebe todas sus inspiraciones.

No hay que dudarlo: el ejemplo está ahí, en la vida íntima del hogar doméstico. El niño propende siempre á copiar de sus padres, á imitar á los seres que le son queridos.

V

Si no nos pusiésemos en guardia, tropezaríamos á cada paso, en el transcurso de esta obra, con ideas ya mencionadas en otros capítulos, y es que en cuestiones de educación, muchísimas ideas se dan la mano.

Recordamos haber dicho que los padres tienen el terreno abonado para educar á sus hijos, con la confianza y simpatía que les inspiran. Los niños quieren asemejarse á

sus padres, por la sencilla razón de quererles más que á otros seres, incluso el maestro. A éste le alcanza una parte alícuota del cariño infantil, porque no es como el padre que pertenece á uno: el maestro pertenece á todos

De esta atmósfera de simpatía que en el hogar se respira, nace la sugestión, que no es otra cosa que una cuerda simpática cuyos extremos penden, uno del educador y otro del educando. El primero ejerce su acción directa y el segundo su acción refleja. Uno es activo, el otro más bien pasivo; pero ambos se comunican y entienden.

La obediencia, como dice Guyau, no es más que el efecto de una sugestión victoriosa. Esta puede conseguirla un maestro; pero con mayor motivo la conseguirá un padre ó una madre, porque los actos que ejerzan se realizarán en virtud de corrientes magnéticas que establecerá la simpatía.

Convencidos del gran papel que desempeña la sugestión en la vida del hombre y en la del niño, vamos á tratar en breves términos del *arte de sugerir*, puesto que la educación, como dice el autor citado poco ha, es un conjunto de sugestionaciones coordinadas y razonadas. Estos conocimientos son á todas luces interesantes.

VI

Ya habrá conocido el lector que no tratamos de la sugestión hipnótica, sino de aquella poderosa influencia que alcanzan unos individuos sobre otros, debida al amor que inspiran, á la confianza que merecen, ó á la fé que hacen sentir. Bajo tal concepto decimos que los primeros individuos se imponen á los segundos.

Los maestros pueden hacer uso de esta influencia sobre sus discípulos; pero mejor los padres sobre sus hijos. Mas ya volvemos á lo mismo: ¿quién educa á los padres?

A fin de salir de una vez de esta objeción, diremos que éstos se han de educar en la escuela educativa, en la escuela de adultos obligatoria, en libros apropósito, claros, sensibles, palpitantes; escuelas que aun falta crear, libros que no se han publicado todavía. Dadnos un buen gobierno y os daremos esas escuelas y esos libros.

Un carácter se forma con un carácter y un corazón con un corazón. El gran error de la educación es confiarlo todo á la inteligencia, porque esta facultad tiene escaso poder sugestivo. Una idea que no va acompañada de una emoción, es luz que alumbra, pero no vivifica.

Contemplad la sociedad moderna: muchos sabios, pero pocos hombres. Muchos licenciados y doctores, pero pocos caracteres. Mucha brillantez, mucho lujo de conocimientos, pero jamás ha habido mayor número de escépticos. No en vano hemos hecho mención del precioso libro de Amicis.

¡Qué frias están nuestras escuelas! ¡qué frias y qué áridas! Todo es hablar allí de reglas, y de preceptos, y explicación de deberes, lecciones monótonas que se suceden una tras otra, enseñanza muerta, hoy como ayer y mañana como hoy; desnudez, fastidio, estepa siberiana.

La causa de todo está en el espíritu de nuestras instituciones y de nuestras leyes; en el *alma mater* de nuestra enseñanza en todos sus grados: el maestro es un mártir del error; sin embargo, aun en el medio en que vive, puede redimir algo; de lo contrario fuera inútil este libro.

VII

La primera condición para que las sugerencias surtan á efecto, es la de saberse ganar la voluntad del sér sobre el cual se obra. Esta condición la poseen los padres; pero los maestros deben adquirirla. La empresa es más difícil de lo que muchos se figuran.

La segunda condición es la de saber excitar la sensibilidad. Es necesario convencerse, como dice Fenelon, que de todas las tareas educativas, ninguna es tan ardua como la de persuadir á los niños insensibles: todos sus pensamientos son distracciones; lo escuchan todo, pero no sienten nada.

Toda enseñanza que no se hace sentir, carece de calor y de vida. Lo mismo sucede con las creencias. Cuando no pasan de ser simples nociones abstractas apoyadas en argumentos y sobre las cuales se razona, como razona el matemático sobre los números, podrán formar teólogos ó políticos; pero no engendrarán ni héroes ni mártires, porque las grandes acciones brotan siempre del corazón.

Pero no confundáis el sentimiento con el sentimentalismo, ni la sensibilidad con la extraviada *sensiblería*. Toda fuerza del corazón que paraliza la actividad ú ofusca la inteligencia, no sirve para gobernar al hombre. Este debe ser siempre activo, y aun en los casos más desesperados, debe luchar sin abatirse: la confianza y la fé pueden conducir al éxito, centuplicando las fuerzas.

VIII

Otra de las condiciones precisas para una buena sugestión, es inspirar en al educando una gran fé en su obra y una gran fé en el educador.

No se den jamás por satisfechos los padres y los maestros con que los niños ejecuten sus prescripciones al pie de la letra, sin la convicción íntima de su valor.

Cuando hay falta de convicción, el ánimo desfallece ó se toman medidas solapadas para obedecer, lo cual engendra esos caracteres hipócritas de que está plagada la sociedad, los cuales han sido la verdadera lepra de todos los siglos.

La hipocresía anula toda labor educativa. Si no sabéis

inspirar fé y convicción en el ánimo de los niños, haced al menos que aparezcan tal y como son, sinceramente buenos ó sinceramente malos.

Para inspirar fé en el ánimo de los niños, es menester sentirla. No se educa porque sí, sino con la fuerza de una convicción profunda; no con lo que se dice, sino con lo que se siente y más aún con lo que se hace.

Los niños son observadores de todos los detalles, y pronto perciben el vacío. El educador cuya conducta no puede servir por sí sola de lección, ó aquél que pone en contradicción la palabra con el hecho, muy pronto quedará desprestigiado.

El escepticismo en el padre y el escepticismo en el maestro es más peligroso que su ignorancia, por cuanto no han de formar sino viles engendros de la hipocresía.

IX

Tratando á los niños con amor y autoridad, les enseñaréis á amaros y á respetaros; pero no basta eso: es necesario que el niño se ame y se respete á sí mismo y ame y respete á los demás.

Ya hemos dicho que el amor ciego no es amor, sino idolatría, y con la idolatría se convierte el sér amado en sér desdichado.

Amar á un niño es muy fácil, sobre todo para una madre. Hacerse amar tampoco es empresa difícil para quien sabe tocar ciertos resortes del corazón. Pero hacer que el niño se ame y se respete á sí mismo, ya es empresa superior, porque se trata de contrariar la naturaleza de un sér que no puede ejercer gran dominio sobre sus actos, por el estado de su razón.

Porque amarse á sí mismo en sentido moral, es amar la vida, es amar la virtud; y el respetarse á sí mismo es re-

ñir bravas batallas contra todos los apetitos ó solicitaciones de la carne. ¿Cómo vais á exigir todo esto de un niño? ¿Cómo hacer del niño un varón fuerte y animoso?

Pensad que se trata de sujetar todos los actos al imperio de la razón y someterlos al tribunal de la conciencia. ¿Y donde está la conciencia? ¿Dónde está la razón?

Ser bueno «á solas» no es posible esperararlo de un niño. No ser malo «á solas» porque Dios nos ve. Esto es lo único que se puede conseguir.

La Moral y la Religión se dan la mano. Haced que el niño se ame y se respete á sí mismo, por no incurrir en actos nocivos ó degradantes. Que observe los animales y sepa hacerse superior á ellos; que no incurra como ellos en actos torpes y groseros; que no quiera ser bestia. Todo esto sin olvidaros nunca de Dios como padre y juez invisible.

X

El que se ama y se respeta á sí mismo, no atentará contra la salud de su cuerpo ni contra la moralidad de sus acciones.

El niño instintivamente busca el placer. Hay que hacerle pensar sobre esto. Debe saber distinguir el placer real del placer engañoso. El primero es fruto de la virtud; el segundo procede del vicio. Aquí se penetra ya en la jurisdicción de la conciencia.

Hágase observar al niño la satisfacción que se siente en el cumplimiento de sus deberes y despues de realizada una buena acción. Hay cosas que al niño no le gustan; pero si sabe que son buenas, porque se lo asegura la persona con quién esta en íntima relación de simpatía y dependencia, (fijaos bien: de simpatía y dependencia), el niño hará lo que se le ordena. Este será un esfuerzo de la voluntad contra la pasión.

Cometerá el niño una falta. Hacedle comprender entonces, no sólo que no ama á Dios, ni os ama á vosotros, sino que no se ama á sí mismo.

Aquel niño vuelve en sí y experimenta una desazón que podéis traducir por remordimiento.

Entonces, por una serie de actos de esa especie, el niño conoce que tiene dentro de sí un verdadero espejo que refleja todo su sér. Lo que importa es enseñarle ó penetrar en la conciencia y acostumbrarle á que vaya á buscar allí el fallo ó la sanción de todos sus actos.

El que tiene por costumbre atender á su conciencia, no tiene necesidad del fallo exterior ó de la opinión extraña; es bueno á solas, no más con atenderse á sí mismo y observar si encuentra satisfacción ó desagrado.

Pero ya lo hemos dicho: esto es demasiado para un niño y aún para muchos hombres cuya conciencia no está iluminada por una sana razón. El bien por el bien ó por horror al mal, claro está que es una gran cosa, porque prescinde de todo móvil egoísta.

Amar el bien por ser bien, que es amar á Dios por ser Dios, debiera ser la aspiración de la humanidad; pero nuestra condición terrestre, que es el punto de partida de que nos hemos servido, hace que *todavía*, desgraciadamente, muchos seres realicen el bien por la paga.

XI

«Ama á tu prójimo como á tí mismo». Respeta y haz que respeten á tus semejantes como tu quieras ser respetado por ellos.

Haced que el niño se penetre de estos preceptos, no para que se queden en teoría incrustados en su mente, sino para llevarlos en todas ocasiones al terreno práctico.

El amor al prójimo es una gran virtud porque aparta de

nosotros el egoísmo. Desde el momento en que se ama al prójimo, no por los servicios que puede prestarnos, sino hasta por las contrariedades que puede ofrecernos, se necesita un esfuerzo de voluntad superior al de muchas almas.

Para ello debemos cerrar los ojos á todos los defectos y considerar á los demás hombres como criaturas de Dios y hermanos nuestros. Debemos estimarles según su propio valor y según la conformidad de su vida con las leyes de la razón.

Debemos procurar á los demás hombres alegría y bienestar, evitándoles penas y zozobras, con tanta solicitud como lo haríamos para nosotros mismos. «Quiere para los demás lo que quisieras para tí». «No quieras para los otros lo que para tí no quisieras».

A cada paso debeis atajar al niño con estas reflexiones. La ley del amor debe imperar siempre en todos los actos de la vida. Pero ese amor debe ser más vivo con respecto á los que sufren

Excitad la compasión de los niños, moved todas las cuerdas de su alma para que se apiada del ser débil é indefenso á quien torturan, aunque se trate de un animal cualquiera, porque el que siente compasión por una pobre bestia que sufre, con mayor motivo la sentirá para una persona.

Moved siempre al niño á levantar al caído; á acudir á la defensa del débil; á respetar y socorrer la desgracia donde quiera que se encuentre; á ser amigo de aquel que abandonan los demás; á combatir con valor contra todas las injusticias sociales; á sacrificar su reposo y bienestar en favor de todos los que sufren, en una palabra, á ser soldado del deber, puesta su confianza en Dios.





CAPÍTULO V.

El sentimiento religioso.—Defecciones de hoy.—Espíritu de religión.—Los falsos creyentes.—Ejemplos vivos.—Idea de Dios.—La vida inmortal.—Aspiraciones.—En el fondo del alma.—Un paréntesis.—Enseñanza religiosa.—La religión en la Naturaleza.—El estetismo.

I

El amor al bien es, sin duda, lo que puede salvar á los hombres y el que con más empeño deben fecundizar en el alma de los niños los padres y maestros. ¿Pero de qué manera.?

Ya lo hemos expuesto en el capítulo anterior. De la manera más agradable posible; que el hecho le atraiga, que le sea simpático; porque aquí se trata de hechos, de casos particulares que se suscitan á cada paso en el seno de la sociedad y en la escuela misma.

Es menester repetirlo: educa más un acto que un sermón; impresiona más un hecho que todas las palabras. La imitación y el ejemplo son poderosos resortes para que el niño obre en tal ó cual sentido; pero tratándose de las buenas acciones, haced que obre por un movimiento espontáneo.

Tened en cuenta, además, que este mismo amor al bien, se fortalece y vivifica por el sentimiento religioso, sin el

cual quedaría sin firmeza ni apoyo para la mayor parte de los hombres y sin objeto para todos.

El sentimiento religioso, en sus justos límites, (porque hay sentimiento religioso exaltado), es el germen fecundo de la verdadera fé, es el origen de las más dulces esperanzas, es la piedra de toque de la caridad más pura, por cuanto conduce, no sólo á remediar todas las miserias y debilidades humanas, si que también porque predispone el ánimo y lo enardece para acometer empresas de verdadera abnegación y verdadero heroísmo.

¡Ah! no dejéis yermo el corazón de los niños, dejando de cultivar en ellos el sentimiento religioso, aun vosotros, padres, que teneis la desgracia de no creer en la vida del alma ni en la existencia de Dios!

II

En otros tiempos se imponían las creencias á la razón, y hoy tiende á imponerse la razón á las creencias. De aquí que muchos crean que eran ayer los hombres mejores que hoy, porque en su alma se albergaba la fé; pero debía ser una fé muy débil (dejando aparte algunos verdaderos creyentes), cuando imperaban bárbaros instintos y disolución de costumbres en todas las esferas sociales.

En pleno libre examen la sociedad moderna, esa misma fé ha sufrido numerosos desprendimientos, y sin indagar nosotros la causa, porque no es asunto de este libro, lamentando profundamente tan sensible abandono, trataremos de fijar algunos principios para la educación religiosa del niño en la familia y si cabe también en la escuela.

Mientras una gran parte de los hombres viven sin acordarse de Dios ú obran como si no existiese; mientras el más refinado sensualismo se ha apoderado del mayor número de las conciencias las cuales renuncian á todo

balance, porque su razón prevaricadora no concibe más destino futuro que las tapias de un cementerio, deber es de los que sentimos palpitar en nuestra mente los ideales del verdadero progreso, volver por los fueros hollados de la Religión santa que selló con su sangre el divino mártir del Gólgota.

No entraremos, empero, en los misterios de la fé, ni en las cuestiones del dogma, ni en los caracteres de la mediación, ni en la influencia de la gracia; pero tampoco divagaremos por las regiones de aquella especie de altruismo con pensamientos de religiosidad más ó menos remota que, por lo mismo que no se concretan, no pueden prestarse á una labor educativa.

Dejando íntegra la parte confesional á los ministros del culto y á los maestros con la enseñanza que la ley les señala, vamos á buscar una dirección religiosa para las familias, fundada en el cristianismo, sin aquel espíritu intolerante y estrecho que seca los corazones como el cierzo helado seca la savia de las plantas.

III

Una religión de amor, respeto y confianza que empiece por hacer del niño un creyente y acabe por constituirle un hombre de bien. Negar esa religión á la juventud, es negar el oxígeno á los pulmones, es negar el alimento á los órganos, es negar la luz al aparato de la visión.

Esa religión de amor, respeto y confianza, es la única que puede imprimir á la sociedad un carácter espiritualista y moral que jamás se debilita, porque está fundado en la doctrina del Redentor y porque llama hermanos á todos los hombres.

Esa religión no excluye las prácticas del culto; antes bien las vivifica por medio de un espíritu esencialmente

cristiano, repeliendo, eso si, toda mojigatería repugnante y sacrílega, apariencias sin realidad, letra sin espíritu, máscara muchas veces de viles pasiones con aires de beatífica devoción.

No, la Religión no debe alimentar en su seno semejantes larvas que se forman en todas las podredumbres sociales y hasta se refugian muchas veces en el templo para infectarlo. La Religión es amor y caridad con todos, y se practica, no sólo en el templo, sino en todas partes; no sólo en los días de fiesta, sino en todas las horas del día.

Todos los actos de la vida deben ir informados por la Religión; ella debe regularizarlo todo y regenerarlo todo: el individuo, la familia y el Estado. El labrador en el campo, el obrero en la fábrica, el empleado en las oficinas, el comerciante en su despacho, el artista en su estudio, el gobernante en su gabinete, el hombre de ciencias en sus investigaciones, todos han de vivir penetrados de ardiente celo y de sentimientos honrados, justos y generosos, bajo la mirada de Aquél de quien emana toda virtud y sabiduría.

Regeneradores de la sociedad moderna, ese es el camino.

IV

Conviene señalar una tendencia muy marcada en la sociedad de hoy acerca de una especie de mixtura entre religión y epicurismo que pretenden formar ciertos hombres, en el fondo descreídos y escépticos, los cuales aparentan ser muy religiosos, no ya por hábito rutinario, sino por cálculo.

Apasionados estos hombres por los bienes de la tierra, y no queriendo que nadie se los dispute; ó deseando gozar á sus anchas de su posición, evitando que ninguno conspire contra ella, pretenden encerrar á sus subordinados en un

círculo de religiosidad y escaparse ellos por la tangente.

Empiezan muchos padres de familia.—¡Oh! yo me río de la Religión, pero el que tiene familia es menester que contribuya en todas las prácticas del culto, proporcionando educación religiosa á sus hijos, á fin de que no se perviertan, porque ya se sabe que los niños necesitan de un freno que los contenga. Estos hombres confunden la Religión con el freno que sujeta á los caballos.

Vienen otros, caciques, industriales ó lo que fueren, los cuales no tienen escrúpulo en hacerse ricos con los sudores de infelices obreros; pero que aparentan ser muy religiosos y muy honrados, porque la Religión para ellos es garantía de orden, sin la cual toda la chusma se subiría á las barbas de las personas acomodadas, y los trastornos sociales, según dicen, no les dejarían vivir en paz. Ved aquí la Religión convertida para esos hombres en un agente de orden público.

Siguen muchos hacendados y por su parte quieren también mucha religión, mucho cielo esplendoroso, mucho infierno tremebundo, porque si nos apartásemos de todo esto, dicen: ¿quién guardaría nuestras fincas? ¿Quién evitaría que aparceros y colonos nos presentasen unas liquidaciones desastrosas? Vamos, estos señores desean que la Religión se constituya en guardia rural para ejercer vigilancia en los campos.

Eso es, mucha religión para obtener obediencia, conformidad, sencillez, y entretanto que los unos están mirando al cielo, los otros harán su Agosto sobre la tierra; pero llega un día en que cae la venda y de aquí esos desprendimientos de la fé cristiana. Ni la peste bubónica hace tanto estrago como los falsos creyentes.

No, mil veces no. La Religión es necesaria para todos y en todas las situaciones de la vida. Los niños deben ser educados religiosamente, para que vivan religiosamente cuando hombres, en perspectiva de su destino futuro. Para ello es necesario hacer sentir la Religión y fomentarla por medio del ejemplo, de las clases directoras sobre todo.

V

Tal vez habrá quien encuentre que nos apartamos del objeto de este libro con ciertas digresiones fuera del terreno pedagógico; pero necesitamos algún deslinde, por cuanto no es todo oro lo que reluce.

Aspiramos á una educación religiosa verdad, no á estos simulacros y rutinarismos que nos han llevado á la tremenda crisis actual. Aspiramos á una educación religiosa cuyas raíces penetren y se ramifiquen por todo el cuerpo y por toda el alma, á fin de que todos los actos de la vida vayan informados para esta educación.

Pero ya se sabe que para educar es menester sentir, y para educar religiosamente es menester, además, sentir la llama de la fé.

El niño obra movido por la imitación y el ejemplo, hasta que el estado de su razón le permite obrar de otra manera. Siendo así, influirá más en las determinaciones de su voluntad la honradez del padre y la piedad de la madre, que todos los trabajos de su profesor y todos los catecismos.

Necesitamos ejemplos vivos, y éstos no se improvisan de cualquier manera. Los padres en su gran mayoría, son hombres de negocios ó de trabajos manuales, quienes para atender á la subsistencia de la familia, abandonan la educación de sus hijos; pero ofrezcan siquiera el ejemplo constante, y la piedad de la madre hará el resto.

Aun aquellos padres que viven en la inmersión de un ambiente nocivo, deben salirse de él para respirar las auras refrigerantes de la virtud, seguros de hallar recompensa, ya en este mundo, con la salvación de sus hijos.

Todo consiste en que aquellas criaturas se sientan movidas por una misteriosa voz que les diga: ¡Miraos en ese espejo!

VI

El sentimiento de piedad filial es el primer germen del sentimiento religioso. Los sentimientos de amor, respeto y confianza de que hemos hablado anteriormente, los cuales deben mover el corazón del niño para dotarle de piedad filial hacia sus padres, os han de servir después para introducirle en los dominios de la Religión.

El niño se elevará por grados de la piedad filial á la piedad religiosa. Naturalmente ha de ir comparando y asimilando los atributos de la Divinidad con las impresiones que siente en vista del mayor poder, sabiduría y bondad de sus padres ó de sus maestros.

Necesita el niño imágenes sensibles que hieran su mente. Claro está que no conviene sensibilizar la idea de Dios hasta el punto de considerarlo como un anciano sentado en un trono de rubíes y esmeraldas, con luenga barba y ojos más brillantes que la luz, porque esto sería ponerse en contradicción con la razón y con la fé que consideran á Dios como á espíritu puro.

Preferimos retardar la educación religiosa bajo este punto de vista, antes que darle falsas ideas de la Divinidad.

A Dios se le debe conocer, amar y reverenciar por sus obras. Comprenda el niño que hay un poder superior al de su padre, en vista de todas las maravillas de la Naturaleza; comprenda que hay una sabiduría más alta, en presencia de todos los fenómenos, y comprenda, en fin, que hay una bondad más suma, al observar los admirables dones de la Providencia.

La idea del *poder*, aislada, dice el sabio Pestalozzi, no produciría otro sentimiento que el del *miedo*; la *sabiduría* excitaría tan solo la *admiración*; la *bondad* conduciría tan sólo al *amor*. Pero la unión de las tres impresiones engendra, en su más alto grado, el *amor, respeto y confianza*, que son las partes constituyentes, por decirlo así, del sentimiento religioso.

VII

Ha desaparecido la superstición y la ciega credulidad de otros tiempos, porque ha desaparecido la ignorancia; pero en cambio nos sentimos ahora agobiados por la incredulidad, ó cuando menos por la duda. Ábranse los horizontes de una vida inmortal, y se apartarán los hombres de los groseros *ideales* del puerco cebado, origen de todas las desventuras.

El niño debe ir conociendo su propia naturaleza, observando que es un espíritu revestido de órganos. Nuestra condición terrestre no nos permite ver muy claro en este punto que, por otra parte, no nos corresponde dilucidar.

Pero una intuición maravillosa, iluminada por la llama de la fé y mantenida por una aspiración de justicia, nos hace levantar la vista hacia la inmensa bóveda de los cielos donde palpitan infinidad de mundos, y nos induce á creer en la existencia de ese *yo* personal después de la muerte.

Por otra parte, la Religión nos enseña y la sana razón comprende, que nuestra entrada en la vida futura está determinada por nuestra vida presente, según el uso que hayamos hecho de nuestro albedrío: de donde lógicamente se desprende, que nuestro trabajo en esta vida no será estéril, pues recogeremos el fruto en la otra.

La doctrina de los premios y castigos en la vida futura influye poderosamente en la educación, no hay que dudarlo; pero, por Dios, no entreguéis en absoluto al niño á esas miras interesadas, sinó por cuanto tienen de relación con la suprema justicia.

El que se abstiene del pecado por la *única razón* de que el pecado lleva en sí un castigo terrible, no es un sér moral. Debemos apartarnos principalmente del mal por ser mal, por no hacernos despreciables á nosotros mismos y por no ofender á Dios que nos está mirando.

VIII

De esta suerte la idea de la inmortalidad se robustecerá en la mente del niño, á medida que se robustezca su razón. Cuando el hombre ve desaparecer de su lado á una persona querida para siempre, y no concibe la esperanza que alienta el corazón del creyente, queda anonadado.

¡Oh! la muerte es la gran reveladora. Todo pasa, todo cambia, todo se transforma á nuestro alrededor. Edificamos sobre ruinas. Luchar contra la adversidad es un deber. Abandonarse, dejarse vencer sin defenderse contra las contrariedades de la vida, es de almas débiles y cobardes. Sólo cuando surge lo inevitable y lo invencible hemos de apelar á la resignación.

¿Qué es un hombre sin creencias? Una arista que se lleva el viento de la adversidad. Quitadle el público y es un mísero, pues sólo es valiente con el aplauso ó el que dirán de la multitud.

Con la fé se obran prodigios. El hombre profundamente convencido permanece inquebrantable ante el peligro como en medio de las pruebas. Este hombre es de la pasta de los héroes y de los mártires.

Esto debemos hacer del niño: un creyente, fiel siempre á la consigna del deber. Para ello tenemos las cosas de Dios y las cosas de los hombres. Los magníficos espectáculos de la Naturaleza le harán creer en Dios, le harán amar y reverenciar la causa de las causas y el amor de los amores.

Con el tiempo adquirirá también cierta experiencia de la injusticia de los hombres, de la pobreza humillada, de la maldad impune y muchas veces triunfante, por donde, movido por un sentimiento innato de justicia, aspirará á un mundo mejor, á un juez inflexible, al Dios padre universal de todas las esferas.

Entonces, por su propio esfuerzo, que ésta es la *dura lex* de la condición del hombre, penetrará en el mundo del infinito, y saliendo de su corazón, no de sus labios, se elevará de él ferviente súplica con aquella sublime oración: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre!.....»

IX

Una de las principales direcciones, casi diríamos la única, para una buena educación religiosa, es hacer que asome el sér á quien se educa en el mundo que lleva dentro, ó sea en las regiones del alma, por las ventanas de la conciencia.

Ya hemos hablado de esto en el anterior capítulo, solamente que aquí lo hacemos ya con una garantía soberbia, cual es el convencimiento de otra vida, continuación de la presente.

El alma es un mundo que llevamos dentro. Todas las desgracias que lamentamos en la vida humana dimanan, no lo dudéis, de que los hombres, para atender á la vocifería y tumulto de las pasiones, no se asoman en el mundo del alma.

Allí todo convida al bien; allí se encuentran verdaderos oasis de ventura, eternos verdores de felicidad de que puede gozar el hombre que se haya creído el ser más desgraciado de la tierra, porque allí está Dios que nos depara una alegría para muchos desconocida, aunque sea la santa alegría del dolor.

Para ello no se requieren grandes esfuerzos; para descender ó asomarse á este mundo inefable, basta tan sólo considerar las cosas del mundo material tal como son, de manera que se trata de divorciarse de la ilusión y desposarse con la verdad.

Y la verdad es que las cosas de este mundo material son á todas luces falaces y pasajeras. La idea de la caducidad de lo terreno debiera obligar á los hombres á refugiarse en sí mismos, al terminar sus tareas cotidianas, para arreglar sus actos del día siguiente, como quien arregla su equipo en vísperas de emprender un viaje.

Esto debiera ser el objeto de todas las familias; el *arreglo de su equipo*, del padre, como padre; del hijo, como hijo, aunque á decir verdad, los padres pueden educarse mediante la educación de sus hijos, haciéndoles asomar en aquel mundo interior de que hemos hablado.

X

Tarea ímproba y difícil parecerá á algunos lo de educar al niño bajo el triple aspecto físico, intelectual y moral-religioso, convirtiéndose un padre y una madre en maestros de sus propios hijos.

Bastante hemos hablado de la escuela y del maestro, en cuanto se puede esperar sobre asunto de educación escolar, y por lo tanto nos creemos dispensados de repetir conceptos.

Cuando las escuelas de niños sean informadas por otro sentido pedagógico, y lo mismo las de niñas, de esas escuelas podrán salir criaturas dotadas de unas condiciones adaptables al buen vivir, mientras no se desvirtuen en el seno de la familia; y cuando se establezcan escuelas de adultos obligatorias en sentido más racional y más humano, esos centros podrán remitir á la sociedad hombres ya formados y aptos para realizar sus destinos. De arriba debe venir todo: celo, moralidad y ejemplo.

Porque mientras los de arriba, ó sean las clases directoras, se hayan encumbrado por la injusticia y autoricen la inmoralidad para sostenerse; mientras las teorías de

ciertos hombres no se conviertan en prácticas, sustituyendo á los torpes egoismos las virtudes cristianas, no esperéis que los de abajo mejoren gran cosa; mejorarán tan sólo aquéllos que sepan hacer abstracción de ciertos hechos y de ciertas cosas.

Algo iremos adelantando. Por lo demás, creemos haber probado que la educación en la familia puede realizarse fácilmente, mucho mejor que en la escuela, aunque reconocamos en ésta su misión educativa.

XI

Enseñando al niño á penetrar en el fondo del alma, mediante atinadas reflexiones, le enseñaremos á someterse sin trabajo á todas las imposiciones de la vida, dándole fuerza y energía para soportar las penalidades y cumplir sus deberes.

Le enseñaremos, además, á ejercer la virtud de la benevolencia para con sus semejantes y el olvido de los agravios, porque, puesta su confianza en Dios, apreciará de un modo distinto las obras de los hombres, no con el corazón desecado, sino con esa fuerza expansiva que nace de una voluntad bien ordenada.

También le enseñaremos á ser feliz con esa alegría sin nombre que se desprende de los corazones inundados de amor hacia todos los seres de la Naturaleza y por la Naturaleza misma: el hombre, el animal y la planta, conforme el destino de cada uno.

Pero hay que ir á beber estas sacrosantas inspiraciones, no en el precepto descarnado y frio, sino en la vida íntima de la conciencia, en el sentimiento mutuo, en presencia del hecho claro, tangible, sin mixtificaciones, conducido el niño por su padre ó por su madre, hasta que se le revelen iniciativas propias que no han de tardar.

Inducid al niño á que respete la planta, á que no aplaste la hormiga, á que no aprisione el pájaro, á que no apalee la pobre caballería, y veréis como de una esquisita sensibilidad, (no sensibilidad mujeril) nacen otras virtudes superiores con relación á sus semejantes.

XII

La Naturaleza nos invita á una vida honrada, sobria y sencilla. Cuanto más se aparta el hombre de ella, más se complica su existencia, más falsa es su posición en el mundo, como la del niño separado del regazo maternal.

La Naturaleza no la forman tan sólo las perspectivas de los campos; es todo el mundo físico, todas las cosas creadas, incluso nosotros mismos, conjunto armónico que tiene su esencia, su actividad y sus leyes, y bajo este sentido decimos que apartándonos de todo esto, nos sentimos complicados en los enmarañados artificios que hacen la vida arrastrada y penosa.

Así es que la vida en el campo, observada con inteligencia, despierta en nosotros un amor creciente hacia la Naturaleza y nos ofrece una enseñanza tan sólida como fecunda, una paz benéfica y unos placeres sencillos y agradables.

Mas esto no implica que para amar la Naturaleza, no para adorarla con un extraviado misticismo, tengamos que vivir precisamente en el campo; pero bueno fuera visitar con frecuencia aquel teatro de puros gozes y grandes magnificencias.

¿Qué puede aprender un niño en el campo?

Fuera de las enseñanzas que nos ofrece la vida animal y vegetal juntamente con los variados fenómenos atmosféricos; fuera de la regeneración vital que se realiza en el gran aire con un saludable ejercicio, allí la vida moral y religiosa halla asimismo su propio ambiente.

Sencillez, verdad y belleza. ¿Créis fútil ó despreciable todo esto?

Los campos cultivados conservan átomos de aquella pureza primitiva que, sin la rustiquez y malandanza de aquellos tiempos y con los elementos de ahora, pueden formar una probidad culta. Asociándonos á tan gratos recuerdos, sentiremos algo de bucólico, patriarcal y religioso que informará nuestras costumbres.

El amor á la Naturaleza es el amor á la verdad, porque es la obra de Dios que no puede mentir. Allí no hay disfraces; es un realismo puro que, descartando algunas desnudeces, aunque muy pocas, se puede hacer sentir al niño como al hombre, con luminoso éxito.

La contemplación de las cosas bellas inspira pensamientos bellos también, y no hay duda que esta belleza la tenemos en los campos. Las flores son bellas, como lo son los árboles con sus hojas, los pájaros con sus plumas y las mariposas con sus alas.

Pero la actividad debe sazonarlo todo. Cultivando la tierra, sembrando un árbol ó criando algunos animales útiles, aplicando á ello todas las fuerzas de la inteligencia y del corazón, es como se vive.

Si creís que todo esto no es más qué poesía ¡bendita sea!

XIII

El bien, la justicia, la verdad y la belleza no son en el fondo más que una sola cosa que vienen á formar el *organismo* de nuestra santa Religión. Leed la doctrina de Jesucristo y veréis aparecer en ella todas esas múltiples fases de la esencia divina.

No es posible en tan corto espacio discurrir sobre la belleza, ni como real ni como eterna. Hemos de concretarnos á la enseñanza estética como continuación de la enseñan-

za religiosa, pues el sentimiento religioso y el sentimiento de lo bello nos parece que tienen algo de común entre sí, siempre que la belleza no se aparte del bien.

En presencia de las cosas bellas, la voluntad se siente impulsada á imitarlas, y de aquí los más hermosos actos y las más hermosas creaciones. Acostumbremos al niño á sentir la belleza en cuanto le rodea y aficionarlo al buen gusto. En cualquier estado ó condición social esto es posible.

El hábito de la limpieza, del orden y del arreglo en los libros, en el vestido y en los muebles: he aquí un principio de buen gusto. El anhelo de ir á estudiar en un jardín, mejor que en una habitación cerrada, he aquí una aspiración á lo bello.

Hacedle detestar al niño las palabras soeces, los gestos indignos y las actitudes innobles, y aun descendiendo á otro terreno, haced que desdeñe toda exageración ó afectación en modales, colores, sonidos, etc., por cuanto hay una porción de cosas que conspiran contra el buen gusto.

Volviendo al sentimiento de lo bello considerado en su plenitud, despertemos en el niño aficiones artísticas, difundiendo en las escuelas la enseñanza de la pintura, de la poesía, de la música y del canto.

Sobre todo del canto. Los cantos escolares ó los coros infantiles tienen una influencia mágica en la educación. Pero el canto ha de nacer del corazón y se ha de recorrer con él toda la escala del sentimiento.

Cánticos de alabanza al Señor, la plegaria, los himnos patrióticos, la vida social infantil, el trabajo, el amor, la familia, el deber, todas las grandes aspiraciones de la humanidad debieran hacerse sentir por medio del canto en las escuelas, engarzando en cada nota un sentimiento.

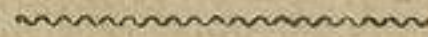
La educación estética debe al canto sus mejores conquistas.



LIBRO IV



La Enseñanza





CAPÍTULO I.

Concepto de la enseñanza.—La acción del maestro.—El maestro con respecto á la enseñanza.—La manera de enseñar.—Hacer la enseñanza viva.—El lenguaje apropiado.—Soluciones pedagógicas.—Vicios tradicionales.

I

Volvemos á encontrarnos en el campo natural de nuestras operaciones, como es la Escuela, para tratar en esta última parte de nuestras delicadísimas funciones.

En el libro anterior he tratado de eliminaros en cierto modo de una gran responsabilidad, como es la formación del carácter del niño, el cual debe modelarse principalmente en la familia, aunque á nosotros nos correspondan no pocas iniciativas.

Tales iniciativas debemos despertarlas por medio de la enseñanza, que no debe ser simplemente función intelectual, sinó que ha de encaminarse á fomentar y dirigir todas las fuerzas del niño, penetrando en la verdadera entraña, como es la integral naturaleza.

Porque no es el objeto de la enseñanza primaria, ni debiera ser tampoco el de la superior, la incrustación de cosas pasivamente aprendidas y almacenadas, para sacarlas despues á pública subasta en el mercado de la vida; sistema intelectualista que por desgracia priva todavía, no:

la verdadera enseñanza es muy otra: ha de ser educativa, racional, armónica, progresiva, adecuada, práctica y palpitante.

Os hablaré de la enseñanza en general, porque no me será posible extenderme en cada una de las materias. Esto, ó sean las normas y ejercicios especiales, podrán ser objeto de una segunda parte de esta obra. En la presente cuento tan sólo fijarme en algunos puntos capitales. Dios haga que salga en bier de mis propósitos.

II

La acción del maestro en la enseñanza no tiene límites demarcados. En vano se tratará de confinarla en unos programas más ó menos estrechos, más ó menos amplios; él los rebasará hasta donde alcance su mente. Es verdad; ahí, en el alcance de su mente están las fronteras.

No me refiero aquí precisamente al maestro primario, sino al que trasmite su saber á otro. Decidme: ¿qué campos no explora? ¿en qué esfera no penetra? ¿cuáles emociones del alma no caen bajo su dominio?

A veces se os tratará de pedantes y necios á vosotros, émulos de Pestalozzi, porque intentaréis elevar el alma de vuestros discípulos á las regiones donde se remonta la vuestra, bien ó mal dirigida; pero aunque yo os grite ahora y os griten todos los pedagogos del mundo: «No seais Icaros, no pretendáis volar con alas de cera», no escucharéis á nadie y seguiréis vuestra proyección hasta haber extinguido todas las fuerzas.

La misma enseñanza trae todo eso, mayormente al principio en que uno ejerce de maestro, por más que sea desatenderse de todos los tópicos y de todas las conveniencias. Es un valor temerario que os imputan y que hasta en los veteranos en la carrera se deja sentir en ocasiones, solamente que nosotros sabemos refrenarlo á veces.

III

Habéis ganado unas oposiciones en buena lid. Nada debéis al favor ni á la influencia, que en nuestra patria se antepone á muchos méritos para pescar ciertos destinos, los cuales se convierten en merienda de paniaguados.

Sabéis al dedillo todas las asignaturas, ó á lo menos podéis contestar á todos los programas. En Religión y Moral no hay pregunta que se os escape; en Gramática habéis llegado á los últimos linderos con el análisis lógico del lenguaje; en Aritmética resolvéis los problemas más intrincados con aplicaciones algebraicas, *et sic de cæteris*.

Pero ¿quién os ha dicho que podiais enseñar todo esto como Dios manda? ¿Quién os dá patente de maestro? No me digáis que el Ministro ó el Director de instrucción pública ú otra cualquiera autoridad facultativa, porque estos señores no se meten en pájaros pintos de la enseñanza.

Debéis empezar por entrar á cuentas con vos mismo y preguntaros:—De todo lo que sé ó creo saber, ¿qué es lo que debo enseñar? ¿Cómo lo debo enseñar?

Aquí es menester una mente trabajadora, paciente y tranquila que vaya en busca de la verdad por el constante análisis de las materias que trate de enseñar; no para encontrar el resultado como única tarea educativa. Es necesario saber buscar todas las relaciones, dependencias y conexiones por medio de las cuales aquel resultado se puede alcanzar.

De todo lo cual se deduce que el buen maestro no da claro indicio de serlo, ni al salir de la Escuela Normal, ni después de unos brillantes ejercicios de oposición, ni siquiera con haber ejercido medio siglo, si no ha procedido á un buen análisis de las materias que ha tratado de enseñar.

IV

Es necesario que os penetréis del sentido de todo esto, porque se trata nada menos que de vuestra aptitud y de ese *comme il faut* de la enseñanza. Vale la pena de discutir un poco.

Estáis en presencia de varios alumnos á quienes tratáis de enseñar sobre una materia cualquiera. Desde luego es de suponer que os sentís en posesión de los conocimientos necesarios para enseñar aquella materia.

Ante todo no debéis consideraros como un autócrata cuyos decretos se imponen á la fuerza. Sois un tranquilo *razonador*, dueño del análisis de aquella materia para poder explicar la causa y razón, el uso y relaciones de todas las partes.

Debéis llevar á esas mentes que os esperan la convicción de la verdad, y para convencer es necesario razonar, y para razonar científicamente, precisa saber desmenuzar pieza por pieza y presentarlo todo á la vista, palpable, asequible, bien dispuesto para ser introducido y asimilado.

Muchos creen que esa *aptitud para enseñar* es un dote natural ó una especie de instinto que en vano puede adquirir el que no ha nacido con tales disposiciones.

No señor; el maestro no nace, sinó que se forma, y el camino más expedito para formarse es estudiar con ánimo sereno los efectos de su enseñanza, la racionalidad de sus procedimientos y la forma que debe imprimir á los ejercicios.

Animo, jóvenes, y veréis cuán hermosa es la tarea.

V

Ahora bien; ¿cuál es el orden natural de presentar un asunto dado? ¿Qué facultades del niño debemos con-

mover? ¿qué principios tenemos que emplear?

Ciertamente que el que posea la habilidad de determinar todo esto, poseerá en alto grado *el arte de enseñar*.

No es muy fácil establecer pautas uniformes ó principios generales adaptables á todas las materias de enseñanza, pues cada una de ellas tiene su propio *organismo*, y lo que conviene á unas puede no convenir esencialmente á las otras.

Claro está que siempre se ha de proceder de menos á más, de lo simple á lo compuesto, de la intuición sensible al concepto abstracto; pero no basta eso.

Los principios apuntados, que veréis descritos en todos los tratados pedagógicos, son muy vagos, no siempre *desmenuzables*, y en algunos casos carecen de aplicación. Aquí lo que necesitamos saber es la manera de dar vida á un cadáver.

Yo quisiera poder personificar entre los niños de la escuela todos los asuntos de enseñanza, desde las letras del alfabeto hasta la constitución de un ministerio nacional. Las cifras de la aritmética, las partes de la oración gramatical, los puntos cardinales y sus intermedios, las provincias de España, los países de Europa, las unidades del sistema métrico, los cuerpos planetarios y sobre todo una infinidad de cuadros sociales y religiosos de la vida.

No hay éxito comparable como el que ofrece la enseñanza personificada en los niños de una escuela; pero no hay dificultades mayores como las que se presentan para organizar y mover las partes actantes.

Por manera que hemos de remitirnos á adoptar los ejemplos más sencillos que hieran en lo posible la inteligencia del niño, atrayendo su atención sobre un objeto cualquiera, empezando por colocarse el maestro en condiciones de *buena voluntad* para con sus discípulos.

Algunos maestros, como dice el americano Mansfield, consiguen la confianza de sus alumnos por medio de un entusiasmo completamente franco y sincero en la materia objeto de su enseñanza; otros por medio de las virtudes

más suaves del corazón, atrayendo por las cuerdas del amor; otros en recompensa de un acto, que prontamente se ajusta á los movimientos bien entendidos del espíritu.

¿Sabéis vosotros lo qué significa todo esto en una palabra? Devoción.

VI

No importa que en otra parte, al tratar del acceso del maestro en el espíritu del niño, os haya hablado de la claridad del lenguaje, para que ahora bajo nueva forma os lo recomiende.

Ved que se trata de dar vida á la enseñanza, y como ésta se transmite por medio del lenguaje, es necesario adoptar una dicción clara, insinuante, apropiada á las tiernas inteligencias que intentáis desenvolver.

Pero tened en cuenta que la claridad de la elocución depende principalmente de la del pensamiento, porque para que los demás nos entiendan es preciso que nos entendamos á nosotros mismos; es preciso que el maestro acierte á emplear el lenguaje como un buen espejo, en el cual pueda verse fielmente retratada su alma.

Nada de pretender figurar como orador; precisamente un buen orador no serviría para maestro.

Adoptad, si, una oratoria especial. ¿Sabéis en qué consiste esta oratoria? En saber penetrar en el mundo de los niños, no para confundiros con ellos como muchos se figuran, sino para elevar su inteligencia, arrancando su vuelo de las impresiones que les hagáis sentir.

Eso es. Impresionad á los niños y seguid paso á paso su pensamiento, á fin de que ellos mismos levanten su mente de los objetos sensibles hasta la completa posesión de la idea.

Para hablar á los niños con un lenguaje apropiado, no sólo es indispensable que éste sea claro, sino que revista

naturalidad en la forma y tenga sencillez en el fondo.

Pero esta misma realidad no debe estar divorciada de la cultura ni de aquel grado de dignidad que debe acompañar al maestro en todos sus actos. Entre la ridícula afectación del pedante, y la rusticidad del patán grosero, existe un justo medio, que es la urbana naturalidad de las personas bien educadas.

Por lo demás, haced por convertir el arte en una *segunda naturaleza*.

VII

Conviene no perder jamás de vista el fin de la enseñanza, forma y medio de realizar la educación; pero esto es el fin general en cuyo dominio se destacan otros fines particulares que debe el maestro constantemente perseguir.

Dejando aparte la acción de la familia, de la cual hemos hecho depender principalmente la educación del niño, esto no arguye que el maestro deje de considerarse educador, y á este fin la escuela tiene que preparar al niño para la vida, cultivando las energías que concurren á realizarla.

Bajo tal concepto la enseñanza en la escuela requiere una tendencia que movilice para hacer práctico el saber, no artículo de lujo ni adorno postizo. Se trata del saber para vivir como criatura racional, ó sea como hombre.

Pero como quiera que la corta y trivial permanencia de un niño en la escuela no da lugar para realizar el objeto de la enseñanza, el maestro, no sólo debe despertar las energías mentales del niño, sino fomentarlas, disciplinarlas y dirigir las por medio de ejercicios de inteligencia, á fin de *ponerlo en condiciones de adquirir por su propio esfuerzo*.

No me hallo en el camino de las teorías sin práctica ó en el terreno de las simples especulaciones. Ya en otra

ocasión os dije que para despertar y fomentar aquellas energías, el maestro siempre tenía á su disposición dos recursos abiertos: la lectura razonada y las lecciones de cosas.

Por otra parte, sin perseguir el maestro en absoluto el fin utilitario de la enseñanza contra el cual todos debemos declamar, debe proporcionar á los niños conocimientos positivos de fácil aplicación, no extraviándose nunca ni haciendo extraviar á las tiernas criaturas en ciertas elucubraciones filosóficas ó científicas que no son del caso.

VIII

Las soluciones que acabo de presentaros exigen que arranquéis de cuajo algunos vicios de antigua ralea, que Dios sabe cuando acabarán de extinguirse por completo.

El primero y más fundamental de estos vicios, el que exteriliza toda obra de enseñanza, es el sistema de enseñar á *imitar* ó *repetir* más bien que á pensar.

Ved la China, un pueblo de más de trescientos millones de habitantes, casi la tercera parte de la raza humana, pueblo imitador por excelencia, tanto en las ciencias como en las artes. ¿Qué le debe la humanidad en materia de instrucción? ¿Qué paso ha adelantado en materia de progreso? Ahi tenéis un país muerto porque se ha cerrado á toda innovación, porque allí sólo impera la rutina.

Maestros rutinarios todavía existen, que aferrados á sus procedimientos como el pólipo á la roca, huyen de formar el sér pensante para construir el mero autómeta. De manos de esos maestros salen esos hombres inútiles que nunca investigan y se quedan cual boyas perezosas sobre el Océano de la humana existencia.

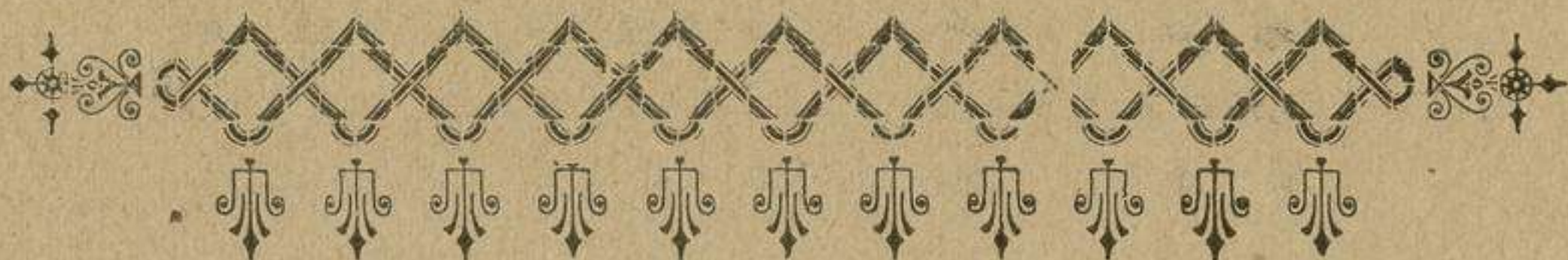
Otro de los vicios que enervan la enseñanza es la *monotonía*. ¿Cómo queréis que la natural vivacidad de los

niños se acomode á este *hacer siempre lo mismo* de las escuelas, desterrando de ellas la variedad en los ejercicios, la amenidad en las lecciones y el buen gusto en todas las tareas?

Observad los libros de texto, tocante á la lectura. Adopta un maestro un libro y no hay quien se lo arranque de sus manos, sobre todo si el libro es de su cosecha. Claro está que aquel texto llega á leerse con fastidio. Pero si en vez de una colección de libros se poseen cinco ó seis colecciones, habrá una renovación constante que deberá influir en la enseñanza. Mejor fuera todavía un periódico infantil que se renovara todas las semanas.

No os hablaré de los vicios que se contraen á la enseñanza intelectualista, memorista y librotesca, por haberlos señalado ya en otros capítulos y porque vamos á entrar de lleno en el método que puede destruir toda esa *impedimenta* embarazosa que paraliza, ó entorpece cuando menos, la acción del maestro.





CAPÍTULO II.

En qué consiste el método activo.—¿Es aplicable en nuestras escuelas?—
Obstáculos que se presentan.—Un procedimiento nuevo.—Prevenciones.—
Contra la corriente.—La manera de empezar.

I

Hasta ahora nos hemos referido principalmente á la acción del maestro en punto á enseñanza, faltándonos discutir, por consiguiente, sobre la acción del niño, puesto que él debe ser el principal factor de su propia educación.

Es menester que el niño obre por su cuenta, una vez excitado y dirigido por el maestro; es menester algo de esfuerzo propio, de trabajo personal, y en ello se funda lo que llamamos *método activo*, porque estimula la actividad del niño con el desenvolvimiento de *todas* sus fuerzas.

Por manera que el método activo no se limita á ejercicios de inteligencia, sino que abarca el individuo por entero, porque por entero vive y por entero se manifiesta. Así es que, además de la inteligencia, debe trabajar la voluntad y el sentimiento, como deben trabajar también los órganos: todas las energías anímicas y corpóreas caen bajo el dominio de dicho método.

En la escuela enseñamos á hablar, y aunque aprende también el niño varios trabajos mecánicos como la escritura y el dibujo, esto es muy poco; el niño debiera *hacer* más. Aquel principio activo que se revela ya en la criatura de pocos meses, y del cual hemos hablado, no se favorece ni se aplica bastantemente.

Pues qué! se nos dirá. ¿Queréis complicar más todavía la marcha de la escuela? ¿Queréis convertir en una especie de *maitre Jacques* al profesor de instrucción primaria?

No es eso. La escuela, organizada como se halla, no puede desarrollar el niño por completo; pero convenid en que, aun aplicando el método activo á la enseñanza, la educación no deja de ser incompleta.

Porque siempre resultará que educamos una sola facultad del niño: la inteligencia.

II

El niño no puede permanecer nunca inactivo en la escuela. Si no le ocupáis en algo, él se ocupará en cosas las más veces sin provecho. Cuando un niño enreda ó importuna en la escuela, es, ó porque no tiene nada que hacer, ó porque lo que hace le está aburriendo.

No hay que darle vueltas. La sangre infantil es de suyo bullidora. Por esto convendría hacer trabajar constantemente al niño en diversos sentidos; favorecer todos sus ensayos y tratar de conducirle á que todo lo que haga corresponda á un fin racional.

Ah! si nuestras escuelas fueran otras! ¡Si se pudiera disponer de locales y personal suficiente para formar hombres!

Y mirad: aun siendo tan peores como son, quitándoles toda su hojarasca, tal vez podríamos intentar algo en el sentido de desarrollar las fuerzas del niño bajo el punto de vista físico; en promover su atención, interés, perseverancia y paciencia; en acostumbrarle al orden, exactitud

aseo y corrección; en despertarle algunas habilidades y fomentar la independencia y confianza en si mismo; en.....

¿Pero cómo vamos á efectuar todo esto? Pues ejercitando su pensamiento, su vista, sus manos, sus brazos, sus piernas, todo; haciendo que de la misma manera que escribe una carta ó resuelve un problema, construya material de enseñanza; forme un metro, trace un mapa, construya figuras geométricas, elabore un museo, colecciona, clasifique, maneje algunos instrumentos, obre, en fin, en todos sentidos, que éste es el objeto del método activo.

III

Si empezáramos por desterrar la mayor parte de las lecciones de memoria y reducir á sus justos límites la enseñanza librotesca, algo habríamos adelantado para introducir en las escuelas una porción de enseñanzas útiles y labores educativas.

Pero es claro; si un maestro no sabe enseñar más que con el libro en la mano; si no ha recibido otra instrucción pedagógica que la de formar papagayos ó meros recipientes; si las leyes á que obedece y las autoridades que le piden cuenta y razón de su conducta, no le señalan nuevos derroteros, el pobre no hará más que seguir la corriente del uso, y la escuela, á pesar de la alta misión que se le atribuye, será siempre un laboratorio de muñecos de los cuales algunos saldrán hombres por haberse aleccionado en un mundo aparte; pero los más se quedarán muñecos toda su vida.

Hay que decir la verdad, mal que nos pese. Ese carácter frívolo é insubstancial y más que otra cosa charlatanesco, que se revela en los pueblos meridionales y sobre todo en nuestra patria, arranca en parte de la escuela, de su organización maquinal y de sus procedimientos empíricos y automáticos.

Haced que la escuela cambie, y cambien también los demás centros de enseñanza superior, y aunque no desaparezcan por ello todos los obstáculos, la familia el primero, desaparecerán muchos males, muchos páramos se convertirán en vergeles, fecundados por noble labor y generosas iniciativas.

IV

Mejor se comprende lo que se *ve* que lo que se *explica*; pero mucho mejor que lo que se explica y se ve, se comprende lo que se *hace*. El ejemplo de un mapa nos convencerá de esa especie de aforismo pedagógico, de una manera evidentísima.

Esplicad á un niño la configuración del mapa de España con todos sus pelos y señales, y es seguro que no se representará apenas la figura. Colocad en su presencia una de las cartas geográficas que represente nuestro país, y desde luego se le fijarán más los contornos; pero hacedle dibujar el mismo mapa, y ya no hay enseñanza más provechosa.

Por esto, más que la enseñanza por el aspecto, preferimos la personificación de la enseñanza, de que hace poco hicimos mención. Esto es un procedimiento nuevo que hemos ensayado varias veces con éxito satisfactorio; pero nos ha faltado tiempo para combinar estos ejercicios en que los niños son actores y espectadores á la vez.

Dentro del viejo sistema actual hemos tratado de buscar *medios de acción* para las funciones de la escuela, y los hemos encontrado. Esta enseñanza imprime tono y elasticidad al espíritu, cuya es la virtud del método activo, dando lugar á una saludable expansión y haciendo que se mantenga entre los niños un espíritu fresco, apto y libre que hace brotar la alegría de la escuela.

V

Es verdad que se dicen cosas muy bellas en punto á enseñanza, pero lo más chocante es que quien las dice ó escribe, muchas veces no conoce prácticamente la escuela, pues en su vida ha ejercido de maestro.

Por otra parte, son tantas las reformas, impracticables hoy, que se pretenden introducir en la enseñanza, que muchos maestros, cansados de oír ó de leer, se cierran á la banda y atienden á las armonías educativas como quien oye llover.

No hay duda que en estos maestros obra un espíritu desecado ya, más ó menos egoísta, pero del todo punto escéptico. Hay que prevenir sobre ello á los maestros jóvenes: primero porque no se dejen ilusionar fácilmente y luego para evitarles el marasmo.

El método activo, por ejemplo, de suyo tan excelente y tan legítimo, ofrece grandes dificultades, algunas de ellas de carácter invencible. Unas surgen de parte del maestro y otras las presentan los niños. Esto se entiende con la actual organización de la primera enseñanza.

Para dirigir hábilmente una escuela y poner en juego todas las facultades de los niños, en una palabra, para llegar á la meta de la enseñanza, no basta ser hombre, es necesario ser genio, y ya se sabe que éstos no pueden abundar, sobre todo en el magisterio primario, porque en su formación y en su mantenimiento imperan todos los maleficios.

Vienen después los niños en gran multitud y hay que manejar todo aquello con arte, estímulo y guía, evitando todas las propensiones á la indisciplina y al desorden en pésimos locales.

Interrogáis á todos aquellos niños para que den de sí algo que no sea prestado, que no sea postizo, y os miran

los unos con los ojos abiertos y los otros se encastillan en un desolador mutismo, porque les acomoda el caer en la pereza intelectual de no pensar, de no discurrir, ó de esperar que los otros *hagan el gasto*.

De algunos se consiguen algunos monosílabos que no os dejarán satisfechos. ¿Dónde está el preconizado método activo?

No desesperéis del todo, porque encontraremos la práctica *posible* de este método dentro de las dificultades de la escuela actual.

VI

Hemos afirmado que el buen maestro no nace sino que se forma, y mediante una verdadera devoción hacia la enseñanza es como se adquieren las aptitudes pedagógicas.

Pero si el gran objeto de la educación es formar la mente y el corazón de los niños, por qué no se hace?

La razón es clara; porque la familia reclama á boca llena conocimientos y se desentiende de poderes mentales y energías morales, y el maestro paga ese tributo á la familia; no tiene valor para contrarrestar tales exigencias.

Lectura corriente y expresiva, escritura hermosa y correcta, y facilidad para resolver algunos cálculos, he ahí á lo que aspiran la gran mayoría de los padres como *máximum* de la enseñanza de sus hijos en la escuela primaria. Si un niño flaquea en estas habilidades, todo lo demás es tiempo perdido.

¿Qué hacer? Pues luchar contra tales preocupaciones; volver por los fueros de la conciencia profesional y seguir los verdaderos *cánones* de la pedagogía moderna.

Se trata de ejercitar la actividad de nuestros discípulos por todos los medios practicables y dirigirla en armonía con el desarrollo íntegro de todas las facultades.

Todo esto lo podéis conseguir fácilmente por medio del

procedimiento oral, aunque no de una manera completa. Apelando á la lectura razonada y á las lecciones de cosas, podéis hacer que sea *en parte* un hecho la introducción del método activo en vuestras escuelas.

VII

Preciso es hacer hablar á los niños. Sólo de esta manera podéis juzgar del estado de su inteligencia. Quien dice hablar dice escribir, porque escribiendo también se habla.

Canta el refrán que «quien calla otorga»; pero esto no es verdad. Quien calla no dice nada.

Los niños que no hablan en la escuela cuando el maestro les pregunta, dan claro indicio casi siempre de no haberse ejercitado. Hacer que un niño hable para que piense y piense para que hable, debe constituir el gran empeño de todo buen maestro.

Hay una infinidad de ejercicios, lo mismo en religión y moral que en gramática, aritmética (cálculo mental), geografía, etc. amén de las irreemplazables lecciones de cosas, que desde un principio se ofrecen para hacer que el niño rompa el hielo de su silencio y se abra el manantial de sus ideas.

He aquí vuestra principal labor. Hacer que toda la enseñanza sea educativa, rechazando todas aquellas expresiones de antemano formuladas.

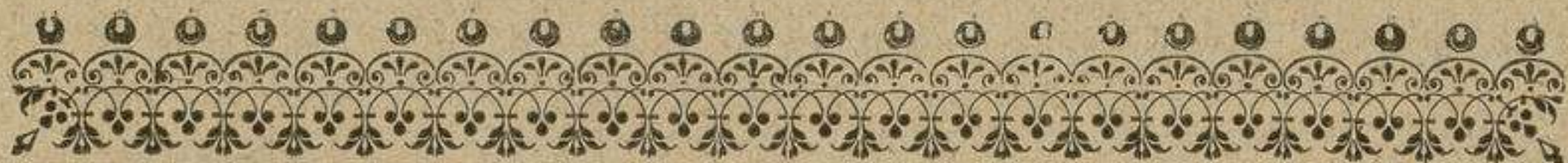
Pero no os impacientéis; cuidado también de no burlaros de las patochadas, porque si el niño conoce que es objeto de burla por vuestra parte ó de chacota por parte de sus compañeros, volverá á encerrarse en la concha de su mutismo.

En vuestro acento debe haber siempre insinuación y dulzura, tacto y discreción para llegar á la inteligencia del niño, y cuando éste se descuelgue con algun desatino,

no perdáis la calma ni la esperanza tampoco; presentadle la cuestión bajo otro punto de vista, hacedle sortear los escollos para que él mismo llegue á darse cuenta del objeto de vuestro anhelo.

Todo estriba en saber inspirar confianza á los niños, entablando con ellos conversaciones familiares que no degeneren en sandios pasatiempos.





CAPÍTULO III.

Teoría y práctica.—¿Qué es leer?—La lectura razonada.—Los libros de lectura.—Correspondencia entre el ejercicio oral y el escrito.—Un ejemplo sencillo.—Un ejercicio de orden más elevado.—Partido que se puede sacar de la lectura razonada.

I

Hay unos maestros á quienes podríamos llamar *reaccionarios*, que son aquéllos que no quieren adelantar un paso hacia el progreso pedagógico. Ellos están adscritos al pasado de todos los procedimientos escolares, como vosotros habéis de responder á las necesidades del presente. Ellos tienen por lema la rutina, como vosotros debéis aspirar á la reforma.

A los que perseguís con fé sincera y con legítimo entusiasmo los ideales modernos, algunos os llamarán alucinados. Dejadlos si no los podéis convencer y seguid adelante vuestro camino.

No os he ocultado las dificultades que se oponían para llevar al terreno de la práctica ciertos ideales en materia de educación, y aun me he pronunciado en contra de aquellos pedagogos de gabinete para quienes todo es *coser y cantar* en materia de reformas.

Recordaréis que si os he preconizado el método activo,

no he echado en saco roto los obstáculos que se ofrecían para su completa adopción en nuestras escuelas; pero como sucede con todas las cuestiones por utópicas que se presenten, siempre encontraremos algo que poder aplicar con provecho, fuera de que todas las utopías de un día pasan á ser realidades después de algun tiempo.

Os he mencionado la *lectura explicada* ó razonada y las *lecciones de cosas*, porque creo que son los procedimientos que todos los maestros tienen á su alcance para hacer realidad aquel método, y lo creo así, porque yo lo estoy viendo y palpando todos los días.

Como vosotros vivo en campaña, jóvenes maestros; como vosotros he luchado y lucho todavía contra la ignorancia, el abandono y la miseria, sin pensar por ahora en retirarme á los cuarteles de invierno. Por mi gran lucha, por mi larguísima lucha, casi tengo derecho á ser creído.

II

Pues en verdad os digo que la lectura razonada, después de las lecciones de cosas, es lo que puede realizar en parte el milagro.

¿Por qué este procedimiento no es objeto de largas prácticas en las escuelas normales? ¿Por qué en los tratados pedagógicos apenas si se hace mención de la lectura razonada?

Pero señor: qué es leer? ó por mejor decir, ¿cuál es el objeto de la lectura? Naturalmente que ha de empezarse el ejercicio por asociar á la imagen de las letras su valor fonético, y seguir el niño familiarizándose con los caracteres hasta que perciba á un solo golpe de vista el mecanismo de las palabras.

¿Y después? ¿Se conformará el maestro en que el niño lea *de corrido* y aun con expresión y soltura, sin interpretar los pensamientos que el libro encierra?

Entonces tendremos un texto muerto y una enseñanza

muerta, y sin embargo, esos cadáveres se observan todavía en muchas escuelas, so pretexto que el niño debe adiestrarse mucho tiempo en la lectura mecánica, porque la interpretación se consigue á la larga con el uso.

¡Valiente modo de discurrir! Confiarse de esta manera al tiempo es abandonar una cosa segura por otra cosa problemática, pues son muchos los que han aprendido á leer y no leen, porque no aprendieron en la escuela á desentrañar el sentido de la frase; mientras los que lo han aprendido á su costa después de largos esfuerzos, hubieran podido evitarlos en caso contrario, atesorando mayor suma de conocimientos.

Pero la lectura razonada, como instrumento del método activo, no se limita á interpretar el sentido de la frase; tiene un fin más amplio y más elevado, como después veremos.

III

En muchas escuelas los niños leen demasiado y apenas sin fruto. Fuera este un ejercicio del género tonto, si no fuera mayormente del género pesado. Preferimos que se lea menos y con más fruto. ¿De qué manera? Sacándole substancia á la lectura.

El niño que lee con perfecto conocimiento de lo que dice el libro, podrá no ser muy expedito en la pronunciación de las palabras; pero como ha de aficionarse á la lectura porque se sentirá atraído hacia ella, llegará á constituirse en un buen lector. Pero si así no fuera, (porque queremos extremar la objeción), de todos modos, ¡bien haya la labor educativa! Además, no debemos enseñar á leer y á escribir para sacar lectores y calígrafos, sino para aprovechar los tesoros de la lectura y escritura.

Hemos de suponer un maestro que posea un fondo de *conocimientos generales*, lo cual está en perfecta concordancia con sus estudios. Claro es que debe ampliar ese

fondo constantemente. Dadle á ese maestro un buen libro de lectura, y si es un educador decidido, enseñará á leer, á pensar, á discurrir, á elevar la mente de los niños, amén de suministrarles raudales de conocimientos.

Con un solo libro de lectura para cada sección, siguiendo el ciclismo, libro elaborado *ad hoc*, hay suficiente para enseñarlo todo, excepto el catecismo, el cual requiere enseñanza aparte.

Un libro que abarque conocimientos de ciencias físicas y naturales, de geografía, de historia, enseñanza cívica, derecho, escenas de la vida social, todo puede aprenderse leyendo y razonando la lectura. Del lenguaje no hay que hablar, y en cuanto á la aritmética, ésta se puede aprender sin libros, por medio de ejercicios prácticos.

Conviene detenernos en los libros que se necesitan para enseñar con provecho la lectura razonada y entrar después de lleno en los ejercicios.

IV

Démosle á la infancia útil y grata lectura, por lo fácil y amena. Hasta para los primeros ejercicios en que el niño aprende á dominar el mecanismo de la lengua gráfica, convienen libros alegres y juguetones.

Nada debe seros indiferente sobre las cualidades del libro, menos el precio, y cabalmente es lo que más se mira.

Frases cortas que se destaquen llenas de savia y de vida, porque los pensamientos deben ser asimilables. Algunos grabados, si son buenos, porque ellos os darán margen á una porción de ejercicios.

El primer libro debe contener muchos cuentecitos sencillos y deliciosos, una literatura infantil que les hable á los niños de sus juegos, de su vida íntima y muy poco todavía de ciencias y artes.

Luego aparece el segundo libro y con él se aumentan

los conocimientos útiles; pero siempre bajo la forma sencilla y amena, siempre hablando el lenguaje de los niños, siempre dentro del mundo de la infancia.

Llega el tercer libro y el horizonte de los conocimientos se ensancha, sin abandonar la frase corta, el lenguaje sencillo y la idea sintética, porque vosotros la habéis de desarrollar, mediante la lectura razonada.

Este mismo libro que debería arrancar de la escuela de párvulos, podría llegar hasta la escuela de adultos sin carácter didáctico, á manera de lecciones familiares, con sobriedad, aunque sin aridez, porque lo que falta aquí son libros *sui generis* para los niños, con todo y las grandes riadas que inundan nuestras escuelas.

Se trata de un libro de carácter enciclopédico, pero sin esa separación de partes que constituyen los diversos ramos del saber, sino ceñidas todas en lo posible á un mismo cuerpo de doctrina, es decir, buscando la unidad en la variedad.

Ese es el libro que se necesita. (1)

V

Con el libro que suscintamente acabamos de describir, pueden tener lugar los ejercicios de lectura razonada durante la clase de la mañana y someter la misma lección á la lectura mecánica por la tarde; pero téngase muy en cuenta que el ejercicio hablado conviene que alterne con el ejercicio escrito. Esto necesita alguna explicación.

Antes de aprender el niño el arte de formar garbosamente la letra, debe aprender la escritura. La caligrafía ha de venir después, si queda tiempo. Es una aberración pedagógica proceder en sentido contrario.

La lectura y la escritura deben darse la mano, cooperan-

(1) El "Juanito" de Parravicini tiene alguna analogía con el libro cuyo carácter acabamos de consignar; pero no es ese todavía.

do la segunda á la adquisición de la primera, como coopera la primera á formar la segunda.

A este fin hay que desterrar el papel cuadriculado y empezar primero por el encerado, y los pizarrines y seguir por el papel blanco, sin rayar, *por medio del lápiz*.

Todo ejercicio oral tiene su correspondencia en el ejercicio escrito, porque el niño se familiariza lo mismo en la letra estampada que en la letra cursiva.

Lo mismo el niño modifica, varía ó desarrolla el concepto con el ejercicio oral que con el ejercicio escrito, en progresión constante, de lo más simple á lo más complejo, desde el orden de ideas más sencillas á las más complicadas. El caso es no encadenarlo á la frase hecha.

Se escribe en el encerado un cuestionario, y quitando al alumno unas veces el libro de la mano después del ejercicio oral, y otras veces dándole el libro por guía, empieza el ejercicio escrito.

Fijaos en esa labor educativa, porque encierra el gran móvil de hacer que el niño trabaje con sus propias fuerzas.

Renunciad para ello á la forma *catequística*, ó sea á la de preguntas y respuestas formuladas de antemano. Esta forma es abiertamente opuesta al método activo, y debe condenarse abiertamente, porque renuncia al ejercicio del pensamiento.

Bajo la forma interrogativa que os propongo, el alumno ha de buscar y ha de encontrar, difiriendo en cada niño la contestación, á cuyo efecto debe evitarse la ayuda ajena. Esta es la enseñanza viva; lo otro es enseñanza muerta.

VI

La lectura razonada no puede acomodarse á un procedimiento fijo ni á una pauta uniforme. El maestro debe sacarlo todo, no tan sólo del fondo de su inteligencia, sino de lo íntimo de su alma. Eso es: toda vuestra alma debe estar en el libro.

Leed vos mismo una frase ó haced que un alumno la lea, y deteneos. No os fijéis primero en el sentido gramatical de las palabras; ya *descenderéis* después á ello. Ved la idea como se destaca y hacedla observar á vuestro pequeño auditorio con los términos más expresivos.

«*Sobre una rama muy alta de un cerezo se había encaramado un muchacho*».

Aquí tenéis una frase sencillísima para niños de pocos años. ¿Qué es un cerezo? ¿Qué fruto produce? Un cerezo, como todos los demás árboles, tiene ramas. ¿Qué otras cosas tiene un árbol? ¿Cómo era la rama del cerezo? Y en esa rama..... se había encaramado un muchacho. Eso es, había trepado hasta allí. ¿Con qué objeto sería? ¿Hizo bien ó mal ese muchacho?

Entrad ahora en el sentido gramatical de la frase.

Aquí tenemos varios *nombres*; cuáles son?—Rama, cerezo, muchacho. El muchacho ejecuta una acción, *hace* algo. ¿Qué es?—Encaramarse. Ya tenéis el *verbo*. ¿En qué tiempo está?

El cerezo no hace nada, está tranquilo; pero tiene ramas y entre ellas una que es muy alta. La rama también podría ser... baja, gruesa, larga, corta, etc. Todas estas palabras son adjetivos. ¿Por qué?

¿Queréis ampliar más este ejercicio? Extended la lección á los superlativos, á las diversas aplicaciones de la palabra «sobre», á la ortografía de la *r*, de la *c*, y la *z*, y, por último, á la trasposición ó inversión de los términos; pero no olvidéis nunca las ampliaciones y el *cambio de ropaje* en las ideas.

VII

Veamos otro ejemplo destinado á una clase superior.

«Era la Iglesia para nuestra patria en aquella edad (la edad media) la depositaria de toda la vida social, la fuerza

motriz de todas las empresas y la directora de todos los pensamientos».

Aquí tenemos algunas proposiciones elípticas que desde luego se han de descomponer.

Los niños deben ante todo conocer los conceptos de Iglesia, Patria y Edad Media.

Diferencia entre la Iglesia y las iglesias. Suscinta organización de la Iglesia, de la Patria y de la Edad media.

«La Iglesia era la depositaria de toda la vida social».

Qué es un depositario y un depósito. Ejemplos. En qué sentido la Iglesia era depositaria. Hay vida orgánica y vida social.Cuál es la una y cuál es la otra. Ventajas de que participa el hombre en la vida social. El anacoreta y el salvaje.

«La Iglesia era la fuerza motriz de todas las empresas».

Fuerza motriz es fuerza que mueve. El agua, el aire, el vapor y la electricidad empleados como fuerza motriz.

Háblese de lo qué es una empresa. Ejemplos de varias empresas de carácter material y moral. La Iglesia movía, impulsaba. Pero ¿cómo podía mover é impulsar la Iglesia, siendo una institución moral? Ejemplos de esta fuerza.

«La Iglesia era la directora de todos los pensamientos».

Hemos visto la Iglesia depositaria, después fuerza que movía y ahora la vemos dirigir. ¿Qué dirigía la Iglesia? Los pensamientos. Pero en qué sentido? Veamos casos prácticos.

Todo esto sucedía en nuestra pátria en la Edad media.

Conviene ampliar más estos ejercicios para que se vea cuán susceptible es la lectura razonada de educar la mente y suministrar toda suerte de conocimientos, sin fatiga para el niño y con entero beneplácito del maestro.

VIII

Tomamos de un periódico publicado hace algunos años:
«El Gobernador civil de Barcelona ha recibido un telegra-

ma del Subsecretario de Gobernación, trasladándole las Reales órdenes, declarando sucias las procedencias de Altona (Alemania), y limpias las de Tolón y Marsella».

I

Aquí se trata de una persona... El Gobernador civil de Barcelona.—Desde luego un Gobernador ejerce autoridad. ¿Quiénes son las personas que ejercen autoridad en el pueblo? (Hágase discurrir sobre las diferentes clases de autoridad: eclesiástica, civil y militar).—Gobernantes y gobernados; principios de autoridad.—Autoridades superiores; cuáles son y en donde residen.—Distinción entre las diferentes clases sociales.—¿Sobre quiénes ejerce jurisdicción el Gobernador civil de Barcelona?—Idea de esta capital.

II

«El Gobernador civil de Barcelona ha recibido un telegrama».—¿Por qué conducto se reciben los telegramas?—¿Y las cartas?—¿Qué diferencia hay entre un telegrama y una carta?—¿Cuándo se apela al primero?—¿Cómo se franquean uno y otra?—Háblese del telégrafo y el tren, y de las dificultades que existían en otros tiempos para comunicarse los hombres mutuamente.

III

¿De quién ha recibido el Gobernador civil de Barcelona el expresado telegrama? Ya tenemos otro personaje: el Subsecretario de Gobernación. (La palabra «secretario» no debe ser nueva para los niños, puesto que en todos los pueblos hay un Ayuntamiento, una sociedad particular que tiene secretario). ¿En qué se ocupa un secretario? Los Ministros vienen á desempeñar el cargo de Secretarios del Rey ó del Presidente de una República, y como para el Gobierno de una nación hay que entender en muchos asuntos diferentes, claro está que serán varios los Secretarios ó Ministros. Cuando un Ministro se halla enfermo ó ausente, ¿quién lo suplirá? Claro, el Subsecretario, esto es, el que está *debajo* del Secretario, ó sea su inmediato inferior.

IV

Figuráos vosotros no más el ramo de Instrucción pública, con tantas Universidades é Institutos, con tantos Museos y Bibliotecas, y sobre todo con tantísimas escuelas. Todo esto y mucho más lo dirige, á nombre del Rey, un Ministro que se llama Ministro de Fomento. Hay otro Ministro... más no; veamos que hace nuestro Alcalde ó en qué se ocupa. (Omitimos preguntas que pueden ocurrir á todos los maestros.) Pues bien; los Alcaldes de los pueblos dependen de los Gobernadores civiles de las provincias, y éstos á su vez reconocen por jefe al Ministro de la Gobernación.

Vamos á ver: ¿á quién se dirige el Ministro de la Gobernación para trasladar órdenes que emanan del Rey? ¿Y el Gobernador civil, á quien traslada estas órdenes? Discutamos un poco. ¿Podría el Ministro comunicarse con todos los Alcaldes? ¿Por qué no?

V

El subsecretario de Gobernación (hágase fijar en la elipsis de la palabra Ministerio) ha trasladado las Reales órdenes... ¿á quién? ¿Qué implica aquí la palabra «real»? ¿Qué es lo que declaran las Reales órdenes? Cuando una población se halla invadida por una epidemia, el cólera, por ejemplo, aquella población se declara «sucias», y sucias son todas sus procedencias.

¿Qué procedencias se han declarado sucias? ¿En dónde se halla Altona? Señálese en el mapa el territorio alemán. Pues ahí debe haber una ciudad llamada Altona, donde se ha presentado el cólera. ¿Cuál es el mejor preservativo contra esta terrible epidemia?

VI

Al mismo tiempo se declaran limpias las procedencias de Tolón y Marsella. ¿Qué significa esto? Señálense estas ciudades en el mapa. De ahí parten buques; estos buques, cuando llegaban á alguno de nuestros puertos, no entra-

ban á libre platica: hacían *observación* ó *cuarentena*. ¿Por qué sería? Idea de un lazareto. Tolón y Marsella están libres del cólera; por esto sus procedencias se declaran limpias; los buques que llegan procedentes de aquellos puertos, pueden entrar de seguida á libre plática. Esto se avisa por telégrama. ¿Por qué razón?

.....

Desentrañado, por decirlo así, el sentido de la frase, los niños entran en el dominio real del pensamiento, y pensando se abren los horizontes de la vida. A todo esto puede aplicarse la Gramática, subordinando siempre la teoría á la práctica, con la ventaja, con la inmensa ventaja de que esta enseñanza puede darse á la vez á varias secciones y todas ellas reciben en pleno la acción directa del profesor, el cual se deleita sin esfuerzo haciendo que su enseñanza sea una verdad y que sus discípulos saboreen cada día nuevos conocimientos».





CAPÍTULO IV.

Lectura razonada y lecciones de cosas.—Concepto de estas últimas.—Uso ordinario de las lecciones de cosas.—Primera etapa.—Segunda etapa.—Tercera etapa.—Las excursiones escolares.—Una pauta para las lecciones de cosas.

I

Hemos considerado las lecciones de cosas como la forma Aquiles de la enseñanza, añadiendo que estas lecciones y la lectura razonada ó explicada realizan en parte el gran milagro.

Existen muchos puntos de analogía en esas dos ramas del método activo: el fondo de cada una es ir á buscar la esencia de las cosas, conduciendo al niño á pensar por sí mismo, y en cuanto á la forma, viene á ser la misma también, pues en ambas campea la conversación entre el maestro y el discípulo.

Sin embargo, median algunas diferencias que hace observar magistralmente Delón. Las lecciones de cosas parten del objeto sensible, constituyen la *intuición*, y no se apartan del orden físico, mientras la lectura razonada se refiere principalmente al hecho descrito, constituyen un tema de lección y alcanzan el orden intelectual y moral.

Es natural que la enseñanza del niño y su educación se

haga partir primero de la intuición sensible, del objeto que tiene á la vista, porque es la vista el sentido más amplio y más seguro para que las impresiones repercutan en la inteligencia.

Para la lectura razonada se evoca siempre el recuerdo, y la labor se efectúa toda ella interiormente, mientras en las lecciones de cosas el niño, y lo mismo el adulto, comparte dicha labor entre las impresiones que recoge y la que se realiza bajo el cráneo.

De todos modos, uno y otro procedimiento constituyen dos poderosos recursos para la enseñanza racional en las escuelas, recursos de que el maestro puede echar mano todos los días, puesto que ninguna dificultad ofrecen.

No puede haber apelación. El maestro que no aprovecha ó no quiere aprovechar estos grandes recursos, entendemos que renuncia á sus más importantes funciones. Para los que quieren y no saben cómo conducirse, intentaremos trazar alguna norma.

II

Ante todo es menester observar que las lecciones sobre objetos no constituyen una rama especial de la enseñanza, ó como si dijéramos una asignatura aparte, sino una forma especial que se aplica á todo lo que se trata de enseñar, con más ó menos adaptación.

Se trata de lecciones orales, ordenadas, graduadas y progresivas, simples conversaciones con los niños, sujetas desde luego á algunos principios, que no queremos llamarles reglas.

Recogiendo sus materiales de todos los ramos del saber, con ellas se ejercita la mente, se dan nociones de los objetos sensibles y se cultiva á la par el lenguaje. Fijaos en estas tres superiores ventajas.

Ellas, como dice Varela, son Historia Natural en sus ele-

mentos, porque dirigen la atención de los niños hacia los animales domésticos y salvajes, hacia sus cualidades y costumbres, lo mismo que hacia la naturaleza de las plantas y los minerales.

Ellas son Física y Química elemental, porque hacen observar á los niños los fenómenos atmosféricos, la naturaleza del aire, de la luz, del calor y de la electricidad, lo mismo que las propiedades y composición de los cuerpos que forman la masa de materia que nos rodea.

Ellas son Economía doméstica, en su parte más esencial, porque os enseñan las cosas y procederes usados diariamente en el seno del hogar doméstico y la manera de usarlos con ventaja; como también son economía industrial y comercial, en sus elementos, porque os describen las distintas fases del arte y los trasiegos constantes de los productos.

Ellas son Fisiología en sencillas nociones, por que hablan á los niños de su propia naturaleza corporal, de las funciones de sus órganos y de la manera de conducirlos para los altos fines de la vida.

Ellas son Geografía, Geometría, pueden ser Aritmética y pueden extenderse, como dice Alcántara García, á todo lo que sirve para la vida en sus múltiples manifestaciones, añadiendo este distinguido pedagogo español, que no sólo sirven las lecciones de cosas para adquirir conocimientos, sino para observar y darse cuenta el niño de todo cuando le rodea.

III

Es achaque de los espíritus innovadores el dejarse cautivar fácilmente por las primeras impresiones de todas las ideas nuevas; pero está también en la idiosincrasia de los *antediluvianos* el desconfiar de todo lo que con carácter nuevo se presenta.

Ni lo uno ni lo otro. Los que estimamos la obra regeneradora de la enseñanza, no hemos de dejarnos llevar á ton-tas y á locas de cualquiera novedad pedagógica; pero hemos de aspirar siempre con devoción entusiasta á lo mejor.

Pero ni las lecciones de cosas son una novedad, ni están fuera del uso ordinario hasta en el mismo seno de la familia; así es que no hay motivo para arrugar el entrecejo al recomendaros la aclimatación de estas lecciones en vuestras escuelas.

Las madres de familia, esos maestros *ex-catedra*, como les llama Horacio Mann, á cada paso y sin darse cuenta de ello, ponen en práctica las lecciones de cosas, al llamar la atención de sus niños sobre los objetos que les son familiares.

Cuando un padre hace sentar á su hijito sobre sus rodillas y le enseña, por ejemplo, el reloj que lleva en el bolsillo, y le da á conocer las agujas que marcan las horas y los minutos, y luego le explica á su manera el mecanismo del aparato ¿qué hace aquel hombre sino dar una lección de cosas?

Cuando vosotros, en presencia de vuestros discípulos, tomáis, por ejemplo, el metro, y les haceis observar las divisiones y subdivisiones de esta unidad de medida, y luego les enseñais á aplicarla para averiguar la longitud de un banco de la escuela, ¿qué hacéis entonces sino dar una lección de cosas?

Cuando visitamos una fábrica, ó un simple taller, y el jefe, ó un empleado cualquiera, nos explica el mecanismo de ciertas piezas ó las transformaciones que experimentan las primeras materias, hasta dándonos á conocer las dependencias del edificio y el uso á qué se hallan destinadas, ¿qué hace aquel empleado sino proporcionarnos una magnífica lección de cosas?

Desengañaos: estas lecciones son tan antiguas como el hombre. Lo que hay aquí es que cuando se dan por personas ajenas á la enseñanza, se ofrecen de una manera

desordenada, incompleta, falta de método. Esto es: el método hay que ir á buscar.

IV

Vamos á seguir el orden descrito para las lecciones de cosas en el admirable tratado del lenguaje de Carlos Marcel.

Desde el momento en que el niño articula distintamente, se le presentan algunos objetos familiares, pero muy pocos á la vez, sobre los cuales se le llama la atención de *sus partes, materia, color, forma y número*, todo ello de una manera agradable y juguetona.

Se trata de un triple ejercicio de percepción, articulación y memoria que, por lo mismo que hay variedad y movimiento al pasar de un objeto á otro, debe serle al niño interesante. Tened en cuenta que nos dirigimos á niños de 5 á 6 años.

La primera investigación que debe practicarse consiste en averiguar las partes de que se compone el objeto; mas ved que no es lo mismo un cuchillo, que una muñeca y que una planta. Enseñad también á distinguir primero lo principal antes que lo accesorio.

Atendiendo á la materia, el niño aprenderá á distinguir las substancias animales, vegetales y minerales y adquirirá ideas claras de lo que es natural y artificial, de lo que es simple y compuesto, de lo que es indígena y extranjero.

En cuanto al color, ofrece á la facultad visual una infinidad de ejercicios, sobre todo entrando en el terreno de las analogías. Con la enseñanza de los colores podéis sembrar las primeras semillas del buen gusto y de la belleza.

Igual se puede decir tocante á las formas. Los niños deben familiarizarse con los sólidos geométricos y juegos arquitectónicos. Los admirables dones de Froebel son de un valor importantísimo, por cuanto se hallan graduados para este género de ejercicios. Ellos no solo constituyen una fuente inagotable de placer, sino también un medio

eficaz para formar hábitos de paciencia y tesoros de inventiva.

Con las relaciones de los números y los cálculos aritméticos, por su sencillez y exactitud, acostumbraréis á los niños á ejercitar su atención y razonamiento; pero no pretendáis hacerles calculistas desde un principio, porque apuraríaís las facultades mentales. El tablero contador con sus bolitas de varios colores, los objetos de la escuela, las monedas, fichas, etc. deben constituir los primeros elementos.

Después ya pasaréis de lo concreto á lo abstracto, dando solemne entrada al cálculo mental en vuestras escuelas.

V

Algunos han dado en creer que las lecciones de cosas tenían carta de naturaleza exclusivamente en las escuelas de párvulos, cuando debieran constituir el molde en que se vaciara toda enseñanza. Asistid á las veladas científicas de la Sorbona en Paris, y veréis allí á las lumbreras de la ciencia como no se desdeñan en descender al terreno de las lecciones de cosas, para ofrecer al alcance de todo el mundo los más altos problemas de la sabiduría humana.

Cuando las facultades perceptivas del niño se han ejercitado sobre las propiedades más aparentes de los objetos, debéis exigirle que los examine más minuciosamente, que los compare bajo diferentes puntos de vista y los clasifique atendiendo á sus principales analogías. El verdadero conocimiento de las cosas consiste en conocer perfectamente todas sus propiedades.

La clasificación es el complemento indispensable de la observación; es el acto que conduce á la concepción clara de las cosas: es la base de la filosofía inductiva y de todas las investigaciones científicas.

Investigando y clasificando con frecuencia, el niño se acostumbra á estimar cada cosa segun su utilidad y según

su provecho. La primera investigación y clasificación debe inducirle á descubrir y separar la que pertenece á la naturaleza y lo que pertenece al arte, y luego lo que corresponde á cada uno de los tres reinos de la Naturaleza.

Para hacer del niño un agente más activo en estas lecciones, debéis inducirle algunas veces á que él mismo escoja los objetos sobre los cuales debe informarse, alentándole á que haga preguntas y observaciones; pero tened cuidado de que la impaciencia no le impulse á adelantar demasiado, porque los buenos efectos de las lecciones de cosas dependen principalmente de una prudente gradación en los ejercicios.

VI

Más tarde, cuando la razón del niño esté convenientemente desarrollada, debéis introducir en las lecciones de cosas consideraciones más elevadas, pero empleando siempre los términos más sencillos.

Váis ahora á ejercitar las facultades reflexivas de vuestros alumnos, penetrando de una manera más franca y decidida en el campo de la ciencia.

No podremos practicar escursiones en dicho campo, porque esto sería imposible, á menos de escribir un extenso tratado sobre lecciones de cosas.

De aquí en adelante la mención de los colores os proporcionará la oportunidad de dar á vuestros discípulos una idea de la descomposición y recomposición de la luz, hablándoles de la aurora, del arco-iris y otros fenómenos luminosos.

La consideración de las cantidades, formas, dimensiones, superficies y magnitudes os conducirán gradualmente á la aritmética y á la geometría en el sentido práctico; las ideas del peso os llevarán á las ideas de la gravitación y de éstas á los elementos de la mecánica y astronomía.

En virtud de las ideas sobre distancias, os dirigiréis á la perspectiva, á la mención del telescopio y de los descubri-

mientos astronómicos; y la referencia á los países de donde proceden los objetos, os hará entrar en diversas investigaciones geográficas.

De esta manera, por la fuerza de la asociación de ideas, os remontaréis de los efectos á las causas, y de éstas descendereis á los efectos, ejercitando noblemente las facultades de los jóvenes que os están confiados.

VII

De todo esto que acabamos de mencionar, nada hay tan útil y ameno, nada tan agradable y provechoso como las escursiones al campo y las visitas á las fábricas ó talleres de la ciudad ó de la villa.

En el transcurso de esta obra tal vez me haya referido demasiado á las cosas del campo, movido quizás por la natural propensión que siento hacia ese teatro de las grandes magnificencias.

Pero no; en el campo, en el jardín, en el bosque, al pie de la montaña, á las riberas de un río y á las orillas del mar, allí se siente, allí se vive, allí la mente del niño puede ensancharse en toda suerte de perspectivas y dirigir sus actividades para evitar el ensimismamiento.

Que el niño observe, por ejemplo, los progresos de las hojas, botones, flores, frutas y semillas de las plantas; que siga la Naturaleza en sus diversos estados y observe la ayuda que le presta la agricultura.

Las escursiones al campo no se practican por mero pasatiempo. Ellas implican siempre un saludable ejercicio muscular y sobre todo un importante beneficio para los órganos respiratorios; pero fuera de esto y de la observación constante, el niño aprenderá á ejercitar su vista en la distinción de los objetos lejanos, en apreciar su número, forma y dimensiones, en estimar y medir las distancias, en coleccionar y clasificar productos, en una infinidad de ejercicios tan útiles como interesantes.

Las visitas á las fábricas y talleres ofrecen al niño abundantes manantiales de conocimientos. Allí es testigo de los hechos que han sido en la escuela objeto de las lecciones de cosas; allí observa la aplicación directa de una multitud de materias á las artes; allí se graban todas las operaciones que más tarde han de reaparecer en su mente para iluminarla y dirigirla, y allí aprende como el hombre, con el esfuerzo de su inteligencia y de sus brazos, poniendo en práctica la santa virtud del trabajo, lucha con la materia para darle la forma apetecida.

¡Qué inmensa cantidad de conocimientos pueden adquirir los niños visitando los laboratorios de la industria y de las artes!

XIII

Sois dueños de los métodos y procedimientos como lo era el rey de sus alcabalas; pero ya que os he expuesto algunos principios de un sabio educacionista, justo será que os presente una norma del mismo Marcel para dar con fruto las lecciones de cosas. Dispensad la manera sintética de presentar el asunto. Los ejercicios prácticos no pueden tener cabida en esta obra.

1.^{er} EJERCICIO DE PERCEPCIÓN

Desde la edad de 6 años } Nombre del objeto, sus partes, materia, color, forma, especie. número y fracciones.

2.^o EJERCICIO DE OBSERVACIÓN

Para agregarse al ejercicio anterior con niños de á 8 años. } Propiedades y cualidades del objeto.
Comparaciones y clasificaciones.
Uso á qué se destina ó puede destinarse el objeto.
País de donde proviene.
Medio de producción, preparación ó fabricación.

3.º EJERCICIO DE OBSERVACIÓN

Para agregarse al ejercicio anterior con niños de 10 años.

Tamaño. peso, durabilidad y valor del objeto.

Posiciones y distancias relativas.

Historia de los objetos, cuando se han introducido y donde se encuentran.

Descripción oral del objeto.

Resumen oral de todas las materias que se han tratado en la conversación.

4.º EJERCICIO DE RAZONAMIENTO.

Podrá agregarse á los ejercicios con niños de 12 años.

Dar cuenta de todo. ¿Por qué se llama así el objeto? ¿Por qué tales partes, materia, colores, formas, etc?

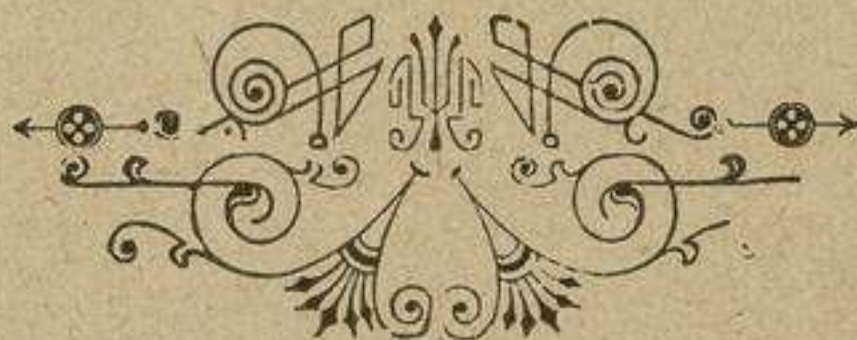
Distinciones entre lo que es natural y artificial, esencial y accidental, absoluto y relativo, etc.

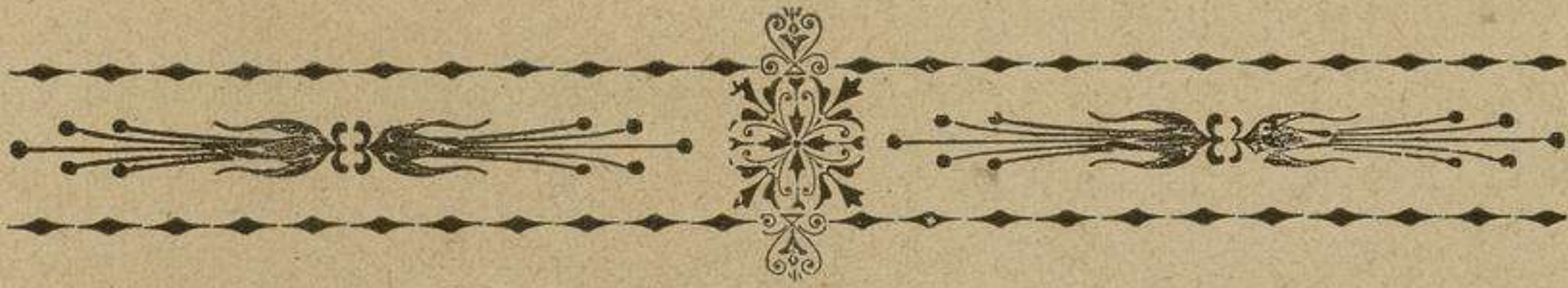
Definiciones de términos y su clasificación gramatical deducida de su uso.

Descripciones y resúmenes escritos.

Á muchos maestros con este cuadro á la vista no les faltarán asuntos de conversación; pero como pudiera surgir alguna obscuridad de su forma abreviada, el autor presenta algunos ejercicios con un objeto familiar: *un lápiz de madera.*

Pero nosotros en este libro, repetimos, no podemos extendernos á los ejercicios prácticos.





CAPÍTULO V.

Respuesta á una objeción.—La indisciplina escolar.—Harmonías educativas.—La introducción del trabajo manual en las escuelas.—Dificultades que ofrece en España.—En la esfera de lo posible.—*Stude et labora*.

I

Queda todavía algo para justificar el título de esta obra; algo que ya llevamos mencionado al discurrir sobre el método activo, y de ese algo vamos á ocuparnos ahora como fin y remate de LA ALEGRÍA DE LA ESCUELA.

En cuestión de innovaciones y reformas escolares, nos salen al paso los apegados al *statu quo* diciendo: *Sois amantes de novedades; pero vuestro espíritu reformista no es más que un capricho ó un prurito de seguir la moda. Son tantas las reformas que queréis introducir en la escuela, que muy pronto no habrá por donde cogerla. Todo es amontonar quincalla. Nuestros padres aprendían menos y sabían más. Ved los grandes hombres: todos han salido de la antigua escuela.*

¡Gallarda manera de discurrir! Pero nosotros vemos aquella escuela, eterno calvario de la niñez: la vemos, á través de la cerrazón de los tiempos, con las paredes desnudas, triste mansión de tormento; sentados los niños tres horas mortales en los bancos, esperando la hora de leer

el *Cristus, a*, porque no podían adiestrarse en *hacer palotes* hasta que á fuerza de pescozones y de darle vueltas á la cruelísima máquina hubiesen vencido el mecanismo de la lectura. La vemos más cerca, ya con alguno que otro mapa y los carteles de Flores colgados en las paredes, y las célebres muestras de Iturzaeta; aprisionados todavía los niños entre las mallas de cuatro ó cinco lecciones diarias, con su lectura sin comprensión, con su gramática sin ideas, con sus fórmulas secas y sus preceptos áridos...

Ah! decís que de esas escuelas han salido hombres sabios, ciudadanos probos y todos los adelantos de la sociedad..... está bien. ¿Pero cuántas desgracias, que lamentamos todos los días, no hubiera podido remediar una enseñanza más racional y educativa? ¿Cuántos Pascals, cuántos Newtons y cuántos Pasteurs no se han ahogado en germen en estas escuelas y perdidos para siempre?

II

No ya dejando de abarrotar la mente, sino esclareciéndola; no ya olvidándose del sér moral, sino cultivando los sentimientos, queda por esto completada la obra del educador. Faltará siempre *el principio de acción*; faltará el *saber hacer*, metódico, progresivo, que reclame la actividad dormida y que debe imprimir un carácter más realista á la escuela y á todo centro de enseñanza.

No os alarmeis, compañeros míos, ni os mueva á sonreír á vosotros, eruditos de los Institutos y sabios de las Universidades, que tal os hable un maestro de escuela.

Algunos hay, por desgracia muy pocos, encargados de una facultad de ciencias que han fecundado su labor universitaria acompañando á sus discípulos al gran laboratorio de la Naturaleza; pero en cambio hay otros que han explicado Física todo un curso, sin apenas hacer que los alumnos manipulen con los aparatos.

La mayor parte de los estudiantes sólo se acuerdan de que lo son pocos días antes de los exámenes, para ganar el curso. ¿Sabéis de dónde proceden esas insubordinaciones y esas huelgas de la tropa estudiantil que no hay quién reprima? Pues proceden de la falta de cariño á la clase, porque la enseñanza gira casi siempre sobre el eje del fastidio.

Si aquellos alumnos viniesen obligados á escuchar menos y á manipular más; si en vez de simples oyentes fuesen algo productores; si en lugar de someterlos á unos procedimientos exclusivamente verbalistas y retóricos se les acostumbra á emprender largas escursiones á guisa de soldados, que serlo deben de la ciencia como los otros de la defensa nacional, veríais entonces caracteres más formales y viriles, jovenes aptos y hermosos que no irían á consumir, muchos de ellos, la salud que Dios les da y el dinero de sus padres, en garitos y mancebías.

III

El gran objeto de la educación consiste en que los ejercicios de la inteligencia, las acciones morales y el fomento de la actividad orgánica se den la mano. Eso es vida completa.

Hemos mencionado la escuela realista, queriendo significar con ello que el niño en la escuela no debe obrar tan sólo con el pensamiento, sino con las manos, y de aquí el trabajo manual educativo.

Con este trabajo el maestro ameniza sus tareas y el niño las suyas, y de esta amenidad brota la alegría de la escuela. Pero no se trata solo de amenidad, sino de cultura, de aptitud y buenos hábitos. En una palabra, se trata de armonía.

Muchos padres y mayor número de madres, al oír lo de trabajo manual, pondrán mal gesto porque diz que huele á plebeyo, sin tener en cuenta que personas archi-millona-

rias lo admiten siquiera para entretener sus ocios, y que Pedro el Grande, el autócrata de todas las Rusias, fué largo tiempo maestro de ribera.

Pero aquí no se trata de enseñar al niño un oficio mecánico, sino de enseñarle á ser hombre, á valerse de sí mismo y, si queréis, á evitarle al que esté destinado un día á ser rico, á que no necesite llamar al criado, en caso de necesidad, para mudar de sitio su poltrona. Pues qué! ¿Deseáis un pedazo de espíritu que se mueva en un cajón desvencijado?

En la misteriosa urdimbre del sér humano existe una relación muy íntima entre el cerebro que funciona y el músculo que se contrae. Dejar el uno por el otro, es romper la armonía, es faltar al orden, es violar la ley.

IV

Reconozco que no hago más que esbozar principios, por que me es imposible tratar el asunto de otra manera.

El trabajo manual se presenta como un gran medio para salvar el desequilibrio de nuestra enseñanza; viene á impedir la plétora, y á distribuir la actividad en todos sentidos. Os habéis equivocado si creís que su introducción en los programas ha de complicar la marcha de las escuelas, aunque hoy fuera empresa difícil.

Suprimid lecciones, suprimid fárrago indigesto; pero dad cabida á lo que ha de servir de contrapeso á los trabajos intelectuales, á lo que refresca y vigoriza la mente, á lo que despierta gusto y amor al trabajo, á lo que desarrolla la independencia y confianza en sí mismo, á lo que acostumbra al orden, á la exactitud y á la corrección; á lo que ejercita la perseverancia, á lo que promueve el interés y la aplicación, á lo que perfecciona la vista y habilita la mano; en fin, á lo que completa la acción psico-física del individuo.

Que todo esto es factible y nada utópico lo declaran los hechos. No intentaremos salir de España porque ya se sabe que para otras naciones el trabajo manual no es cosa nueva.

Pero ahí tenéis muchas escuelas de párvulos, especialmente *los jardines de la infancia* creados por Froebel, donde criaturas de pocos años se adiestran en plegar, entrelazar, tejer, recortar, picar y dibujar, con papel, cartulina, cintas, pajas, cuero, produciendo hermosas combinaciones y dando forma á una porción de objetos de utilidad y de adorno.

Llega el niño á mayor edad, y á medida que sus fuerzas se van desarrollando, en vez de trabajar con el papel y las cintas, trabaja con el cartón, con la madera, con la escayola y hasta con el hierro. *Usa herramientas.*

Es natural que algunos de vosotros se queden como quien ve visiones y otros, más incrédulos, se sonrían desdenosamente. La verdad es que á muchos se les ocurrirá decir: ¿pretendéis convertir la escuela en un taller? ¿Y quién va á enseñar todo esto? ¿De dónde salen las misas?

V

En primer lugar nadie puede dar lo que no tiene. Actualmente vemos establecido el trabajo manual en casi todas las escuelas de Suecia, porque allí en Naäs, bajo la sabia dirección de Otto Salomón, se han formado los mejores maestros, y allí han ido á beber sus inspiraciones jóvenes expertos y hasta profesores encanecidos de todas las naciones del mundo.

Es obligatoria la enseñanza del trabajo manual en las escuelas de Finlandia y cunde en alto grado en Alemania, Francia, Holanda, Bélgica á Inglaterra, y en cuanto á los países del nuevo continente, allí se arraigan todas las reformas.

Por de contado podéis considerar que la introducción del trabajo manual en las escuelas, no es cosa del otro mundo. Todo se andará; no hay que apurarse. Esperemos de la buena voluntad de nuestros gobiernos que se formen los maestros de otra pasta, porque de la que estamos formados, amigos míos, no pueden salir los hombres que se necesitan, so pena que uno mismo se refunda y aun no es bastante.

Hay que enseñar al maestro muchas cosas que necesita saber y evitarle otras muchas que no le importa ignorar; hay que dotarle de prestigios, dotándole de mejor enseñanza y mejor sueldo; hay que colocarle en un edificio con un buen pedazo de cielo abierto, con salas para clase y salas para talleres, porque la música de las sierras y martillos no se confunda con la otra música de la lectura y otros trabajos escolares.

Por lo demás, el maestro que enseña á hablar, á escribir y á pensar; el mismo que difunde la enseñanza de otras materias, debe encargarse del trabajo manual, bien penetrado de su objeto educativo, cuando posea los conocimientos prácticos y científicos que se requieran, porque, lo repetimos, nadie puede dar lo que no tiene.

Como el objeto del trabajo manual en las escuelas no es enseñar ningún oficio mecánico, se puede extender á la construcción de variados objetos de utilidad y de adorno, todos pequeños y, por consiguiente, de escasa materia.

Ahora interrogad á las maestras de donde sacan las niñas los útiles y materiales para construir tanta diversidad de labores, algunas de ellas de elevado coste, y tendréis resuelto el problema por lo que á la parte económica se refiere.

VI

Hay que promover la actividad del niño, del adolescente y del joven estudiante en todos sentidos. La idea es una gran cosa; pero es necesario la acción.

Aplicad en lo posible á todas las enseñanzas la práctica del hecho, porque lo que se hace se conoce mejor que lo que se ve y muchísimo mejor que lo que se oye. Ya lo hemos dicho, pero conviene repetirlo.

La Religión y la Moral reclaman hechos, mejor que palabras. No basta que los niños conozcan sus deberes; es menester que los practiquen.

En Gramática no bastan algunos conocimientos del lenguaje; es necesario aplicarlos á todas las necesidades de la vida. Haced redactar á los niños documentos familiares y resúmenes de fiestas y escursiones.

En Aritmética no os limitéis á las operaciones del encerado y del cuaderno; acostumbrad á vuestros alumnos al manejo de las pesas y medidas y sobre todo á las transacciones comerciales.

No vean la Geometría tan solo en el pizarron y en el libro, sino en los objetos, midiendo longitudes, superficies, distancias y cubicaciones. Hacedles levantar planos empezando por el de la escuela.

Si enseñáis Geografía, haced que vuestros alumnos sepan orientarse con brújula y sin ella; que sepan trazar los contornos del pueblo ó de la comarca, que construyan mapas; que tracen itinerarios de viaje; que conozcan las enseñas de todas las naciones y las apliquen y hasta jueguen con ellas; que dibujen montañas, cordilleras, rios, etc. y aun mejor que las formen con barro de modelar ó escayola.

No os quiero hablar de la Historia Natural ni de la Física y Química que tanto se prestan á formaciones, por no recargar el cuadro. La Agricultura sobre todo.

¿Creis que esto es demasiado? ¿Pensáis que esto puede complicar la marcha de la escuela? Todo lo contrario; la embellece y le da vida.

Bastaría que el Gobierno llevase todos esos procedimientos á las Escuelas Normales y decretara: Clases de la mañana: enseñanza teorica racional. Clases de la tarde: procedimientos prácticos.

Ni más ni menos se realiza en las escuelas de niñas con respecto á la instrucción y á las labores.

VII

Todos los años arrojan nuestras Universidades é Institutos de segunda enseñanza montones de víctimas en el naufragio social. La ley de Malthus bajo diverso aspecto se viene realizando.

Desde el famoso grito de «Más industriales y menos doctores» algunos hombres de buena voluntad han estudiado el hondo mal que nos aqueja, con el exceso de hombres prácticos.

Nuestros gobiernos han pretendido evitar la acumulación de la juventud á los centros docentes, de enseñanza, dificultando los estudios y recargando las matrículas.

¿Qué significa eso? Un exceso de intelectualismo que, si por una parte eleva un nivel, hace descender el otro, como si se colocara todo el peso en un solo platillo de la balanza.

De aquí que aumenten los «desequilibrados.» Se ha apelado á la gimnasia estableciéndola en los Institutos para que sirviera de contrapeso á la labor intelectual. Vana esperanza.

Lo que falta aquí es trabajo; pero trabajo útil, trabajo educativo, trabajo que facilite la anhelada armonía, que refrene los inmoderados apetitos, que tonifique la energía moral, que contribuya á la formación del carácter, al par que desarrolle aptitudes.

Ese trabajo no ha de llevarse tan solo á las escuelas elementales y de párvulos, sinó á las grandes escuelas, como son las Universidades y los Institutos. ¿Hay necesidad de recordar el espantoso aumento de los neurópatas y neurasténicos en la sociedad actual? Oh! venga un azadón ó

una podadera para los estudiantes, antes que dejar cundir el estrago.

No hay que dudarlo: las *prácticas agrícolas* y las *escur- siones á pié* constituirían el gran tónico para la salud del espíritu. Cada Universidad debiera estar dotada de una granja lejana.

El vigor del cuerpo y la aptitud de las manos, porque esa pobre mano izquierda también reclama sus derechos, no deben divorciarse de la mente y del corazón.



ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
<i>A un hijo mío, aspirante al magisterio oficial de 1.^a enseñanza</i>	3

LIBRO I EL MAESTRO.

CAPÍTULO I

Amor á la profesión.—Fé religiosa.—Integridad de carácter.—Costumbres.—Vestido.—Lenguaje y maneras.—Anhelos constante de instruirse.—Instinto progresivo.—Dignidad personal.—Yo soy maestro de escuela	7
--	---

CAPÍTULO II

Toma de posesión.—Línea de conducta en el pueblo.—Las primeras amistades.—Pobres y ricos.—Reuniones y espectáculos.—Relaciones con las autoridades.—Los padres de familia.—El cura párroco —Preponderancia y simpatías.—Luz y sombra	17
--	----

CAPÍTULO III

Los primeros entusiasmos.—Decepciones.—Las quejas de los padres.—Singularidades.—Aventuras.—Pruebas difíciles.—Algunos choques.—Los niños enfermos.—La llegada del Inspector.—Después de la visita.—Los compañeros de profesión.—Exámenes públicos: música celestial	27
--	----

CAPÍTULO IV

La consideración social.—Independencia del maestro.—Moralidad.—Ardores juveniles.—Responsabilidades.—Huir del fuego.—Deseo de ser útil.—Manera de agradar á los padres.—Manera de atraerse la juventud.—Un centro de cultura	39
--	----

CAPÍTULO V

Necesidad de ensanchar los recursos de subsistencia.—En la ciudad.—En el pueblo.—Las escuelas de adultos.—Lecciones particulares.—Ocupaciones diversas —Pensionado.—Un teatro infantil.—El presupuesto municipal	4
--	---

LIBRO II LA ESCUELA.

CAPÍTULO I

	<u>PÁGS</u>
Papel que representa la Escuela en el pueblo.—Cuestión de locales.— Menaje escolar: el salón de clases.—Museo escolar.—Influencias físico-morales.—Los libros de texto.—El texto vivo: la palabra del maestro	59

CAPÍTULO II

Necesidad de la organización escolar.—Bases de una buena organización.—Pocas secciones y menos monitores.—Engranaje armónico de las secciones.—Los maestros auxiliares.—Distribución del tiempo y del trabajo.—Marcha de una escuela dividida en tres grandes grupos.—Caso particular: el gobierno de mi escuela. — Detalles	69
--	----

CAPÍTULO III

Carácter y límites de la primera enseñanza.—Falso concepto sobre la educación.—Utilitarismo.—Surmenaje.—Conocimientos generales.—Preparad vuestras lecciones.—Programas.—El ciclismo.—Educación é instrucción.—La educación en la escuela viene á ser un mito pedagógico.—En qué sentido puede ser la escuela educativa	82
---	----

CAPÍTULO IV

Ruidos y movimientos de los niños.—Sobre el buen gobierno de una escuela. — Es necesario hacerse amar, respetar y obedecer. — Las faltas de los niños. — Los castigos corporales. — Criterio que debe imperar en los castigos.—Naturaleza del premio.—Criterio para el uso de recompensas	96
---	----

CAPÍTULO V

El esfuerzo personal del maestro.—Acceso al espíritu del niño.—Desfallecimiento, abandono y rutina.—El maestro rutinario.—Despierta Lázaro.—Campaña nueva.—La enseñanza por el aspecto.—El gran método	106
--	-----

LIBRO III EL NIÑO.

CAPÍTULO I

Lo que debemos hacer del niño.—La primera educación corresponde á los padres.—La educación hace el hombre.—Los primeros pasos.—Principio activo del niño.—El exceso de cariño es un obstáculo.—El verdadero amor abre las puertas de la educación	119
---	-----

CAPÍTULO II

	PÁGS.
El niño empieza á ensayar sus fuerzas.—Educación bárbara y educación racional.—Aire, luz y calor.—Excelencias del agua.—Del ejercicio y el juego.—La vida del niño en la ciudad y en el campo.—El miedo en los niños.—Los niños cobardes.—Un tipo esforzado y varonil.—Explotación del niño en el taller.—Explotación del niño en la escuela.	127

CAPÍTULO III

Las primeras lecciones.—Leyes de la vida.—Tres grandes libros.—Ejercitando los sentidos.—Evolución espontánea.—Varias observaciones.—La atención infantil.—Las primeras ideas.—El despertar de la mente.—Labor educativa.—Cultivo racional de la memoria.—Influencia de la imaginación.—Los niños también razonan.	139
--	-----

CAPÍTULO IV

La educación moral: un punto de partida.—Apariencia y realidad.—En busca de fórmulas.—Sobre el atavismo.—Los móviles de simpatía.—Influencia de la sugestión.—Fuerza del sentimiento.—El gran móvil de la fé.—Amarse á si mismo.—En plena conciencia.—La ley del amor.	155
--	-----

CAPÍTULO V

El sentimiento religioso.—Defecciones de hoy.—Espíritu de religión.—Los falsos creyentes.—Ejemplos vivos.—Idea de Dios.—La vida inmortal.—Aspiraciones.—En el fondo del alma.—Un paréntesis.—Enseñanza religiosa.—La religión en la Naturaleza.—El estetismo.	167
---	-----

LIBRO IV

LA ENSEÑANZA.

CAPÍTULO I

Concepto de la enseñanza.—La acción del maestro.—El maestro con respecto á la enseñanza.—La manera de enseñar.—Hacer la enseñanza viva.—El lenguaje apropiado.—Soluciones pedagógicas.—Vicios tradicionales.	185
--	-----

CAPÍTULO II

En qué consiste el método activo.—¿Es aplicable en nuestras escuelas?—Obstáculos que se presentan.—Un procedimiento nuevo.—Previsiones.—Contra la corriente.—La manera de empezar.	194
--	-----

CAPÍTULO III

Teoría y práctica.—¿Qué es leer?—La lectura razonada.—Los libros de lectura.—Correspondencia entre el ejercicio oral y el escrito.—Un ejemplo sencillo.—Un ejercicio de orden más elevado.—Partido que se puede sacar de la lectura razonada.	202
---	-----

CAPÍTULO IV

	<u>PÁGS.</u>
Lectura razonada y lecciones de cosas.—Concepto de estas últimas.— Uso ordinario de las lecciones de cosas.—Primera etapa.—Segunda etapa.—Tercera etapa.—Las excursiones escolares.—Una pauta para las lecciones de cosas.	213

CAPÍTULO V

Respuesta á una objeción.—La indisciplina escolar.—Harmonías educa- tivas.—La introducción del trabajo manual en las escuelas.—Difi- cultades que ofrece en España.—En la esfera de lo posible.— <i>Stude et labora.</i>	223
--	-----



Algunas erratas.



Página 10, línea 23, dice Nembrot por *Nemrod*.

Página 70, último párrafo, donde dice: «estableciendo una autoridad que no sea demasiado expansiva», debe decir: «*Estableciendo una autoridad que no sea demasiado severa, y una alegría que no sea demasiado expansiva.*».

También en la página 230, línea 9, donde dice: «con el exceso de hombres prácticos», debe decir: «*con el exceso de hombres teóricos y la falta de hombres prácticos*»

Hay, además, unas pocas ligeras erratas que fácilmente subsanará el lector.



EL DIDASCOSMOS

¿Qué es el DIDASCOSMOS?

Es un tablero de regulares dimensiones en cuya superficie se destacan, gallardamente dispuestos, los principales accidentes de la tierra, el mar con todos los accidentes de las costas, y el cielo en forma de pieza semicircular donde aparecen pintados al oleo los más caracterizados meteoros atmosféricos. Los relieves de la tierra alcanzan de 15 á 20 centímetros.

La palabra DIDASCOSMOS se deriva de las voces griegas didasco, enseñar, y cosmos, mundo, esto es, enseñar el mundo, porque en verdad se trata de introducir un pequeño mundo en las escuelas.

Los niños no pueden formarse una idea clara de una multitud de accidentes de la tierra, porque no han podido observarlos y es punto menos que imposible conducirlos junto al cráter de un volcán, á orillas de un lago ó en medio de un desierto.

Hasta ahora los profesores de enseñanza han podido disponer de mapas de geografía física y otros grabados para ofrecer á sus alumnos una idea de todas aquellas cosas; pero á todos alcanza que por medio de un panorama donde aparezcan los relieves adecuados, esto es, por medio de objetos plásticos, la idea se presentará más clara y los objetos más interesantes.

Además, aparte de los varios accidentes como son montañas, volcanes, rios, arroyos, desiertos, oasis, bosques, etc. en el DIDASCOSMOS figuran una multitud de diminutos objetos como poblaciones, casas de campo, faros, ferrocarril, telégrafo, buques, etc. todo lo cual se presta á despertar gran profusión de conocimientos, amen de cautivar la atención de los niños y de cuantas personas visiten la escuela.

Nos atrevemos á asegurar que hasta hoy es el DIDASCOSMOS el aparato más simpático y más útil de cuantos se han inventado para la enseñanza por el aspecto. Sólo se puede comparar á una especie de belén ó nacimiento que carece de figuras.

La enseñanza con el aparato á la vista se puede hacer casi universal. Allí se aprenden los primeros elementos del lenguaje enumerando el niño los objetos y cualidades, las circunstancias de lugar, orden y dependencia, hasta la formación del pensamiento. Allí se analiza y se abstrae; allí se aprende á conocer el planeta en que vivimos lo mismo que diversos ramos de la industria humana.

Para ello el profesor no deberá limitarse á enseñar un objeto por lo que es en si; pues dicho objeto ha de servirle de base para remontarse á otra esfera de conocimientos.

Así, por ejemplo, fijando la atención en el rio, no deberá hablarse tan sólo de las partes que lo forman, sino conducir al niño á que discurra sobre

las grandes corrientes, sobre la utilidad de sus aguas, al mismo tiempo que se les hará observar los efectos de una inundación.

*Si con un simple vaso de agua el maestro puede proporcionar á los niños una interesante lección de cosas, considérese qué horizontes no puede explorar teniendo á la vista objetos tan interesantes como son los que figuran en su-
mo grado en el DIDASCOSMOS.*

Con este aparato se puede comunicar el habla á los mudos y la vista á los ciegos de inteligencia.

Según su tamaño y esbeltez el didascosmos cuesta 38 y 90 ptas. franco de porte y embalage hasta la última estación de ferrocarril en España

PRODUCCIONES PEDAGÓGICA-LITERARIAS
DE JUAN BENEJAM

La Escuela Práctica. Revista pedagógica para fomentar la primera enseñanza bajo el punto de vista racional y educativo, así en la escuela como en la familia. Se publica los días 1.º y 15 de cada mes en cuadernos de 16 páginas en 4.º mayor: precio de suscripción, 4 ptas anuales.

Esta revista comprende variados ejercicios sobre diversas materias de enseñanza, lecturas, diálogos, composiciones de varios géneros, con estilo adecuado para la infancia, siendo la única en su género que en España se publica. Van publicadas 5 series.

La Enseñanza Racional. Conjunto de diversas materias expuestas para servir de pauta uniforme al maestro en los ejercicios escolares. Precio 5 ptas. en media pasta, franco de porte y certificado.

Con este libro tiene el maestro un manantial abundantísimo para todas las materias que forman la 1.ª enseñanza ampliada, algunas de ellas expuestas bajo el método cíclico, con numerosos ejercicios de composición y problemas de aritmética.

Vulgarizaciones Científicas. Teorías al alcance de todos, que comprenden: LA NATURALEZA Y SUS FENÓMENOS.—LA TIERRA EN EL UNIVERSO.—LA VIDA DE LOS SERES.—LA HUMANA-

NIDAD SOBRE LA TIERRA. Precio 5 ptas.; encuadernado en tela y franco de porte 6 ptas.

Es este un tratado donde con suma sencillez y claridad se ofrecen conocimientos generales sobre los seres y las cosas. No es una Física, ni una Geografía, ni una Historia Natural, ni un tratado de Astronomía; pero abarca lo más indispensable sobre estas ciencias, bajo un exposición sencilla y un método original. Es la obra á propósito para los que, no pudiéndose dedicar al estudio de las ciencias experimentales, desean poseer reunidos en un solo libro los más útiles conocimientos.

El Lenguaje en acción. Diccionario que comprende la mayor parte de los vocablos que tienen dos ó más significados con su correspondiente aplicación, incluyendo un gran número de sinónimos de nuestra lengua, con un extenso suplemento que encierra interesantes curiosidades del lenguaje, no registradas en ningún tratado gramatical. En cartóné, franco de porte 4 ptas.

Al hablar de la enseñanza del idioma pátrio, ha pasado ya á ser un aforismo pedagógico aquello de «más lenguaje y menos gramática». Este libro define é ilumina el vocablo con la aplicación en todos sentidos, ofreciendo en las curiosidades del lenguaje construcciones gramaticales de nuestros mejores hablistas, dando á este libro un carácter especialísimo, y siendo una gramática por los ejemplos.

Páginas de Ciencias físicas y naturales. Se halla dispuesto este libro para la lectura con resúmenes especiales para fijar los conceptos. Se ha publicado en Burgos con artísticos fotograbados por cuenta de los Sres. Hijos de Santiago Rodriguez. Docena 14 ptas.

La exposición de esta obra se aparta notablemente de los tratados más comunes sobre la materia. Su novedad pues, está en el método y además en el concepto despojado hasta donde cabe de aquel tecnicismo inabordable para los niños.

España. Lecturas razonadas sobre su Historia, destinada á formar el carácter nacional de los niños, dando á conocer los elementos constitutivos de nuestra patria, hasta nuestros días. En cartóné 13'50 ptas. docena.

No es una historia de España al uso, sino más bien una sencilla filosofía de la Historia. Allí se señalan á grandes rasgos los acontecimientos, haciendo resaltar la causa que los produjo, estudiándose el genio particular de cada pueblo, los caminos que anduvo, las huellas que dejó estampadas

y los progresos y decadencias de nuestra patria á fin de que se aprenda de una vez su aplicación en todos sentidos.

Gramática educativa. Curso racional de educación por medio de lecturas y procedimientos gramaticales, con el cual se rompe decididamente con el método ordinario de enseñar la gramática por las reglas. Docena 13'50 ptas.

La primera aparición de este libro causó notable sensación en la prensa profesional, saludándole con regocijo. Es propiamente hablando una gramática de ideas, y á pesar de las reservas exclusivas de la Academia se han consumido de este libro dos numerosas ediciones, hasta hoy en que ha sido declarado de texto.

La Tierra, cuadros de la vida rural, destinado á hacer agradable ó provechosa la vida en el campo, combatiendo el espíritu absorbente de las ciudades. Docena 10 ptas.

Además de las ideas de cultivo que campean en este libro, se exploran en él los tesoros de una sencilla existencia personificada en una familia de labradores, sin apartarse del mundo real; pero con la probidad culta que se requiere.

Lecturas educativas, 1.º y 2.º grados, que en fáciles lecciones comprende los primeros conocimientos del mundo físico y moral bajo distintas formas del lenguaje. Docena 10 ptas.

En este libro se adopta la forma expositiva, narrativa y dialogada con tipos diferentes y dos órdenes de ideas uno para cada grado. Se presta fácilmente á la lectura razonada y educativa.

Harmonías Científicas, libro de lectura en verso con casi todas las gradaciones del arte métrica, para introducir sin esfuerzo á los niños en la esfera de la ciencia, amenizándola. Docena 10 ptas.

Comprende esta obrita 41 composiciones en las que figura que un niño cuenta á su madre lo que ha explicado el maestro en la escuela, disipando errores y supersticiones del vulgo, bajo la forma poética, fácil y amena.

Las Pequeñas Historias, libro de lectura destinado á formar el carácter de los niños en vista de multitud de accidentes de la vida puestos en acción. Docena 10 ptas.

Difícil es que una obra de ese género llegue á singularizarse en medio de las numerosas producciones que invaden el campo de la 1.ª enseñanza; pero esta lo ha conseguido. Se trata de dar relieves á los actos más nobles, pintando la vida de cuerpo entero.

Poesias Razonadas. Conjunto de composiciones poéticas, razonadas en lenguaje llano para hacer destacar las bellezas que contienen y hacer sentir sus efectos. Docena 10 ptas.

Entre varias composiciones del autor, que serán las más pobres, figuran las más brillantes poesías de los modernos vates españoles, felices rasgos de ingenio que *se hacen sentir* á los niños para conmover sin fibra estética.

Las Leyes de la vida, bajo el punto de vista físico y moral arregladas á la forma catequística. Docena 7 ptas.

Esta obrita comprende dos partes: en la 1.^a aprenden los niños lo que es necesario para la salud del cuerpo y en la 2.^a lo que es conveniente para la salud del alma.

Ejercicio de cálculo bajo la forma cíclica. Colecciones de problemas graduados para el cálculo mental y escrito. Docena 7 ptas.

Ofrece esta obrita un carácter novísimo para la enseñanza de la Aritmética sin necesidad de apelar á la memoria y si sólo á ejercicios de inteligencia que hacen de esta materia una enseñanza amenísima.

COMEDIAS INFANTILES

El País de la Gramática. Jugete cómico en dos actos á propósito para ser representado por todos los niños de una escuela y por medio del cual se personifican todas las partes de la oración y sus divisiones, dando vida á todas ellas. Ejemplar 0,50 ptas.

El Lazarillo. Comedia en dos actos, propia para ser representada en cualquier teatro, por hombres y niños. Es un curso de moral en acción que lo mismo puede servir de lectura en las escuelas que para objeto de premio. Ejemplar 0,50 ptas.

La Guerra infantil. Comedia en 4 actos, tomada de los cuadros de Lemoine y englobada en Las Pequeñas Historias.

FOLLETOS

El Didascosmos.—Cuestiones trascendentales sobre escuelas de adultos.—**La Primera Enseñanza conforme al espíritu de la Pedagogía moderna.**—**La Escuela de Párvulos.** (Los tres últimos folletos están agotados).

MAPAS

El de la isla de Menorca, 5 pesetas.

OTRAS PRODUCCIONES

Mis Cantares, opúsculos en verso.—**Heridas del alma**, drama en 3 actos y en verso.—**Emanaciones de la escuela y del hogar**, obrita de lectura.—**Diálogos morales**, opúsculo.—**Hojas caídas**, colección de Poesías.—**Vocabulario menorquín-castellano**.—**Foch y fum**, comedia en 3 actos en dialecto menorquín.—**La Aurora de la lectura**, librito para aprender á leer.—**Catecismo sociológico**, adquirido en Nueva-Yorch.—**El Pueblo ilustrado**, lecciones sobre ciencias experimentales, (Casi todas las anteriores producciones están agotadas.)

Leyes y fenómenos. Esta obrita que forma parte de la Biblioteca de la Escuela Práctica y que como todas las demás se halla aprobada por el Consejo de Instrucción pública es obra del joven D. B. Benejan Saura, hijo del autor, quien ha sabido imprimir una forma muy interesante á las principales leyes y fenómenos de la Naturaleza. Docena 10 ptas.

ADVERTENCIAS

En su mayor parte los libros enumerados están oficialmente aprobados para texto en las escuelas y algunos han alcanzado hasta la 5.^a edición. Todos ellos son aplicables á los alumnos de ambos sexos.

El autor declara que durante una labor asidua de más de veinte años, no ha tenido por objeto escribir mucho, sino dar á la estampa libros del todo punto originales, llevando por mote en su modesto escudo la palabra asimilación.

Los suscriptores á «La Escuela Práctica,» de cuya revista hay publicadas cinco series, tienen concedidas algunas rebajas en el precio de varios libros.

